



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN FILOSOFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

VIGILAR Y SEÑALAR
PODER Y LUCHA DE CLASES

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRO EN FILOSOFÍA

PRESENTA:
GUSTAVO GARCÍA CAMACHO

DIRECTORA DE TESIS
DRA. JULIETA LIZAOLA MONTEERRUBIO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN FILOSOFÍA

CIUDAD DE MÉXICO, JUNIO 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi amiga Fernanda Rocha, por su paciencia y apoyo incondicional

A mi sobrino Maximiliano, por todas las alegrías compartidas

A la Dra. Zenia Yébenes Escardó, por escuchar y darle la voz a la locura

No morirá la flor de la palabra. Podrá morir el rostro oculto de quien la nombra hoy, pero la palabra que vino desde el fondo de la historia y de la tierra ya no podrá ser arrancado por la soberbia del poder.

Ejército Zapatista de Liberación Nacional, *Cuarta declaración de la selva lacandona*

¿Qué es eso que se delira? [...] El investir inconsciente de un campo social histórico. Se deliran las razas [...] los continentes, las culturas, las posiciones sociales.

Gilles Deleuze y Felix Guattari, *El Anti Edipo*

La psiquiatrización de la antigua temática de los intelectuales venidos a menos puede expresarse, entonces, sin ambages. Los “pordioseros de la pluma”, como dice Burke, los miembros de las sociedades de pensamiento a los que Agustín Cochín hace responsables de las peores atrocidades, no son sólo “visionarios de la sociedad” intoxicados por la pasión “universalista” y desprovistos de toda “experiencia práctica”, que elaboran “teorías quiméricas” y desarrollan un “odio fanático al orden existente, al que describen como criminal e injusto”. También son enfermos mentales. Así añade Domenico Losurdo [...] “el conflicto entre clases sociales diferentes se vuelve el combate entre salud mental y locura”, de modo que “momentos centrales de la historia moderna y contemporánea” se encuentran “reducidos a simples capítulos de psicopatología”.

Luc Boltanski, *Enigmas y complots*

Agradecimientos

Este trabajo fue posible gracias al esfuerzo de muchas personas. En primer lugar debo agradecer a mis padres y a mis hermanos Roberto, Tanis, Mónica y mi sobrino Max. Sin su apoyo nunca hubiera podido dedicarme a la filosofía y escribir este trabajo. Agradezco a la Dra. Julieta Lizaola Monterrubio no sólo la lectura atenta y sus comentarios siempre puntuales y estimulantes, sino su calidad humana, el compromiso y el respeto que muestra hacia las ideas de los alumnos en el posgrado. De igual modo, agradezco a mis compañeros del seminario de tesis: Luis Alberto, Montserrat, Juan, Ernesto, Israel, entre otros. Cada comentario suyo marco siempre la pauta para intentar reelaborar y mejorar estas ideas.

Agradezco a todos mis compañeros del *Círculo de lectura Foucault*: Héctor García, Antonio Rocha, Aura Cruz, Óscar, Pablo, Edgar, Ana Sofía, entre otros compañeros que también llegaron a participar. Durante dos años nos reunimos en un seminario de lectura autónomo para leer y discutir varios de los textos de Foucault. La presente tesis forma parte de ese proyecto colectivo y esos talleres de lectura fueron fundamentales para la realización del presente trabajo.

Agradezco a la UNAM y a todos los profesores del posgrado en filosofía por su compromiso académico y por darme la oportunidad de cursar mis estudios de maestría en un posgrado de altísimo nivel. Agradezco particularmente al Dr. Óscar Martiarena y al Dr. Mauricio Piltatowsky. Sus cursos fueron fundamentales para la elaboración del presente trabajo.

Agradezco al Conacyt por otorgarme una beca para la realización de mis estudios y a todos los trabajadores que con su esfuerzo hacen posible el desarrollo del quehacer académico. De igual modo, agradezco a todos los trabajadores del área administrativa de la universidad. Su esfuerzo es fundamental y su función debe tener el mismo reconocimiento que el trabajo académico.

Agradezco a mis amigos Fernanda, Samuel, Rogelio, Carolina, Antonio, Aura, Cielo, Kabir y a todas la personas que me han auxiliado en momentos de crisis. Sin su ayuda, esta tesis no hubiera sido escrita.

Agradezco al Dr. Jorge Armando Reyes Escobar y a la Dra. Zenia Yébenes Escardó, por su apoyo y amistad. No sólo considero que son los filósofos más destacados que conozco, sino que son un modelo a seguir en todos los aspectos.

Por último, este trabajo también es producto de varias discusiones suscitadas en las redes sociales. Debo agradecer particularmente al compañero Gonzalo Amozurrutia Nava, el cual me ha enseñado mucho y me ha mostrado cuáles son los límites de la presente investigación.

Índice

Introducción	1
Capítulo I	5
1.- Introducción	4
2.- Foucault frente al marxismo	5
3.- Genealogía y dispositivo: cuestiones de método	7
4.- Disciplina, panoptismo y fábrica. El proyecto normalizador de la sociedad disciplinaria	8
Una lectura antihumanista de la fuerza de trabajo	17
5.- La unidad cultural de la burguesía. La sexualidad como pureza de sangre	19
Postulados elementales de la analítica del poder	22
6.- Poder y lucha de clases. Un balance	25
Capítulo II. La analítica del biopoder	27
1.-Introducción	27
2.- De La voluntad de saber a Defender la sociedad. Biopolítica y racismo de Estado	38
3.-Dispositivos de seguridad y la analítica de la gubernamentalidad	33
4.-Gobierno y prácticas de subjetivación. Hacia una forma de poder con sujeto	37
5.- Foucault y el neoliberalismo	39
El neoliberalismo norteamericano	45
De la sociedad disciplinaria a las sociedades de control	50
Usos y abusos de la noción de biopolítica.	51
6.- Biopolítica y gubernamentalidad. Un balance	53
Capítulo III. Lucha de clases y el surgimiento de la penalidad neoliberal	55

1.-Introducción	55
2.- Populismo y representación política. La crítica de Ernesto Laclau a la noción de clase	55
3.- Pierre Bourdieu y la dimensión simbólica de lucha de clases.	55
Espacio social y capital (es). La existencia objetiva de las clases	58
El efecto de teoría y la fabricación de grupos	60
¿Populismo o lucha de clases?	62
4.-Las promesas no cumplidas de Michel Foucault. Loïc Wacquant y la emergencia del Estado penal	66
Separar el crimen del castigo	67
La mano izquierda y la mano derecha del Estado	72
Los efectos simbólicos y las funciones expresivas de la penalidad	75
Políticas de mano dura y tolerancia cero	79
Foucault y el retrato de las cárceles	81
5.- Del fordismo al posfordismo. Alessandro de Giorgi y la nueva racionalidad actuarial	83
Riesgo como nuevo estigma	87
Anexo. Los efectos psicosociales de la penalidad neoliberal: el Estado alterado	90
Conclusiones	92
Bibliografía	98

Introducción

Cuando inicialmente elaboramos el proyecto de investigación del presente trabajo el objetivo era, a grandes rasgos, examinar la analítica del poder desarrollada por Michel Foucault y a partir de los cuestionamientos que lanza en contra de la concepción marxista del poder, ofrecer un concepto sólido de clase social que nos permitiera superar las críticas esgrimidas por el filósofo francés. Sin embargo, conforme fuimos avanzando en la investigación nos percatamos rápidamente de que la formulación del objetivo estaba basada en buena medida en prejuicios académicos, en la oposición ritual entre “posmodernismo” y marxismo y en una presentación muy sesgada y puramente escolástica del autor de la *Historia de la locura*. En efecto, cuando uno se aproxima a textos como *Vigilar y castigar*, *La voluntad de saber* o *Defender la sociedad* resulta relativamente fácil percatarse de que el autor de la *Historia de la sexualidad* fue capaz de abordar de manera original y novedosa la problemática de la lucha de clases y que dicha preocupación constituía una de los asuntos medulares de la analítica del poder al menos en sus inicios. Lo que el marxismo se limitaba a deducir de conceptos universales, los trabajos de Foucault lograban explicitarlo con una riqueza empírica significativamente superior, elaborando sofisticadas descripciones históricas que nos permiten captar la lucha de clases en toda su densidad práctica, mostrando el funcionamiento efectivo del poder y no simplemente vociferando una gigantomaquia histórica donde nadie tiene implicación alguna.

De igual modo, cuando se presta atención a las coyunturas históricas que Foucault está examinando y no se disocia la analítica del poder de los procedimientos empíricos que la hicieron posible, resulta evidente que la preocupación por la lucha de clases está presente en todo momento: Foucault nos narra el estrecho e imprescindible vínculo para el sistema capitalista entre la emergencia de las instituciones disciplinarias, los mecanismos biopolíticos de regulación de la población y la formación de la fuerza de trabajo durante el capitalismo industrial¹. Lo que el marxismo explicaba en términos estrictamente represivos, el francés, a partir de la categoría más amplia de *producción* y destacando el papel fundamental de la penalidad en la reproducción de las relaciones de poder, logró mostrarnos todo el conjunto de tecnologías y técnicas específicas que necesariamente estuvieron involucrados en dichos procesos, así como la importancia y la centralidad que han tenido los efectos materiales y simbólicos de los sistemas de castigo en el despegue del capitalismo industrial, un elemento generalmente ignorado por las narrativas convencionales.

En ese sentido, el escenario inicialmente planteado parecía invertirse: no era Foucault, sino buena parte de la tradición marxista la que se concentraba única y exclusivamente en los procesos de acumulación capitalista como datos objetivos y carecía de una herramienta adecuada para describir la inmensa riqueza estratégica inherente a la lucha. En efecto, Foucault se alejaba de la gigantomaquia histórica de los grandes conceptos y su preocupación principal se orientaba al problema específico de

¹Como señala Moreno Pestaña, para Foucault las ciencias humanas constituyen un proceso de acumulación originaria similar al descrito por Marx: “La acumulación originaria de capital, decía Marx, se produjo quitándoles la tierra a los campesinos y coaccionándolos para que se vendieran como proletarios en el mercado de trabajo. Foucault dice lo mismo respecto a las ciencias humanas. Los sujetos fueron introducidos en dispositivos para ser observados y controlados según el sistema de normas de las clases dominantes, posteriormente, se ofrecen al análisis de las ciencias que constatan en ellos verdades atemporales. La prisión, [...] concentra a los individuos en condiciones experimentales y los somete –o pretende someterlos- a una acción correctora masiva y constante”. (Moreno Pestaña, 2011: pp. 67)

cómo dar cuenta de la *lucha*. De ese modo, su consigna resonaba con fuerza: “El marxismo deja en silencio qué quiere decir lucha cuando se habla de lucha de clases” (Citado por Gómez, M. 2017: pp. 105). Esta tendencia a presentar la microfísica del poder como una discontinuidad absoluta respecto a las preocupaciones inauguradas por Marx, compartida tanto por sus detractores como por sus defensores, no es más que el resultado de la tendencia del habitus escolástico a disociar los postulados de la analítica de sus contenidos históricos y utilizarlos como proposiciones teóricas en vez de como una caja de herramientas².

Ahora bien, hacia finales de la década de los 70, después de recibir severas críticas que señalaban que Foucault no tomaba en cuenta los efectos macroestructurales del Estado, en *Seguridad, territorio y población* y *El Nacimiento de la biopolítica* la analítica del poder experimenta un quiebre decisivo y Foucault comienza a interesarse por las racionalidades de gobierno, los procesos de gubernamentalización de la sociedad y las técnicas de conducción de conducta de los individuos. En esta encrucijada teórica, el planteamiento de Foucault experimenta un viraje crucial y un cambio vertiginoso en donde la “hipótesis Nietzsche” utilizada en *La voluntad de saber* y *Vigilar y castigar* será progresivamente sustituida (al igual que el interés inicial por el tema de la lucha y las relaciones de fuerza³) por el análisis de los dispositivos de seguridad en las sociedades avanzadas. Sus trabajos en torno al liberalismo y, sobre todo, al neoliberalismo se inscriben directamente en esta coyuntura y en una de sus últimas y más polémicas lecciones Foucault defenderá la hipótesis de que la tendencia en las sociedades neoliberales actuales apunta a controlar a los individuos a través de mecanismos cada vez difusos de control social, los cuales, supuestamente, no tienen la necesidad de hacer proliferar un sistema disciplinario exhaustivo. A juicio de Foucault, el neoliberalismo gobierna a través de la heterogeneidad y la diferencia y no a través de la cuadrícula y el encierro. Dicho diagnóstico será difundido y popularizado por su amigo y compañero de ruta Gilles Deleuze en su famoso y multicitado *Post-scriptum sobre las sociedades de control*, el cual registra un cambio en los mecanismos de control y nos advierte sobre la crisis inminente que atraviesan las instituciones disciplinarias. Lo que comenzó como una genealogía de la génesis de la fuerza de trabajo en clave antihumanista y un análisis de las relaciones de fuerza y dominación capaz de atisbar la estrecha relación entre los métodos punitivos y la conformación del proletariado industrial fue desplazado progresivamente por el análisis de las racionalidades de gobierno, el cual descarta la metáfora de la guerra y plantea el funcionamiento de las relaciones de poder en una relación agónica entre gobernantes y gobernados.

²Como afirma Francois Boullant: “Foucault explica que no es ni en Hegel ni en Comte donde la burguesía habla a cara descubierta y revela sus estrategias, sino en esos documentos desconocidos y modestos” (Boullant, 2004: pp. 18).

³Como sostiene Moreno Pestaña: “Pero, pese a los problemas teóricos del modelo foucaultiano para sostener con coherencia la dimensión de la lucha de clases en su programa de investigación, cuesta comprender un cambio teórico tan vertiginoso. El abandono de la perspectiva del análisis de clase es aún más significativo que el del marxismo. Abandono, también, de la “hipótesis Nietzsche” según la cual habría que concebir el poder en términos de dominación y de lucha” (Moreno Pestaña, 2010: pp. 97). La misma interpretación es lanzada por Emmanuel Chamorro, el cual también detecta la preocupación inicial por el tema de la “lucha” cuando se habla de lucha de clases: “En cualquier caso, y a pesar del distanciamiento evidente de la ortodoxia marxista, encontramos en estos años a un Foucault que matiza su crítica distinguiendo el pensamiento del propio Marx del marxismo académico — incapaz, según él, de asumir los retos del mundo presente por su «respeto infinito por los textos»— y que remite a menudo a la cuestión de la clase —aunque de un modo *sui generis*—.” (Chamorro, 2017: pp. 378-379).

Con base en lo anterior, el objetivo de la presente investigación es mostrar la manera en la cual los viejos dispositivos disciplinarios de la sociedad punitiva (descritos magistralmente por Foucault) se han venido rearticulando en las últimas décadas en las sociedades avanzadas y de ese modo ofrecer una breve caracterización histórica de la anatomía actual del Estado neoliberal a fin de comprender cómo es que la lucha de clases está operando en las sociedades contemporáneas, haciendo explícito el vínculo actual entre los sistemas punitivos y las nuevas condiciones laborales en el capitalismo tardío. La hipótesis que defenderemos a lo largo del presente trabajo es que las instituciones de encierro, lejos de ocupar una posición periférica como pronosticaban Foucault y sus seguidores, *han retornado con una fuerza nunca antes vista en la historia y son una pieza clave en el funcionamiento actual del capitalismo postindustrial*. Con este modo de proceder, hemos eludido al menos tres riesgos latentes que estaban presentes en el proyecto de investigación que inicialmente presentamos frente al comité: en primer lugar, que el presente trabajo se volviera una discusión puramente escolástica del concepto de clase social sin ningún contenido histórico o sociológico; en segundo, vociferar un discurso profético que reclama, sin ningún fundamento, la superioridad de la categoría de clase en detrimento de otros principios de percepción y clasificación social; en tercero, dirigir un cuestionamiento a Foucault totalmente ajeno a las propias problemáticas que su analítica del poder plantea o, peor aún, descalificar la perspectiva foucaultiana como un hedonismo subjetivista.

En efecto, uno de los propósitos de la presente investigación y una de las razones que nos han motivado a elegir este itinerario es la tentativa de construir una narrativa que, siendo fiel al espíritu foucaultiano y utilizando los recursos de los que actualmente disponemos, nos permita captar la lucha de clases en su positividad, en su carácter de acontecimiento y no limitarnos a ofrecer una definición⁴. Por lo tanto, en la presente investigación no nos proponemos hablar con nostalgia de las clases sociales o de recuperar el concepto de clase social tal como fue utilizado durante el siglo XIX y XX, ni de responsabilizar a Foucault de la supuesta deriva “posmoderna” de la izquierda actual y asumir una oposición artificial entre posmodernismo o lucha de clases, marxismo o posmarxismo, lucha de clases o izquierda cultural, sino examinar cuidadosamente la analítica del poder y mostrar, a partir de su lógica interna y sus propias problemáticas histórico-filosóficas, que son los propios límites internos de la perspectiva foucaultiana los que nos advierten sobre la necesidad de seguir analizando la realidad contemporánea desde una perspectiva clasista.

En ese sentido, los dos primeros capítulos de la presente investigación están enfocados a exponer a grandes rasgos los postulados generales de la analítica del poder desarrollada por Michel Foucault. En la primera parte del capítulo tercero, a partir de la ontología social que subyace a la sociología de Pierre Bourdieu, consideramos pertinente detenernos aunque sea brevemente en algunas discusiones ontológicas actuales que giran en torno al concepto de clase social y de ese exponer el marco analítico que está implícito en la caracterización del Estado penal que Loïc Wacquant ha realizado. En la segunda parte, con

⁴ De igual modo, el presente trabajo también se ocupa indirectamente de una historia crítica del pensamiento en la medida que uno de sus objetivos principales es hacer explícita la racionalidad punitiva contemporánea. Como afirma Francisco Vázquez García, a propósito de la noción de “pensamiento”: “Éste no se identifica con una suerte de actividad mental interna; consiste en procedimientos, modos técnicos de organizar o de problematizar el mundo. Éstos pueden encontrarse funcionando en las teorías filosóficas o en la argumentación teológica, pero también en la planificación urbana, las prácticas de contabilidad, los recuentos estadísticos, la crianza de niños, la cartografía militar, el diseño arquitectónico o las campañas sanitarias” (Vázquez García, 2009: pp. 5).

estas aclaraciones conceptuales, procederemos a revisar la manera en la cual el discípulo de Bourdieu logra registrar las transformaciones contemporáneas del Estado, lo cual nos coloca de lleno en el advenimiento del Estado penal neoliberal. De este modo se podrá vislumbrar a cabalidad cómo las contradicciones de clase que alimentan la transición a una sociedad posfordita, lejos de desechar los mecanismos disciplinarios, requiere necesariamente de un gigantesco aparato carcelario y la expansión ilimitada de las estructuras de vigilancia, justo cuando Foucault y Deleuze pronosticaban su declive definitivo.

Capítulo I

La analítica del poder y la formación de la hipótesis productiva

1. Introducción

La analítica del poder desarrollada por Michel Foucault es sin lugar a dudas uno de los planteamientos filosóficos que mayor influencia teórica han tenido durante la pasada centuria y lo que va de ésta. El trastocamiento ejercido por las aproximaciones foucaultianas en torno al poder ha sido objeto de múltiples análisis y ha suscitado las más variadas y feroces polémicas. Dentro de esta polifonía de debate, uno de los lugares comunes en las recepciones contemporáneas de la obra de Foucault, particularmente las lecturas afines al posmodernismo anglosajón y aquellas que suelen asociar al filósofo con cierta mística de la transgresión, apunta a colocar el planteamiento de Foucault dentro de un horizonte posmarxista del pensamiento en donde, se nos dice, habría evacuado, al distanciarse de los postulados clásicos del marxismo, el problema de los conflictos de clase y habría abjurado del concepto por todos los resabios metafísicos que el termino invariablemente acarrea.

Ahora bien, ¿es correcta esta interpretación? ¿La ruptura efectuada por la analítica del poder respecto a ciertos postulados del marxismo clásico conlleva necesariamente al abandono del concepto de clase social como categoría analítica o más bien implica una reelaboración crítica de la misma que nos ofrece una nueva clave interpretativa para comprender mejor el tema mismo de la lucha? El objetivo del presente capítulo consiste en desarrollar la segunda hipótesis. Para ello expondremos brevemente la analítica del poder con el objetivo de aquilatar a cabalidad cómo la microfísica del poder, lejos de clausurar el análisis de las clases y desembocar en una concepción abstracta e idealista del poder, ejecuta un viraje praxeológico que, al reintroducir toda la densidad práctica de la lucha, nos permite desgranar con detalle todos los mecanismos infinitesimales a partir de los cuales la lucha de clases se efectúa en su devenir práctico.

2.- Foucault frente al marxismo. Por una reconversión práctica de la lucha de clases

Foucault construye su analítica del poder en dos textos mayores que definen el rumbo de sus exploraciones genealógicas y presenta dos momentos capitales en la elaboración de eso que algunos autores han dado en llamar “hipótesis productiva”: *Vigilar y castigar* (1975) y *La voluntad de saber* (1976). Este arduo trabajo genealógico está pensado como una herramienta descriptiva que se propone desarrollar una concepción profundamente agonística de la lucha de clases que nos permita captar su dinámica en estado práctico, es decir, a partir de todos los mecanismos positivos e infinitesimales a través de los cuales el poder se ejercita en la especificidad del cuerpo social. En ese sentido, la relación de Foucault con Marx es compleja y, como veremos en el presente trabajo, se irá modificando a lo largo de su trayectoria intelectual.

En este periodo, más que distanciarse de Marx, lo que Foucault ejecuta es una ruptura respecto a ciertas visiones objetivistas de la historia que terminan por evacuar del análisis la cuestión misma del poder, la lucha y todo el entramado de prácticas de clase que necesariamente acompaña el proceso de

valorización del capital⁵. Por lo demás, el filósofo francés define su proyecto en punto de continuidad directa con las descripciones históricas efectuadas por Marx y escasamente proseguidas por buena parte de la tradición marxista⁶. Discutir si Foucault es “marxista” o “antimarxista” carece, desde mi punto de vista, de relevancia filosófica. El tema que nos ocupa aquí es que su propuesta genealógica es capaz de proporcionar poderosas e innovadoras herramientas analíticas al momento de comprender la dinámica de la lucha de clases en su devenir complejo. Nuestra lectura está justificada y Foucault lo pone de manifiesto:

Hay una expresión que Marx sin duda utilizó, pero que hoy pasa por ser casi obsoleta. Me refiero a "lucha de clases". Cuando uno se sitúa en el punto de vista que acabo de indicar, no se torna posible repensar esta expresión. Por ejemplo, Marx dice, en efecto, que el motor de la historia se encuentra en la lucha de clases. Y después de él muchos repitieron esta tesis. Se trata, por cierto, de un hecho innegable [...] Pero hasta aquí nadie ha examinado ni profundizado la cuestión de saber qué es la lucha. ¿Qué es la lucha, cuándo se dice lucha de clases? Y puesto que se dice lucha, se trata de conflicto y de guerra. Pero ¿cómo se desarrolla esa guerra? ¿Cuál es su objetivo? ¿Cuáles son sus medios? ¿En qué cualidades racionales se apoya? Lo que me gustaría debatir, a partir de Marx, no es el problema de la sociología de las clases, sino el método estratégico concerniente a la lucha. Ese es el punto en que tiene anclaje mi interés por Marx, y desde él me gustaría plantear los problemas (Foucault, 2012: pp. 98- 99).

En esa medida, la primera característica que es muy importante enfatizar es que la analítica del poder opera dentro de un ámbito restringido que emerge directamente de las coyunturas históricas que Foucault está explorando en sus disertaciones genealógicas. No es una teoría del poder ni mucho menos una teoría trascendental del poder. La analítica, en efecto, no tiene una pretensión trascendental que se proponga desentrañar la estructura ontológica de las relaciones de poder. Es una herramienta de trabajo que tiene como propósito básico *describir* el ejercicio de las relaciones de poder dentro de un periodo histórico determinado⁷. La analítica del poder, por lo tanto, es una estrategia de trabajo que se aleja del esplendor de la gran teoría y tiene como propósito básico *describir* el ejercicio de las relaciones de fuerza dentro de un periodo histórico empíricamente situado, bajo coordenadas históricas muy precisas⁸. Muchas de las críticas

⁵ José Luis Moreno Pestaña lo señala acertadamente: “El primer volumen de la *Histoire de la sexualité*, si bien contenía una crítica de la concepción marxista del poder, reivindicaba con riesgos los útiles analíticos de la lucha de clases” (Moreno Pestaña, 2010: pp. 96).

⁶ Foucault lo expresa claramente: “Personalmente, lo que me atrae en la obra de Marx son las obras históricas, como sus ensayos sobre el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte, la lucha de clases en Francia o la Comuna. La lectura de estas obras históricas llama vigorosamente la atención sobre dos cosas: los análisis realizados aquí por Marx, aun cuando no pueda estimarse que son del todo exactos, ya se refieran a la situación, las relaciones de antagonismo, la estrategia, los lazos de interés, superan con mucho -es innegable- los de sus contemporáneos, por su perspicacia, su eficacia, sus cualidades analíticas y, en todo caso, muestran una superioridad radical sobre las investigaciones posteriores” (Foucault, 2012: pp. 105).

⁷ Esta es una de las principales objeciones que Slavoj Žižek esgrime en contra de Foucault. A juicio del esloveno, la analítica del poder del francés carece de una base ontológica y reduce el funcionamiento de las relaciones de poder a un ámbito estrictamente histórico. De acuerdo con la lectura de Santiago Castro Gómez, la crítica del esloveno es inexacta: el análisis de las relaciones de poder efectuado por Foucault hunde de lleno sus raíces en la ontología de la fuerza desarrollada por Friedrich Nietzsche. En palabras del colombiano: “La empresa genealógica presupone siempre la dimensión ontológica del poder y no puede sustraerse a ella; tiene que asumir la necesidad de posicionarse (*Entscheidung*) en el campo de batalla, en la lucha agonística por la hegemonía del significado” (Castro Gómez, 2015: pp. 245).

⁸ Foucault lo expresa claramente: “Me parece que el fracasado intento de los grandes sistemas teóricos de hacer el análisis actual es el que nos remite ahora a una especie de empirismo que tal vez no esté muy lleno de gloria, el empirismo de los historiadores” (Foucault, 2012: pp. 40).

dirigidas en contra del planteamiento foucaultiano pasan por alto su carácter radicalmente histórico y fragmentario.

3.- Genealogía y dispositivo. Breves cuestiones de método

Antes de comenzar a examinar la analítica del poder desarrollada por Foucault en *Vigilar y castigar* y *La voluntad de saber*, es necesario hacer algunas precisiones conceptuales que nos permitan comprender la manera en la cual el autor de la *Historia de la sexualidad* procede en ambos textos. En *Poder y resistencia en la filosofía de Michel Foucault*, Miguel Ángel Cortés Rodríguez señala que la transición que va de la arqueología a la genealogía en el pensamiento foucaultiano puede ser comprendida como un intento de superar la inflación discursiva de eso que se ha dado en llamar periodo arqueológico. La genealogía, desde esta óptica, es un recurso metodológico que vendría a enraizar las prácticas discursivas dentro de su dimensión práctico institucional: ya no se trata de examinar por sí mismas las reglas de formación de las prácticas discursivas (empresa llevada a cabo en *Las palabras y las cosas* y *La arqueología del saber* y que enfrentaba la dificultad de no poder explicitar la fuerza causal de los enunciados), sino de analizar la manera en la cual esos discursos están circunscritos a todo un entramado de relaciones de poder. En ese sentido, el método genealógico ya no toma como objeto de análisis única y exclusivamente el discurso, sino que se propone desentrañar los *dispositivos* a partir de los cuales la relación saber poder se materializa en relaciones sociales concretas dentro de un periodo histórico determinado. El filósofo español Francisco Vázquez García ha tomado nota sobre cómo la noción de *dispositivo* le permite a Foucault dirimir la tensión existente entre las prácticas discursivas y las no discursivas y cómo este modo de proceder lo distancia de ciertos enfoques textualistas que tienden a reducir las prácticas sociales a la lógica del discurso. El español sostiene:

El problema, cuya resolución exhiben ejemplarmente los trabajos de Foucault, es cómo articular el funcionamiento recíproco de las prácticas discursivas y de las no discursivas, sin caer en la explicación a partir de esquemas reductores [...] La noción foucaultiana de dispositivo pretende precisamente resolver este dilema [...] Un dispositivo, como el de la sexualidad en el siglo XIX, por ejemplo, es un entramado de prácticas discursivas (como el discurso sobre las "perversiones", v.g.) y no discursivas (como los procedimientos de la eugenesia o de anticoncepción) que delimitan lo que puede decirse (régimen de lo enunciable) y lo que puede ser visto (régimen de visibilidad), incluyendo los tipos de subjetividad en liza. La yuxtaposición de enunciados sobre la homosexualidad y sobre el miedo a la despoblación nacional [...] sólo es posible en virtud del dispositivo histórico de la sexualidad, pero queda excluida en los dispositivos asociados a estratos históricos anteriores (como el dispositivo de la carne típico del periodo de la Reforma protestante y de su contrapartida católica" (Vázquez García, 1997: pp. 158).

De igual modo, la genealogía establece una ruptura respecto a las grandes narrativas evolucionistas de la historia. Inspirándose en filosofía nietzscheana, Foucault desarrolla el método genealógico en confrontación directa frente a las grandes narrativas teleológicas y progresistas que hacen del sujeto el prólogo y el epílogo de toda historia: "Una historia que tendría por función recoger, en una totalidad bien cerrada sobre sí misma, la diversidad al fin reducida del tiempo; una historia que nos permitirá al fin reconocernos en todas partes y dar a todos los desplazamientos pasados la forma de la reconciliación; una historia que lanzará sobre todo lo que está detrás de ella una mirada del fin del mundo" (Foucault, M. 1992: pp. 19). Mientras la filosofía del sujeto se limita a reintroducir la singularidad de cada acontecimiento dentro una de una temporalidad metahistórica que le concede el primado absoluto a la

conciencia, proyectando sistemáticamente bloques de continuidad que se encargan de agrupar de manera coherente los acontecimientos históricos, la genealogía procede en la dirección opuesta: ya no se trata de reabsorber el vacío azaroso de la coyuntura en la actividad fundacional e inmanente de la conciencia, prolongando siempre la presencia heroica de la subjetividad moderna⁹, sino de hacer visibles todos los resquebrajamientos y discontinuidades que subyacen a todo eso que se presenta como ininterrumpido y necesario. La discontinuidad también hace las veces de táctica que posibilita introducir el azar como punto de emergencia del acontecimiento y al mismo tiempo de ruptura; para el genealogista no hay un motor primigenio del cambio (la dialéctica del espíritu o la lucha de clases) ni existe un principio precedente o anterior a la emergencia de los sucesos históricos. En efecto, el genealogista no relata historias echando mano de principios trascendentales, sino que se ubica en los intersticios de la historia para disociar las raíces de todo principio identitario y encarnizarse en lo discontinuo. De lo que se trata es de mostrar la génesis histórica de los hechos históricos y mostrar su carácter de acontecimiento. En efecto:

Allí donde el alma pretende unificarse, allí donde el Yo se inventa una identidad y una coherencia, el genealogista parte a la búsqueda del comienzo- de los comienzos innumerables que dejan esa sospecha de color, esta marca casi borrada que no podría engañar a un ojo poco histórico-; el análisis de la procedencia permite disociar al Yo y hacer pulular, en los lugares y plazas de su síntesis vacía, mil sucesos perdidos hasta ahora (Foucault, 1992: pp. 13).

4.- Disciplina, panoptismo y fábrica. El proyecto normalizador de la sociedad disciplinaria

En consonancia con lo anterior, en *Vigilar y castigar* encontramos la puesta en escena del método genealógico elaborado por el filósofo francés. Aquí Foucault analiza detalladamente las transformaciones históricas que se fueron efectuando al interior de la economía política del poder y comienza a forjar las herramientas que le permiten dotar de espesor analítico a eso que el filósofo español Francisco Vázquez ha dado en llamar *hipótesis productiva* y que constituye un auténtico “giro copernicano” en las ciencias sociales. Heredero del materialismo nietzscheano, el planteamiento foucaultiano se distancia de buena parte de la tradición kantiana-fenomenológica y del existencialismo francés: si para el idealismo y las filosofías de raigambre fenomenológica es la experiencia subjetiva lo que constituye la *fuerza* de la vivencia y el camino a seguir para conocer la estructura que norma a la experiencia, para Foucault esas estructuras sólo es posible rastrearlas por los *efectos* que producen sobre la superficie corporal, por las huellas inscritas en la materialidad del cuerpo. El pensamiento, por ende, *no es libre en el sentido idealista*, no puede verse a sí mismo instituyendo la normatividad del mundo; sólo tiene huellas, rastros que se materializan en la conducta y distribución espacial de los cuerpos¹⁰.

⁹ Para la tradición moderna la subjetividad es el principio de identidad que articula en una totalidad coherente e interconectada el campo de la experiencia sensible, eventualmente susceptible de esclarecimiento y, más precisamente, de autoconciencia. La sentencia de Foucault es que todo este procedimiento trascendental se encuentra adulterado: la conciencia es entendida como un campo de inmanencia que logra articular la totalidad de lo heterogéneo, no porque reanime a cada momento sus designios naturales, sino porque está inmersa dentro de una configuración normativa que le asigna esa función

¹⁰ El filósofo español José Luis Moreno Pestaña asegura que la fenomenología de Merleau Ponty ejerció, sin lugar a dudas, una fuerte influencia en la manera en que Foucault tematizó el problema del cuerpo y las relaciones de poder y que la figura de Nietzsche fue más estandarte intelectual que una herramienta operativa. Según el español: “Cabe preguntarse si con Nietzsche no se escondían otras referencias más cercanas, que Foucault no encontraba cómodo

¿Qué es exactamente lo que describe Foucault en *Vigilar y castigar? Una mutación tecnológica en la economía política del castigo*. La emergencia de una nueva forma de racionalidad punitiva que comienza a expandirse por todo el cuerpo social entre 1770 y 1840 en Occidente: el poder disciplinario. *Vigilar y castigar* nos muestra las rupturas que posibilitaron el auge y la expansión ilimitada de la racionalidad punitiva y carcelaria durante las primeras tres décadas del siglo XIX a lo largo y ancho de todo Occidente. Para eso Foucault nos muestra, mediante un prolijo trabajo descriptivo, el punto de inflexión a partir del cual toda la economía política del poder inscrita dentro el ritual de los suplicios fue progresivamente sustituida y trastocada por un entramado de técnicas disciplinarias cuyo propósito básico apunta ya no tanto a restituir el orden social a través de la feroz venganza del soberano como sucedía en el antiguo ritual, sino a modelar la configuración subjetiva de los cuerpos echando mano del castigo como técnica generalizada de normalización.

Hemos de recordar que Foucault rechaza de manera bastante visceral las narrativas teleológicas y progresistas que describen esta transición como un proceso natural y humanitario de evolución penal; más bien, es necesario examinarla como una ruptura y un acontecimiento en la economía del poder que obedece a una nueva lógica y en la que intervienen otras *estrategias*, derivadas de otras circunstancias políticas y económicas, particularmente las necesidades materiales del capitalismo industrial¹¹. En ese sentido, el ritual de los suplicios es una técnica de castigo que se inscribe al interior de la razón soberana y sigue una lógica fundamentalmente negativa y destructiva. Cada transgresión al orden es concebida como una afrenta y un desafío directo a la autoridad del soberano y éste detenta *el poder absoluto sobre la vida y la muerte de cada miembro*. El soberano tiene la capacidad de hacer la guerra a sus enemigos e inscribir directamente el poder real sobre el cuerpo del criminal, destruyéndolo y reduciéndolo a cenizas. La ceremonia punitiva escenificada en el ritual de los suplicios tiene como objetivo exhibir públicamente la fuerza, el poder desmesurado del soberano sobre todos aquellos que son expiados y condenados a la muerte; la justicia es entendida como un auténtico despilfarro de potencia física que busca restituir el desequilibrio de fuerzas constitutivo de la ley. En ese sentido, Foucault sostiene:

El suplicio desempeña, pues, una función jurídico-política. Se trata de un ceremonial que tiene por objeto reconstituir la soberanía por un instante ultrajada: la restaura manifestándola en todo su esplendor. La ejecución pública, por precipitada y cotidiana que sea, se inserta en toda la serie de los grandes rituales del poder eclipsado y restaurado [...]; por encima del crimen que ha menospreciado al soberano, despliega a los ojos de toda una fuerza invencible. Su objeto es menos restablecer un equilibrio que poner en juego, hasta su punto extremo, la disimetría entre el súbdito que ha osado violar la ley, y el soberano omnipotente que ejerce su fuerza [...] Y esta superioridad no es simplemente la del derecho, sino la de la fuerza física del soberano cayendo sobre el cuerpo de su adversario y dominándolo: al quebrantar la ley, el infractor ha atentado contra la persona misma del príncipe; es ella —o al menos aquellos en quienes ha delegado su fuerza— la que se apodera del cuerpo del condenado para mostrarlo marcado, vencido, roto (Foucault, 2015: pp. 59-60).

citar. La tesis de que el cuerpo humano se encuentra implicado en los diversos modos de existencia procede, con especial fuerza, de uno de sus maestros, Maurice Merleau Ponty” (Moreno Pestaña., 2011: pp. 59).

¹¹ A diferencia del planteamiento estrechamente economicista de Rusche y Kirchheimer, Foucault se propone hacer explícitos los desplazamientos en la economía política del castigo elaborando una historia política del cuerpo que toma en cuenta todos los efectos productivos del poder, no sólo una relación causal entre economía, sistema carcelario e índice de desempleo.

Ahora bien, de esta concentración dramática y del derroche exacerbado del poder monárquico localizado única y exclusivamente sobre el cuerpo del criminal (la vívida descripción del parricida Robert Damiens con la que Foucault abre el texto), la nueva criminología promovida por la nueva “benignad penal” apunta a reducir al máximo el gasto improductivo del poder y economizar sus manifestaciones al máximo, sustituyendo la catarsis del ritual por el despliegue indefinido de toda una red de minúsculas coacciones disciplinarias que permiten ejercer mucho mayor control sobre todo el cuerpo social. ¿A qué principio histórico obedece este trastocamiento en la economía del poder? Nada que ver con una progresiva sensibilidad humanitaria frente a la crueldad, nos dice Foucault; más bien obedece a las nuevas necesidades materiales impuestas por el capitalismo industrial y la exigencia de combatir los ilegalismos que amenazan la propiedad privada, así como la progresiva necesidad de producir cuerpos dóciles para la conformación de las fuerzas de trabajo que el modo de producción requiere en este momento histórico: “Se trata, a medida que se concentran las fuerza de producción, de obtener de ellas el máximo de ventajas y neutralizar sus inconvenientes (robos, interrupciones del trabajo, agitaciones y “cábalas”); de proteger los materiales y herramientas y de dominar las fuerzas de trabajo” (Foucault, 2015: pp. 164).

Esta nueva distribución social del castigo Foucault nos dice que hunde de lleno sus raíces en la manera en la cual el Antiguo Régimen y la nueva sociedad disciplinaria toleran los ilegalismos. Estamos frente a dos políticas radicalmente distintas al momento de reaccionar frente a este fenómeno y, en ese sentido, activarán estrategias distintas. Como señala acertadamente Francisco Vázquez García a propósito de este asunto (Vázquez, F. 1995: pp. 118) en la segunda mitad del siglo XVIII Foucault nos muestra (Foucault, M. 2015: pp. 97-98) que hay un quiebre en la dinámica de los ilegalismos que se torna poco tolerable para la naciente burguesía industrial. En las sociedades del Antiguo Régimen los ilegalismos eran plenamente funcionales debido a que se manifestaban principalmente en las revueltas de contrabando o en el rechazo de las cuotas del diezmo, posteriormente, con el incremento de la riqueza y la explosión demográfica, esas pequeñas transgresiones al orden se transforman principalmente en robos, hurtos y tomaran como blanco predilecto la propiedad industrial. Las mercancías, los talleres, los puertos ahora están en riesgo. En efecto, Foucault sostiene que pasamos de un ilegalismo basado en los derechos que afectaba primordialmente al territorio de la nobleza a uno de los bienes que amenaza la propiedad de las industrias (Vázquez, F. 1995: pp. 118) , el cual se torna totalmente incompatible con los intereses de la burguesía y las condiciones del capitalismo en ese momento. En ese sentido, Foucault nos dice:

Es, pues, necesario controlar y hacer entrar en el código todas estas prácticas ilícitas. Es preciso que las infracciones estén bien definidas y seguramente castigadas, que en esta masa de irregularidades toleradas y sancionadas de manera discontinua con una resonancia desproporcionada, se determine lo que es infracción intolerable, y que se someta a su autor a un castigo que no pueda eludir. Con las nuevas formas de acumulación del capital, de las relaciones de producción y de estatuto jurídico de la propiedad, todas las prácticas populares que dimanaban, ya bajo una forma tácita, cotidiana, tolerada, ya bajo una forma violenta, del ilegalismo de los derechos, se han volcado a la fuerza sobre el ilegalismo de los bienes [...] O para decir las cosas de otra manera: la economía de los ilegalismos se ha reestructurado con el desarrollo de la sociedad capitalista. Se ha separado el ilegalismo de los bienes del de los derechos (Foucault, 2015: pp. 100).

Por consecuencia, el ritual de los suplicios, bajo este contexto, es ya una mala economía del poder: escaso control sobre la población y demasiado derroche de fuerza localizado en un solo punto, lo que eventualmente se tornaba peligroso al enardecer a la multitud por los excesos perpetrados durante la

violencia del ritual. Foucault nos muestra que durante las ejecuciones la intervención popular era ambigua y la violencia ejercida por el soberano era de tal calibre que toda esa fuerza se transmutaba y podía, de hecho, invertirse: el criminal se convertía en héroe y la multitud podía incluso revertir o modular las condenas. Por el contrario, la reforma penitenciaria, puesta en marcha durante el siglo XVIII, establece la posibilidad de diseminar el poder disciplinario a lo largo y ancho del cuerpo social, penetrar en las conductas más íntimas de los sujetos y obtener un espectro mucho más amplio de maniobra en la conformación de los mecanismos de control social. Lo que se pierde en la manifestación de la fuerza bruta se gana en una distribución social del castigo mucho más homogénea y generalizada: “Y he aquí que de la ceremonia de los suplicios, de esa fiesta insegura de una violencia instantáneamente reversible, era de donde se corría el riesgo de que saliera fortalecida dicha solidaridad mucho más que el poder soberano. Y los reformadores de los siglos XVIII y XIX no olvidarían que las ejecuciones, a fin de cuentas, no atemorizaban, simplemente, al pueblo. Uno de sus primeros clamores fue para pedir su supresión” (Foucault, 2015: pp. 75).

Por lo tanto, es este sentido que debe entenderse el famoso y celebrado postulado foucaultiano: el poder no es sustancia, no se posee, se ejerce; es un cúmulo de relaciones esencialmente productivas que no actúan sólo de manera coercitiva, sino que se ramifica y fertiliza todo el cuerpo social. Es decir, Foucault nos muestra que, con la reforma de los penalistas ilustrados, durante el siglo XVIII y comienzos del siglo XIX surge una nueva tecnología de poder que sustituye a la razón soberana y que toma como tecnología de poder privilegiada a la disciplina. En efecto, las disciplinas son una tecnología de poder que, en este contexto, se diseminan por todo el cuerpo social y penetran capilarmente todas las instituciones sociales: la escuela, el hospital, la familia, el Estado, el ejército. Es un mecanismo esencialmente individualizador que cumple una función correctora y que somete a los individuos a formas de vigilancia masiva cuyo propósito básico, en este contexto, apunta a proteger la propiedad privada y el comercio industrial de los ilegalismos. Y para eso es necesario inspeccionar hasta los más ínfimos detalles. De estas fruslerías, afirma Foucault, “ha nacido el hombre del humanismo moderno” (Foucault, 2015: pp. 164).

Ahora bien, según el francés la disciplina echa mano de un conjunto de técnicas bien concretas que se encargan de configurar el espacio, el tiempo y la existencia de los individuos al interior de las instituciones sociales. La primera técnica a la que hace referencia Foucault es la *clausura*. Es decir, la diferenciación y especificación progresiva del cuerpo social en lugares e instituciones espacialmente delimitadas y cerradas sobre sí mismas; al interior del cuartel, la fábrica o la escuela, cada elemento está calculado, cada tarea definida, cada minuto es contabilizado: “Se trata, a medida de que se concentran las fuerzas de producción, de obtener de ellas el máximo de ventajas y de neutralizar sus inconvenientes (robos, interrupciones del trabajo, agitaciones y “cábalas”); de proteger los materiales y herramientas y de dominar las fuerzas de trabajo [...]” (Foucault, 2015: pp. 165). De igual modo, el principio de clausura no es totalmente implacable, una institución disciplinaria no funciona a la manera de un aparato ideológico; más bien, sus mecanismos internos son más flexibles, más finos y disponen el espacio de manera heterogénea y múltiple, incorporando suavemente toda la multiplicidad que gira a su alrededor.

La segunda técnica es lo que Foucault denomina los *emplazamientos funcionales*. Anteriormente el diseño arquitectónico del espacio podía tener distintos usos, posteriormente el dispositivo disciplinario no sólo se encargó de subsumir el espacio a sus tecnologías panópticas, sino ante todo a criterios pragmáticos de utilidad. Es decir, se trata de vigilar y observar hasta los detalles más íntimos del individuo con el

propósito de fijar a cada sujeto al aparato productivo y evaluar permanentemente la productividad del trabajo. En efecto: “Rotulando así de manera perfectamente legible toda la serie de los cuerpos singulares, la fuerza de trabajo puede analizarse en unidades individuales. Bajo la división del proceso de producción, al mismo tiempo que ella, se encuentra, en el nacimiento de la gran industria, la descomposición individualizante de la fuerza de trabajo; las distribuciones del espacio disciplinario han garantizado a menudo una y otra” (Foucault, 2015: pp. 169).

La unidad y la coherencia de la disciplina no están definidas por la pertenencia al territorio¹², sino por el rango, las clasificaciones jerárquicas y el sistema de relaciones que se establecen al interior de ese espacio. Por ejemplo en la “clase”. Anteriormente, la clase se estructuraba en torno a la figura del campamento y asumía la forma de la guerra y la competencia descarnada entre grupos. Poco a poco el espacio de la clase sufre un proceso de homogenización y atomización en donde cada alumno está ahora sometido a la mirada del maestro. La disciplina unifica lo heterogéneo e individualiza cada elemento. En efecto: “Y en este conjunto de alineamientos obligatorios, cada alumno de acuerdo con su edad, sus adelantos y su conducta, ocupa ya un orden ya otro; se desplaza sin cesar por esas series de casillas, las unas, ideales, que marcan una jerarquía del saber o de la capacidad [...] Movimiento perpetuo en el que los individuos sustituyen unos a otros, en un espacio ritmado por intervalos alineados” (Foucault, 2015: pp. 170).

La tercera técnica es *el empleo del tiempo*, la cual tiene como objetivo administrar el tiempo en función de las exigencias del trabajo asalariado. Se trata de garantizar a través de la vigilancia el uso correcto del tiempo de trabajo, reprimiendo y controlando todo aquello que puede perturbar la dinámica de la producción, la cual exige una partición estricta y rigurosa del ciclo de trabajo y las jornadas laborales. En ese sentido, cada movimiento debe estar programado y cada minuto debe estar plenamente integrado a la maquinaria productiva: “El tiempo medido y pagado debe ser también un tiempo sin impureza ni defecto, un tiempo de buena calidad, a lo largo de todo el cual permanezca el cuerpo aplicado a su ejercicio. La exactitud y la aplicación son, junto con la regularidad, las virtudes fundamentales del tiempo disciplinario” (Foucault, 2015: pp. 175). En algunos pasajes que evocan el pensamiento de su maestro Merleau Ponty, Foucault sostiene que el manejo del tiempo por parte de las disciplinas se encarna corporalmente en cada movimiento, en cada gesto. Una buena administración del tiempo exige un buen uso del cuerpo, un cuerpo disciplinado implica necesariamente toda una gimnasia corporal, una rutina que el cuerpo aprende y se interioriza a la manera de una disposición. Esto garantiza su exhaustividad, rendimiento y la intensificación a cada momento. A diferencia de Bourdieu que enfatiza el carácter prediscursivo de los hábitos corporales, para Foucault la constitución del cuerpo maquina implica necesariamente la intervención de un conjunto de discursos y saberes que se acumulan y sedimentan sobre la superficie del cuerpo:

El poder viene a deslizarse sobre toda la superficie de contacto entre el cuerpo y el objeto que manipula; los amarra el uno al otro. Constituye un complejo cuerpo-arma, cuerpo-instrumento, cuerpo-máquina. Se

¹² “Por el contrario, la sociedad moderna que se forma a comienzos del siglo XIX es, en el fondo, indiferente o relativamente indiferente a la pertenencia espacial de los individuos, no se interesa en absoluto por el control espacial de éstos en el sentido de asignarles la pertenencia de una tierra, a un lugar, sino simplemente en tanto tiene necesidad de que los hombres coloquen su tiempo a disposición de ella. Es preciso que el tiempo de los hombres se ajuste al aparato de producción, que éste pueda utilizar el tiempo de vida, el tiempo de existencia de los hombres. Este es el sentido y la función del control que se ejerce”. (Foucault, 2011: pp. 137).

está lo más lejos posible de aquellas formas de sujeción que no pedían al cuerpo otra cosa que signos o productos, formas de expresión o el resultado del trabajo. La reglamentación impuesta por el poder es al mismo tiempo la ley de construcción de la operación. Y así aparece este carácter del poder disciplinario: tiene menos una función de extracción que de síntesis, menos de extorsión del producto que de vínculo coercitivo con el aparato de producción. (Foucault, 2015: pp. 178).

Ahora bien, una de las características más importantes del poder disciplinario es eso que Foucault denomina el “buen encauzamiento”, lo cual hace referencia al carácter normalizador de este tipo de tecnologías de poder. Es decir, la disciplina no se limita a penalizar una transgresión al orden según el código jurídico de la ley, no le interesa tanto el acto por sí mismo; de lo que se trata es de insertar la infracción al orden dentro de un sistema normativo cuyo propósito básico apunta a corregir al individuo en función de una norma preestablecida y constante. La disciplina se coloca más en el ámbito de las virtualidades normativas y su propósito básico apunta a reformar moralmente y psicológicamente a los individuos a partir de un sistema binario entre lo normal y lo patológico que pretende actuar de manera correctiva. No ataca tanto el comportamiento por sí mismo, el cual puede de hecho ser irrisorio; lo que le preocupa a la disciplina no es sólo la conducta, sino que el perfil de los individuos en cuestión se ajuste a un modelo ideal de comportamiento y a sus preceptos antropológicos, psicológicos y éticos. Los individuos se convierten en un objeto de estudio. La forma de proceder de la disciplina es totalizadora: unifica lo múltiple al interior de un espacio homogéneo y continuo. Y para ello resulta indispensable la vigilancia constante, captar hasta los más ínfimos detalles y ejercer una suerte de micropenalidad sobre todos los comportamientos. El objetivo es enderezar todas las conductas, la inobservancia sobre la regla:

En el taller, en la escuela, en el ejército, reina una verdadera micropenalidad del tiempo (retrasos, ausencias, interrupciones de tareas), de la actividad (falta de atención, descuido, falta de celo), de la manera de ser (descortesía, desobediencia), de la palabra (charla, insolencia), del cuerpo (actitudes "incorrectas", gestos impertinentes, suciedad), de la sexualidad (falta de recato, indecencia). Al mismo tiempo se utiliza, a título de castigos, una serie de procedimientos sutiles, que van desde el castigo físico leve, a privaciones menores y a pequeñas humillaciones. Se trata a la vez de hacer penables las fracciones más pequeñas de la conducta y de dar una función punitiva a los elementos en apariencia indiferentes del aparato disciplinario: en el límite, que todo pueda servir para castigar la menor cosa; que cada sujeto se encuentre prendido en una universalidad castigable-castigante (Foucault, 2015: pp. 208-209).

En ese sentido, el principio de visibilidad obligatorio es un ingrediente constitutivo del régimen disciplinario y una de sus técnicas privilegiadas es el *examen*, el cual permite establecer, reafirmar las jerarquías y las clasificaciones, así como someter a los individuos a un dispositivo de vigilancia masivo, constante y permanente. A juicio de Foucault, la técnica del examen a comienzos del siglo XVIII es lo que permitió el desbloqueo epistemológico de la medicina, la cual durante el siglo XVII permanecía circunscrita a un tipo de control de inspiración religiosa y administrativa en donde el médico tenía escasa participación en la dinámica cotidiana del hospital. Con la necesidad permanente de “examinar”, la organización del hospital se fue modificando progresivamente y el médico fue extendiendo su capacidad de control sobre la vida cotidiana de los enfermos, convertidos en un objeto de examen permanente. En efecto: “El hospital bien "disciplinado" constituirá el lugar adecuado de la "disciplina" médica; ésta podrá entonces perder su carácter textual, y tomar sus referencias menos en la tradición de los autores decisivos

que en un dominio de objetos perpetuamente ofrecidos al examen” (Foucault, M. 2014: pp. 217). Lo mismo sucede con la escuela, la cual es transformada en un aparato de vigilancia continuo.

Como señalamos anteriormente, la escuela tendía a organizarse bajo el modelo del campamento y su estructura interna se caracterizaba por la competencia y la confrontación de las fuerzas. Con la introducción del examen, la práctica pedagógica se racionaliza al máximo y ahora de lo que se trata es de medir y sancionar a través de un juego perpetuo de estímulos y castigos en donde los alumnos quedan sujetos a un régimen de objetivación continua. El examen garantiza la transmisión del saber y reafirma a cada momento la jerarquía entre el maestro y el alumno: “[...] el examen, en la escuela, crea un verdadero y constante intercambio de saberes: garantiza el paso de los conocimientos del maestro al discípulo, pero toma del discípulo un saber reservado y destinado al maestro” (Foucault, 2015: pp. 217). La técnica del examen es también lo que posibilita la individualización y la diferenciación entre los individuos, puesto que en dicho proceso de objetivación “científica” cada miembro adquiere un perfil social que lo define en su singularidad como sujeto¹³. El niño, el enfermo, el loco, el obrero... cada individuo es examinado en su especificidad y sus decisiones personales y narraciones biográficas quedan entrelazadas al interior de un proceso de objetivación en donde su identidad como sujeto es producida. La disciplina individualiza y al mismo tiempo despersonaliza: las características singulares de cada sujeto quedan subsumidas y consignadas al interior de un sistema de normas que clasifica a los individuos. En conclusión, el examen:

[...] el examen se halla en el centro de los procedimientos que constituyen el individuo como objeto y efecto de poder, como efecto y objeto de saber. Es el que, combinando vigilancia jerárquica y sanción normalizadora, garantiza las grandes funciones disciplinarias de distribución y de clasificación, de extracción máxima de las fuerzas y del tiempo, de acumulación genética continua, de composición óptima de las aptitudes. Por lo tanto, de fabricación de la individualidad celular, orgánica, genética y combinatoria. Con él se ritualizan esas disciplinas que se pueden caracterizar con una palabra diciendo que son una modalidad de poder para el que la diferencia individual es pertinente (Foucault, 2015: pp. 223).

Como ya señalamos, este tipo de “sanción normalizadora” requiere necesariamente de un principio de visibilidad permanente y casi absoluta. Esa necesidad de transparencia inherente a la sociedad disciplinaria queda materializada a la perfección en la figura del panóptico, el cual fue diseñado por Jeremy Bentham. A juicio del francés, no fueron ni Descartes, Kant o Hegel los que se encargaron de inaugurar la estructura autorreflexiva de la conciencia moderna (el filósofo sostiene que la figura de Bentham ha tenido un impacto más decisivo en la cultura occidental que estos autores), sino la poderosa máquina reformista de Bentham lo que posibilitó la emergencia del alma moderna; la figura de la conciencia, autoconciencia y la noción misma de interioridad surgen con estas técnicas de supervisión y vigilancia continua (Yébenes, Z. 2014). Según el autor de la *Historia de la sexualidad*, existen dos tipos de utopías: las proletarias comunistas que tienen la particularidad de no realizarse nunca y las utopías capitalistas que tienden a realizarse con mucha frecuencia. Y la idea de un panóptico industrial se realizó efectivamente (Foucault,

¹³ En las antiguas sociedades feudales, la individualización de los sujetos “quedaba reservada a las regiones superiores del poder”, se establecía de manera ascendente y quedaba definida a partir de los lazos de parentesco. Con los mecanismos disciplinarios, por el contrario: “[...] la individualización es en cambio "descendente": a medida que el poder se vuelve más anónimo y más funcional, aquellos sobre los que se ejerce tienden a estar más fuertemente individualizados; y por vigilancias más que por ceremonias, por observaciones más que por relatos conmemorativos, por medidas comparativas que tienen la "norma" por referencia, y no por genealogías que dan los antepasados como puntos de mira; por "desviaciones" más que por hechos señalados” (Foucault, 2015: pp. 224).

M. 2011: pp. 131). El jurista inglés proyectó una figura arquitectónica cuya característica principal era que los individuos quedaban sometidos a una mirada omnipresente, totalizadora, que abarcaba todos los movimientos y, al mismo tiempo, la mirada del vigía era un punto ciego que permanecía al margen de todo ese ritual de transparencia. Según Foucault el poder del panóptico es a la vez material, visible, ejerce una violencia desmedida sobre el cuerpo y, a la vez, es inverificable:

El Panóptico era un sitio en forma de anillo en medio del cual había un patio con una torre en el centro. El anillo estaba dividido en pequeñas celdas que daban al interior y al exterior y en cada una de esas pequeñas celdas había, según los objetivos de la institución, un niño aprendiendo a escribir, un obrero trabajando, un prisionero expiando sus culpas, un loco actualizando su locura, etc. En la torre central había un vigilante y como cada celda daba al mismo tiempo al exterior y al interior, la mirada del vigilante podía atravesar toda la celda; en ella no había ningún punto de sombra y, por consiguiente, todo lo que el individuo hacía estaba expuesto a la mirada de un vigilante que observaba a través de persianas, postigos semicerrados, de tal modo que podía ver todo sin que nadie, a su vez, pudiera verlo. Para Bentham, esta pequeña y maravillosa argucia arquitectónica podía ser empleada como recurso para toda una serie de instituciones (Foucault, 2011: pp. 103-104).

A juicio del francés, el desarrollo del panóptico representa el punto más álgido del poder disciplinario, una auténtica máquina infernal que somete a los individuos a un campo de visibilidad absoluta donde cada individuo es vigilado y al mismo tiempo es un vigilante. Y todo a través de la manera en cual se ejerce la mirada y se distribuye el espacio, sin necesidad de ejercer algún tipo de coacción directa. A partir de este régimen de visibilidad, el poder se extiende y se materializa por todas partes y a la vez se desvanece, permanece completamente anónimo. El objetivo del panóptico es reformar la identidad de los individuos a través de una miríada de coacciones disciplinarias donde cada gesto y cada movimiento es sometido a un escrutinio permanente; el panoptismo altera y modifica la psique de los sujetos, produce un mecanismo de autovigilancia que interioriza la mirada del centinela en la conciencia del individuo. Para Bentham, el panoptismo es un método sumamente económico, pragmático y eficaz que permite transformar el alma de los criminales y reconducirlos a la normalidad; sólo así podrán convertirse en buenos ciudadanos que cumplen la ley y reintegrarse plenamente a la sociedad. Foucault nos dice:

De ahí el efecto mayor del Panóptico: inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. Hacer que la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción. Que la perfección del poder tienda a volver inútil la actualidad de su ejercicio; que este aparato arquitectónico sea una máquina de crear y de sostener una relación de poder independiente de aquel que lo ejerce; en suma, que los detenidos se hallen insertos en una situación de poder de la que ellos mismos son los portadores [...] Para ello Bentham ha sentado el principio de que el poder debía ser visible e inverificable. Visible: el detenido tendrá sin cesar ante los ojos la elevada silueta de la torre central de donde es espiado. Inverificable: el detenido no debe saber jamás si en aquel momento se le mira; pero debe estar seguro de que siempre puede ser mirado (Foucault, 2015: pp. 233).

En esta coyuntura histórica donde la figura del panóptico funge como modelo e inspiración de todas las instituciones sociales surge la prisión como institución disciplinaria y correctiva, un lugar donde el poder adquiere la forma de una “omnidisciplina” y se manifiesta en toda brutalidad y crudeza (Vázquez García,

1995: pp. 124). La detención penitenciaria es percibida ahora como una respuesta natural al delito y sinónimo de justicia. Inmediatamente después a la emergencia del presidio como técnica punitiva, aparece un discurso que cuestiona la eficacia política de la prisión y en ese sentido Foucault sostiene que el nacimiento de la cárcel es indisociable de su reforma. Como veremos más adelante a propósito de la sexualidad, Foucault logra detectar que las relaciones de poder no adoptan necesariamente la forma de un antagonismo entre el poder y el discurso crítico, sino que existen ciertos saberes contestarios que, lejos de ejecutar una ruptura radical, se anidan en la realidad como un parásito y refuerzan simbólicamente aquello que critican: así como la hipótesis represiva forma parte del dispositivo de sexualidad, la reforma penitenciaria es un ingrediente simbólico constitutivo del nuevo dispositivo carcelario. En efecto, entre 1820-1845 el confinamiento penal se instala como técnica de detención en Occidente e inmediatamente después se diagnostica el fracaso de la cárcel como institución correctiva. La crítica de la prisión es contemporánea de su nacimiento. Foucault enumera un conjunto de enunciados que comienzan a proliferar en este contexto y que advierten sobre el fracaso del presidio como institución disciplinaria (Foucault, 2015: pp. 307).

En primer lugar, las prisiones no ayudan a disminuir el índice de criminalidad, sino que germina su reproducción; lejos de disminuir la delincuencia, la incrementa. En segundo y sobre todo, el confinamiento penal no corrige al individuo, sino que el secuestro institucional es lo que estimula la reincidencia. El estigma carcelario que recae sobre el reo quebrante la posibilidad de restablecer el vínculo social con el exterior e imposibilita incorporarse al mercado de trabajo, lo que condena al presidiario a una forma de exilio social. De igual forma, la experiencia de la cárcel y el abuso de poder que la caracteriza generan una permanente sensación de abatimiento e injusticia sobre los sujetos, lo que los lleva a rechazar sistemáticamente cualquier forma de autoridad. Cabe añadir el efecto que produce sobre la familia, la cual es precipitada rápidamente a la miseria económica y los efectos simbólicos de la pena se extienden sobre ella (Foucault, M. 2015: pp. 307). En rigor, la cárcel, lejos de rehabilitar, se convierte en una enorme fábrica que produce más delincuentes y no puede dejar de fabricar más delitos. Foucault sostiene que la crítica a la prisión y la pretensión de reformarla adquiere la forma de un discurso circular que se legitima a sí mismo: por un lado, se señalan sus efectos crimogénicos derivados de sus condiciones inhumanas; por otro, cualquier forma de preocupación por los derechos del reo e iniciativa de suavizar sus métodos, es denunciada como una falta de rigor en la aplicación del castigo y una afrenta a la justicia. En realidad, el discurso de la reforma penitenciaria perpetúa la institución carcelaria al infinito, reactiva a cada momento la idea de que la solución al fracaso correctivo de la cárcel es la cárcel. En palabras de Foucault:

Hay que advertir que esta crítica monótona de la prisión se ha hecho constantemente en dos direcciones: contra el hecho de que la prisión no era efectivamente correctora y que la técnica penitenciaria se mantenía en ella en estado rudimentario, y contra el hecho de que al querer ser correctora, pierde su fuerza de castigo, que la verdadera técnica penitenciaria es el rigor, y que la prisión constituye un doble error económico: directamente por el costo intrínseco de su organización e indirectamente por el costo de la delincuencia que no reprime. Ahora bien, la respuesta a estas críticas ha sido siempre la misma: el mantenimiento de los principios invariables de la técnica penitenciaria. Desde hace siglo y medio, se ha presentado siempre la prisión como su propio remedio; la reactivación de las técnicas penitenciarias como la única manera de reparar su perpetuo fracaso; la realización del proyecto correctivo como el único método para superar la imposibilidad de hacerlo pasar a los hechos (Foucault, 2015: pp. 312-313).

Por último, el filósofo francés señala que la cárcel tiene un rendimiento político doble para la burguesía, a la vez instrumental y simbólico: por un lado, la transición del ritual de los suplicios al panóptico en realidad es una nueva forma de gestionar el fenómeno del ilegalismo que tiene como propósito proteger la propiedad industrial; por otro, sus efectos simbólicos y productivos sirven para dividir y controlar a la clase obrera a través de “*tácticas de confusión*”. En efecto, los expresidarios serán utilizados por la burguesía en coyunturas concretas como soplones, matones o rompehuelgas; al mismo tiempo, la figura simbólica del delincuente funcionará como una estrategia de moralización sobre la clase obrera que refuerza la ética del trabajo¹⁴. En efecto, la ruptura total entre el delincuente y la clase trabajadora es estratégica y está cuidadosamente trabajada, coloca al criminal como un ente patógeno surgido de otra parte, como un ser monstruoso separado de las clases populares de donde vienen; de ese modo, se produce una suerte de “nacionalismo interno”, una situación de conflicto generalizado y desestabilización permanente sin ningún referente claro.

Ese discurso de frontera que señala al criminal como un enemigo común que ha roto el pacto social y esa hostilidad hirviente hacia la delincuencia impulsa un proceso de despolitización que convoca a las clases bajas a oponerse en contra de los “privilegios” y el “confort” de un “enemigo sin rostro” a la vez “próximo y muy lejano”, al mismo tiempo que vuelve completamente rutinarios los controles policiales que reticulan a la sociedad (Foucault, M, 2015: pp. 332). A juicio de Foucault, la barrera simbólica impuesta y reforzada una y otra vez entre la clase trabajadora y la clase peligrosa (aquellos sectores expulsados del mercado de trabajo y que aún no han sido proletarizados), si bien experimentó resistencias, ha tenido un rendimiento político sumamente provechoso para la burguesía: como ya decíamos, no sólo posee un efecto de moralización que sacraliza la ética del trabajo, sino que dicha frontera establece un escisión interna en la clase trabajadora, la cual se ve expuesta a una situación de autovigilancia y conflicto caótico, generalizado y sin coordenadas políticas precisas, movilizándolo sus energías en contra de un enemigo interno que parece estar en todos lados y a la vez en ninguno. Lo anterior es un fenómeno que ejemplifica a cabalidad el carácter productivo, no sólo represivo, de las instituciones disciplinarias.

Una lectura antihumanista de la fuerza de trabajo

Para comprender esta forma sutil pero tremendamente eficaz de control disciplinario es necesario desechar todas las metáforas que apuntan a describir el funcionamiento del poder echando mano de metáforas tales como “cosificación”, “represión” o “enajenación”. El poder, como nos muestra prolijamente la descripción de Foucault, no reprime algo ahí ya dado de antemano, es una tecnología cuyo funcionamiento es esencialmente productivo en la medida que permite reactivar la dirección que pueden adoptar las prácticas de los sujetos en un espacio determinado y modelar plenamente, a través de la disciplina, el comportamiento de los individuos. Las relaciones de poder, en ese sentido, son a la vez mucho más simples y al mismo tiempo más complejas: simples porque se encarnan y penetran nuestras prácticas más

¹⁴ Además, podríamos agregar la utilidad del medio carcelario en la conformación de la fuerza de trabajo de todos aquellos circuitos de la economía ilegal. Como afirma elocuentemente Francisco Vázquez García: “El personaje “delincuente”, iniciado, formado, asociado en el medio carcelario, va a desempeñar un papel complejo como agente en la expansión de nuevos circuitos económicos y en el curso de los enfrentamientos de clase y conflictos políticos a partir del siglo XIX. Los delincuentes forjados en las cárceles y sometidos al control policial intervinieron decisivamente, y continúan haciéndolo hoy, en la gestión de ciertos dominios de importante acumulación del capital: prostitución, alcohol, tráfico de armas, droga” (Vázquez García, 1995: 126).

ordinarias sin la mediación de un aparato represivo; complicado porque se materializan ahí donde es más difícil percibir las y combatirlas. En efecto, el planteamiento de Foucault es radicalmente antihumanista, pues nos muestra que el vínculo entre los hombres y el trabajo no se deriva de ninguna esencia antropológica¹⁵; por el contrario, fue necesaria la intervención de todo un conjunto de tecnologías panópticas para sujetar a los individuos al aparato productivo. Y esas tecnologías son mucho más finas, se respiran como el aire y penetran de manera mucho más incisiva en nuestra existencia. En ese sentido:

Por lo tanto, creo que no puede admitirse pura y simplemente el análisis tradicional del marxismo que supone que, siendo el trabajo la esencia concreta del hombre, el sistema capitalista es el que transforma este trabajo en ganancia, plus-ganancia o plus-valor. En efecto, el sistema capitalista penetra mucho más profundamente en nuestra existencia. Tal como se instauró en el siglo XIX, este régimen se vio obligado a elaborar un conjunto de técnicas políticas, técnicas de poder, por las que el hombre se encuentra ligado al trabajo, por las que el cuerpo y el tiempo de los hombres se convierten en tiempo de trabajo y fuerza de trabajo y pueden ser efectivamente utilizados para transformarse en plus-ganancia. Pero para que haya plus-ganancia es preciso que haya sub-poder, es preciso que al nivel de la existencia del hombre se haya establecido una trama de poder político microscópico, capilar, capaz de fijar a los hombres al aparato de producción, haciendo de ellos agentes productivos, trabajadores (Foucault, 2011: 146-147).

Así como la acumulación originaria, según Marx, “se produjo quitándoles la tierra a los campesinos y coaccionándolos para que se vendieran como proletarios en el mercado de trabajo” (Pestaña, J. M. 2011: pp. 67), los sistemas disciplinarios emergen como una técnica de coacción que permite que los sujetos sean constantemente evaluados y vigilados a partir de una normatividad cuyas tendencias inmanentes maximizan los intereses de la “clase dominante” (Pestaña, J. M. 2011: pp. 67). En esa medida, no es posible comprender el desarrollo histórico del capitalismo industrial deduciendo todos los acontecimientos de un macroconcepto (el Estado o la clase). Es necesario describir detalladamente eso que Foucault denomina *anatomopolítica*, esto es, todo el conglomerado de tecnologías disciplinarias que penetran permanentemente la configuración psíquica y práctica de los cuerpos. En ese sentido, Foucault afirma que la disciplina:

El momento histórico de las disciplina es el momento en que nace un arte del cuerpo humano, que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés [...] El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone. Una "anatomía política", que es igualmente una "mecánica del poder", está naciendo; define cómo se puede hacer presa en el cuerpo de los demás [...] La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia). En una palabra: disocia el poder del cuerpo; de una parte, hace de este poder una "aptitud", una "capacidad" que trata de aumentar, y cambia por otra parte la energía, la potencia que de ello podría resultar, y la convierte en una relación de sujeción estricta. Si la explotación económica separa la fuerza y el producto del trabajo, digamos que la coerción disciplinaria

¹⁵ “Lo que yo quisiera que quedara en claro es que el trabajo no es en absoluto la esencia concreta del hombre o la existencia del hombre en su forma concreta. Para que los hombres sean efectivamente colocados en el trabajo y ligados a él es necesaria una operación o una serie de operaciones complejas por las que los hombres se encuentran realmente, no de una manera analítica sino sintética, vinculados al aparato de producción para el que trabajan. Para que la esencia del hombre pueda representarse como trabajo se necesita la operación o la síntesis operada por un poder político” (Foucault, 2011: pp. 146)

establece en el cuerpo el vínculo de coacción entre una aptitud aumentada y una dominación acrecentada (Foucault, 2015: pp. 160).

5.- La unidad cultural de la burguesía. La sexualidad como pureza de sangre

En *La voluntad de saber*, texto escrito al año siguiente y que constituye el primer tomo de su *Historia de la sexualidad*, encontramos de manera más acabada el desarrollo de los postulados básicos de lo que aquí, siguiendo a Francisco Vázquez García, hemos denominado “hipótesis productiva”. En este primer tomo de la *Historia de la sexualidad*, Foucault se aleja de manera más clara de los modelos liberales y marxistas que equiparan si más la dinámica de las relaciones de fuerza con la lógica piramidal de la superestructura jurídica. Si en *Vigilar y castigar* Foucault, por momentos, se refería al funcionamiento del poder en términos de represión, aquí el francés ejecuta un viraje radical. En este primer tomo de su *Historia de la sexualidad* Foucault procede a desmontar los presupuestos a partir de los cuales se ha venido construyendo eso que él denomina “hipótesis represiva”, representada principalmente por las obras de autores comúnmente asociados al freudomarxismo. Marcuse, Reich, Fromm son los interlocutores principales en este texto así como también se perciben los efectos ejercidos por los movimientos contraculturales del sesentay ocho norteamericano que hicieron su aparición en la escena histórica de aquel entonces.

De acuerdo con esta hipótesis, nos dice Foucault, la sexualidad habría sufrido una embravecida embestida represora en la historia del capitalismo. La sociedad burguesa se habría encargado de confinar la sexualidad de las clases populares a intereses estrictamente reproductivos con el objetivo de conformar cuerpos dóciles que se adapten rápidamente a la frugal ética del trabajo asalariado. La burguesía, desde esta perspectiva, habría castrado progresivamente a la clase trabajadora frente a la creciente necesidad material de privilegiar la constitución de un cuerpo esencialmente productivo y reproductivo que garantizara la conformación de la fuerza de trabajo y su ejército de reserva:

La pequeña crónica del sexo y de sus vejaciones se traspone de inmediato en la historia ceremoniosa de los modos de producción; su futilidad se desvanece. Del hecho mismo parte un principio de explicación: si el sexo es reprimido con tanto rigor, se debe a que es incompatible con una dedicación general e intensiva al trabajo; en la época en que se explotaba sistemáticamente la fuerza de trabajo, ¿se podía tolerar que fuera a dispersarse en los placeres, salvo aquellos, reducidos a un mínimo, que le permitieran reproducirse? (Foucault, 2014b: pp. 9-10).

En ese sentido, los movimientos progresistas de liberación sexual vendrían a torcer la vara en sentido opuesto al momento de emancipar y liberar la “energía sexual” del cerco represor instaurado por la lógica del capitalismo. Ahora bien, todo esto es inexacto y Foucault asegura que este discurso es fácil de sostener debido a los privilegios que procura: por un lado, permite al interlocutor posicionarse como un espectador imparcial que vendría, por la simple enunciación, a transgredir los límites impuestos por siglos enteros de represión, profetizando con tono solemne una nueva época liberada de las antiguas prohibiciones. (Foucault, M. 2014b: pp. 10). De igual modo, existen razones históricas de peso para respaldar esta hipótesis: las representaciones habituales del poder están aún circunscritas a la visión que se deriva del sistema de la monarquía jurídica. Desde esta perspectiva, el poder sólo es comprendido como una instancia centralizada y meramente capitalizable que se limita a instaurar leyes y sus respectivas prohibiciones, omitiendo todos los aspectos productivos que se derivan de toda la inmensa riqueza estratégica inherente

al ejercicio del poder (Foucault, 2014b: pp. 81) Foucault introduce un punto de desavenencia respecto a esta hipótesis: la tendencia en Occidente durante los últimos tres siglos (XVII, XVIII y XIX) se ha dirigido justo en la dirección opuesta: la sexualidad, lejos de haber sido prohibida, reprimida o silenciada, ha experimentado un estruendo discursivo considerable. Lejos de estar silenciada, la sexualidad está inmersa en todo un entramado de prácticas discursivas cuya prioridad ha consistido justamente en desplegar un parloteo indefinido que incita permanentemente a verbalizar la sexualidad hasta en los lugares más insospechados.

Más que ser reprimida (lo que no quiere decir que no haya represión sexual, sino que es sólo una función dentro de un dispositivo mucho más complejo), la sexualidad es instrumentada como una práctica discursiva que funciona como un vehículo normalizador, produciendo modos de subjetivación y ámbitos de objetivación cuya diseminación por todo el cuerpo social permite la instauración de un exhaustivo sistema disciplinario que, al expandirse por la totalidad del espacio social y penetrar todas las conductas, permite delimitar una taxonomía de perfiles cargados simbólicamente por toda una pléyade de categorías anómalas (asesinos, locos, desviados, degenerados). En ese sentido, lo que encontramos en la historia de occidente durante los últimos tres siglos no es un cerco represor como sostiene los autores asociados al freudomarxismo, sino una auténtica explosión y expansión discursiva a propósito de la sexualidad que busca verbalizar todas sus manifestaciones, transformar todo el deseo en discurso. El francés dice:

Se podrían citar otros muchos focos que entraron en actividad, a partir del siglo XVIII o del XIX, para suscitar los discursos sobre el sexo. En primer lugar la medicina, por mediación de las "enfermedades de los nervios"; luego la psiquiatría, cuando se puso a buscar en el "exceso", luego en el onanismo, luego en la insatisfacción, luego en los "fraudes a la procreación" la etiología de las enfermedades mentales [...] también la justicia penal, que durante mucho tiempo había tenido que encarar la sexualidad, sobre todo en forma de crímenes "enormes" y contra natura, y que a mediados del siglo XIX se abrió a la jurisdicción menuda de los pequeños atentados, ultrajes secundarios, perversiones sin importancia; por último, todos esos controles sociales que se desarrollaron a fines del siglo pasado y que filtraban la sexualidad de las parejas, de los padres y de los niños, de los adolescentes peligrosos y en peligro [...]; irradiaron discursos alrededor del sexo, intensificando la consciencia de un peligro incesante que a su vez reactivaba la incitación a hablar de él (Foucault, 2014b: pp.31).

Foucault señala que la confesión ha cumplido una función de primer orden dentro de este despliegue discursivo y ha fungido como la técnica privilegiada que posibilita la producción de la verdad a propósito de la sexualidad. Desde la Edad Media la sociedad occidental ha introducido el ejercicio de la confesión como un ingrediente esencial en los mecanismos y procedimientos institucionales que han posibilitado la individuación de los sujetos. En la justicia criminal se sustituyen los juramentos, duelos y juicios de Dios y comienzan a desarrollarse métodos de investigación que toman como blanco el discurso que los sujetos son capaces de producir acerca de sí mismos. Del individuo cuya autenticidad estaba asegurada por su pertenencia a una comunidad ("familia, juramento de fidelidad, protección"), ahora es la verdad que cada individuo debe formular acerca de sí mismo lo que se ha instalado en el núcleo de los rituales correspondientes a los poderes políticos y religiosos (Foucault, M. 2014a: pp. 56-57). En una polémica afirmación, Foucault considera al psicoanálisis heredero directo de estas técnicas de confesión y según el

francés el advenimiento de la clínica psicoanalítica forma parte de todo el arsenal discursivo orientado a verbalizar la sexualidad¹⁶. En efecto, la confesión:

La confesión difundió hasta muy lejos sus efectos: en la justicia, en la medicina, en la pedagogía, en las relaciones familiares, en las relaciones amorosas, en el orden de lo más cotidiano, en los ritos más solemnes; se confiesan los crímenes, los pecados, los pensamientos y deseos, el pasado y los sueños, la infancia; se confiesan las enfermedades y las miserias; la gente se esfuerza en decir con la mayor exactitud lo más difícil de decir, y se confiesa en público y en privado, a padres, educadores, médicos, seres amados; y, en el placer o la pena, uno se hace a sí mismo confesiones imposibles de hacer a otro, y con ellas escribe libros. La gente confiesa —o es forzada a confesar. Cuando la confesión no es espontánea ni impuesta por algún imperativo interior, se la arranca; se la descubre en el alma o se la arranca al cuerpo. Desde la Edad Media, la tortura la acompaña como una sombra y la sostiene cuando se esquivo: negras mellizas. La más desarmada ternura, así como el más sangriento de los poderes, necesitan la confesión. El hombre, en Occidente, ha llegado a ser un animal de confesión (Foucault, M. 2014b: pp. 57-58).

En rigor, las proclamaciones transgresoras del discurso acerca de la liberación sexual, lejos de impugnar el orden moral de la sociedad burguesa o introducir alguna novedad, forman parte del mismo dispositivo normalizador y contribuye, pese a sus buenas intenciones, a la formación de toda una élite especializada (psiquiatras, psicólogos, juristas, criminólogos, sexólogos) que comienza a delimitar los umbrales entre lo normal y patológico a propósito del sexo. En efecto: “El hecho de que tantas cosas hayan podido cambiar en el comportamiento sexual de las sociedades occidentales sin que se haya realizado ninguna de las promesas o condiciones políticas que Reich consideraba necesarias, basta para probar que toda la "revolución" del sexo, toda la lucha "antirrepresiva" no representaba nada más, ni tampoco nada menos -lo que ya era importantísimo-, que un desplazamiento y un giro tácticos en el gran dispositivo de sexualidad” (Foucault, 2014b: pp. 124). Antes que esterilizar la sexualidad de la clase trabajadora, la burguesía se fue mutilando a sí misma para proveerse de un cuerpo de élite como emblema de distinción de clase (la sexualidad es la sangre de la burguesía, afirma Foucault) y posteriormente segregar esa forma arbitraria de vivir la sexualidad hacia las clase trabajadora. En efecto, a lo largo del siglo XIX las preocupaciones de la literatura psiquiátrica orientaron sus análisis principalmente hacia cuatro figuras clave: la histérica, el adolescente masturbador, la pareja malthusiana y el adulto perverso, lo cual pone de manifiesto que este tipo de saberes no se dirigió directamente sobre el cuerpo del proletariado industrial, sino que ejecutó un repliegue autorreferencial donde la burguesía inauguró un proceso de purificación simbólica sobre su propio cuerpo.

Y semejante violencia simbólica sobre sus propios miembros tendrá un rendimiento político. En efecto, el discurso acerca de la sexualidad, por consecuencia, se erige como estrategia de normalización y moralización que garantiza la unidad cultural de la burguesía, transcribiendo el dominio y las relaciones de fuerza a una forma sublimada de *racismo*. De este modo, la sexualidad es lo que permite reafirmar el honor

¹⁶ Según Foucault, el psicoanálisis hunde de lleno sus raíces en las técnicas pastorales de confesión: “Desde la dirección de conciencias hasta el psicoanálisis, los dispositivos de alianza y de sexualidad, girando uno con relación al otro según un lento proceso que ahora tiene más de tres siglos, invirtieron sus respectivas posiciones; en la pastoral cristiana, la ley de la alianza codificaba esa carne que se estaba descubriendo y le imponía desde un principio una armazón aún jurídica; con el psicoanálisis, la sexualidad da cuerpo y vida a las reglas de la alianza” (Foucault, 2014b: pp. 107). A juicio de Slavoj Žižek, Foucault erra en su genealogía del psicoanálisis al colocarlo justo a las técnicas pastorales de confesión. Según el esloveno, para el psicoanálisis no es la verdad sino la mentira lo que estructura la experiencia del sujeto (Žižek, 2016 pp. 13)

y la identidad de clase y el sexo se vuelve un discurso donde se expresa la vitalidad y el poderío biológico de un grupo social contra otro, en donde el otro ya no sólo es el enemigo de clase, sino el anormal, un miembro patógeno que contamina la salud del cuerpo social y cuya presencia es necesario extirpar¹⁷. De este modo, en la sexualidad se vislumbra a la perfección la manera en la cual las tecnologías disciplinarias permanecen entretejidas con mecanismos biopolíticos más amplios y globales¹⁸. Al igual que en *Vigilar y castigar*, Foucault se aleja del modelo jurídico de la soberanía y sostiene que la sexualidad como mecanismo de control no se ejerce sobre los individuos en tanto sujetos jurídicos (Vázquez, F. 2010: pp. 135). Como señala acertadamente Francisco Vázquez García, por un lado, el discurso acerca de la sexualidad permite ejercer un control individualizado en la medida es algo que atañe directamente al cuerpo del individuo. Durante el siglo XVIII se pensaba que la masturbación infantil era algo que afectaba la salud y generaba enfermedades; de ese modo, se vigilaba de cerca la sexualidad de los niños y los adolescentes. Por otro lado, la sexualidad es también objeto de políticas públicas que involucran a la población en su conjunto. Aspectos como la natalidad y la reproducción son ahora regulados estadísticamente. En suma, la sexualidad:

El sexo es, a un tiempo, acceso a la vida del cuerpo y a la vida de la especie. Es utilizado como matriz de las disciplinas y principio de las regulaciones. Por ello, en el siglo XIX, la sexualidad es perseguida hasta en el más ínfimo detalle de las existencias; es acorralada en las conductas, perseguida en los sueños; se la sospecha en las menores locuras, se la persigue hasta los primeros años de la infancia; pasa a ser la cifra de la individualidad, a la vez lo que permite analizarla y torna posible amaestrarla. Pero también se convierte en tema de operaciones políticas, de intervenciones económicas [...] de campañas ideológicas de moralización o de responsabilización: se la hace valer como índice de fuerza de una sociedad, revelando así tanto su energía política como su vigor biológico. De uno a otro polo de esta tecnología del sexo se escalona toda una serie de tácticas diversas que en proporciones variadas combinan el objetivo de las disciplinas del cuerpo y el de la regulación de las poblaciones (Foucault, 2014b: pp. 136).

Postulados elementales de la analítica del poder

Como señalamos anteriormente, muchos de los cuestionamientos lanzados en contra de la analítica del poder ignoran u omiten su carácter de analítica y tienden a presentar la microfísica del poder como un conjunto de proposiciones teóricas. Por el contrario, el análisis de las relaciones de poder llevado a cabo

¹⁷ Como veremos más adelante, para Foucault cierto clasismo marxista también es una forma de racismo de Estado en la medida que plantea la lucha de clases como un antagonismo radical donde no existe mecanismo jurídico alguno que puede mediar el conflicto; el objetivo, por lo tanto, debe ser la eliminación física del adversario. Lejos de consumir las transformaciones estructurales, el clasismo marxista, al igual que el fascismo, terminó por esencializar biológicamente al adversario y de ahí se derivaron los mecanismos de control más infernales. Unos años atrás, en el conocido debate con Noam Chomsky, el mismo Foucault, sorprendentemente, parece asumir una postura muy similar (Moreno Pestaña, 2011: pp. 90).

¹⁸ Lo anterior no debe entenderse como una estrategia intencional planeada por un grupo plenamente cohesionado, sino como el efecto indirecto de una multiplicidad de estrategias. Foucault nos habla de una “estrategia sin estratega” y hace referencia al carácter “intencional pero no subjetivo” de las relaciones de poder. En efecto; “Se puede decir que la estrategia de moralización (campañas sanitarias, casas para trabajadores, clínicas, etc.) de las clases trabajadoras es la de la burguesía. Se puede decir, incluso, que esta estrategia la definió a sí misma como clase y le permitió ejercer su dominación. Pero decir que la burguesía en el nivel de su ideología y de su proyecto de reforma económica, actuando como una suerte de sujeto real y sin embargo ficticio, inventó e impuso por la fuerza su estrategia de dominación, es algo que no puede afirmarse” (Citado por Dreyfus y Rabinow, 2001: pp. 217)

por Foucault está circunscrito a coyunturas históricas bien concretas y, en ese sentido, no puede ser dissociado de ellas. Es un trabajo radicalmente descriptivo y nominalista, no una teoría del poder. Ahora bien, dado que esta es una tesis de filosofía política resulta necesario enunciar al menos con fines expositivos cuáles son esos postulados básicos de la analítica de Foucault y en dónde radica su innovación respecto a los modelos anteriores. De acuerdo con Gilles Deleuze (Deleuze, 2016: pp.49-56) y Francisco Vázquez García (Vázquez García, 1995: 138-140), la analítica foucaultiana puede ser sintetizada en cinco postulados mayores.

1.- **Propiedad.** El poder no es una entidad metafísica, ni una substancia ni un principio trascendental, sino un conjunto de prácticas coordinadas por toda la red de acciones y reacciones a partir de las cuales el poder se encarna y se materializa por toda la superficie del cuerpo social. En ese sentido, el poder no es tanto una propiedad que detente la clase dominante, sino un entramado de estrategias y tácticas con múltiples puntos de enfrentamiento. En efecto:

El estudio de esta microfísica del poder supone que el poder que en ella se ejerce no se conciba como una propiedad, sino como una estrategia, que sus efectos de dominación no sean atribuidos a una 'apropiación', sino a unas disposiciones, a unas maniobras, a unas tácticas, a unas técnicas, a unos funcionamientos [...] Hay que admitir que este poder se ejerce más que se posee, que no es el 'privilegio' adquirido o conservado por la clase dominante, sino el efecto de conjunto de sus posiciones estratégicas, efecto que manifiesta y a veces acompaña la posición de aquellos que son dominados. (Foucault, 2015: pp. 36).

Y eso no significa que Foucault sostenga que las jerarquías sociales no existan o que el análisis del poder evapore la dominación de clase y desemboque en un análisis abstracto e idealista de las relaciones de poder. Las relaciones de fuerza cuerpo a cuerpo, por el contrario, siempre se materializan entre sujetos desigualmente equipados; el poder si bien no se localiza en un lugar privilegiado, tampoco está distribuido de manera homogénea. Más bien, lo que enfatiza la analítica del poder es que la dominación de una clase sobre otra sólo puede ejercerse a través del efecto de conjunto y la unificación global de todo ese entramado de relaciones de poder en el que los propios dominados están inmersos y contribuyen a reproducir. Y, en ese sentido, son los efectos de conjunto y la unificación global de ese entramado de relaciones de poder lo que define la dinámica intrínseca de la lucha. En efecto: “Si hay luchas de clases -y sin duda las hubo-, invisten ese campo, lo dividen, lo surcan, lo organizan. Pero hay que resituar las relaciones de poder dentro de las luchas y no suponer que por un lado está el poder y por otro aquello sobre lo cual se ejerce, y que la lucha se desarrolla entre el poder y el no poder” (Foucault, M. 2012: pp. 120). Foucault nos muestra que la lucha de clases se ejercita de manera radicalmente fragmentaria y su lógica interna no obedece a ningún principio totalizante encarnado en una entidad personificada que sea responsable de todo lo que acontece en el mundo social. De igual modo, el poder no es un dato objetivo. No basta con remitir a los actores sociales a su posición o pertenencia de clase y reducir las clases a una cifra estadística; hay que captar el dinamismo práctico de la acción, las tácticas, las maniobras, la manera en la cual las clases se encarnan en dispositivos prácticos que tienen que ver con un trabajo político sobre el cuerpo, la disciplina o la sexualidad.

2.- **Localización.** En contra de la tesis según la cual el poder se concentra en los aparatos del Estado, Foucault sostiene que la figura del Estado es tan sólo el efecto retoractivo de todo un entramado de estrategias que recorren todo el cuerpo social y que no pueden simplemente ser derivadas de ninguna instancia centralizada. En ese sentido, el poder no es una substancia estrictamente capitalizable y plenamente localizable alrededor de número definido de individuos que detentan todos los poderes de

coacción. Lejos de estar centralizado al interior de un aparato, el poder en realidad es un conjunto de relaciones abiertas y más o menos coordinadas en donde todos los agentes sociales, lo quieran o no, lo reconozcan o no, se encuentran inextricablemente implicados en la reproducción y mantenimiento del orden social. En ese sentido, el análisis de las relaciones de poder debe partir de su manifestación microfísica, de las relaciones locales y cotidianas y posteriormente ascender a sus instancias molares más generales. De este modo, Foucault abandona la visión puramente instrumental y esencialista en torno al poder que describe su funcionamiento poniendo el acento única y exclusivamente en la relación vertical dominante y dominado. De igual forma, Foucault, al enfatizar el carácter radicalmente pluralista y heterogéneo de las relaciones de poder, rechaza la visión instrumental y monolítica según la cual la dominación es entendida como el dominio directo y unidireccional de un grupo social plenamente cohesionado sobre otro.

3.- **Subordinación.** Las relaciones de poder no son una superestructura jurídica. El poder es relativamente autónomo, está dotado de una coherencia interna y de un conjunto de tecnologías específicas que deben ser descritas y examinadas en su positividad. No es válido remitirlas o derivarlas mecánicamente de las relaciones de producción, hay que hacer explícita su lógica interna. Lejos de establecer una relación de subordinación entre la estructura económica y la superestructura, hay que describir el vínculo y la “dependencia recíproca” entre el poder y los procesos económicos. Por ejemplo, la dependencia recíproca entre el despegue del capitalismo industrial y la economía política de la pena, la manera en la cual los sistemas de castigo van a organizar las condiciones de trabajo en las fábricas y los talleres (Vázquez, F. 1995: pp.139). La analítica del poder rechaza eso que en ciencias sociales se ha designado como “funcionalismo de lo peor” y que hace referencia a una visión ingenuamente fatalista y teleológica de la acción social según la cual a toda acción histórica subyace una intención oculta que se limita a cumplimentar de manera mecánica, inalterable y plenamente deliberada los intereses de la clase dominante. Por el contrario, es necesario desgranar sus mecanismos. En ese sentido, la analítica del poder adopta la estrategia del artesano y procede a reconstruir, a través trabajos genealógicos de detalle que atienden la espontaneidad práctica del poder, la estrecha relación entre el saber y el poder inscrita en cada una de las distintas formas de racionalidad (racionalidad psiquiátrica, clínica, jurídica, punitiva, sexológica), todas ellas dotadas de una coherencia interna que exige ser examinada por sí misma y que resulta irreductible a los efectos maquiavélicos de una estrategia omnisciente deducida de antemano

4.- **Modo de acción.** El funcionamiento del poder no se reduce a un efecto coercitivo de represión estatal ni a un ocultamiento ideológico de la realidad. El poder es esencialmente productivo, produce formas de subjetividad y ámbitos de objetivación, produce tipos sociales y saberes que fertilizan todo el cuerpo social. Produce normas y procedimientos que ajustan a los individuos a formas ideales de comportamiento. En suma, el poder produce realidad. Los modelos que enfatizan los mecanismos represivos e ideológicos suponen un agente previo e intocado y en buena medida *son incapaces de explicar la génesis de ese agente*. Por el contrario, el poder es algo que penetra de manera más insidiosa en nuestra existencia y que nos remite al proceso a partir del cual nos hemos constituido como sujetos. La ideología y la represión, si su existencia es innegable, sus efectos son siempre posteriores.

5.- **Legalidad.** Las relaciones de poder no obedecen al modelo jurídico entre lo permitido y lo prohibido. Por el contrario, el análisis de Foucault nos invita a pensar las teorías jurídicas no tanto como una teoría del contrato o del derecho, sino como un episodio de *anatomopolítica*. Por consecuencia, es necesario pensar la ley no como una respuesta natural y espontánea al delito como afirma el sentido común de la jurisprudencia, sino como un dispositivo estratégico que administra y distribuye selectivamente los

castigos. Como mostró en *Vigilar y castigar*, la reforma penitenciaria impulsada por los reformadores ilustrados, lejos de impulsar un proceso de humanización, en realidad era un desplazamiento en la economía política del castigo al momento de administrar el fenómeno del ilegalismo. De igual modo, toda ley, toda política pública, toda forma de castigo viene acompañada de un efecto simbólico-productivo. Toda la economía ilegal derivada de las prisiones ha servido como una “táctica de confusión” que escinde internamente a la clase obrera. La barrera simbólica entre la clase trabajadora y la clase peligrosa genera una situación de conflicto generalizado que desdibuja las coordenadas políticas e impulsa un proceso interno de autodestrucción. Esta ganancia de ninguna manera se deriva de una estrategia maquiavélica explícitamente planteada, sino que es un efecto azaroso pero estabilizado política y económicamente al interior de la sociedad punitiva (Vázquez García, 1995: pp. 126).

6.- Poder y lucha de clases. Un balance

En el presente capítulo hemos expuesto a grandes rasgos cuáles son los postulados esenciales de la analítica del poder desarrollada por Michel Foucault y los puntos de inflexión que introduce respecto a las concepciones tradicionales del poder, tanto la liberal como la marxista (ambas tradiciones, como ya vimos, están circunscritas a un suelo común de creencias en torno a la dinámica del poder). Nuestra hipótesis de trabajo ha quedado demostrada: si bien resulta evidente que tanto en *Vigilar y castigar* como en *La voluntad de saber* existe un cuestionamiento radical a la concepción marxista del poder, la hipótesis productiva desarrollada por Foucault reivindica en todo momento el potencial analítico de la lucha de clases. Antes que prescindir de una perspectiva clasista, la concepción foucaultiana de las relaciones de fuerza enfatiza la imperiosa necesidad de comprender el carácter autónomo de las relaciones de poder y sacar a la luz la lógica intrínseca que articula su funcionamiento. En efecto, de lo que se trata es de prescindir de una vez y para siempre de las visiones simplistas que se limitan a subsumir los fenómenos sociales dentro de un macroconcepto (El capital, la clase, El estado) y describir en toda su complejidad el conjunto de tecnologías, estrategias, mecanismos, procedimientos, dispositivos, en suma, toda esa micromecánica a partir de la cual el poder se materializa al interior del cuerpo social. No se trata de deducir mecánicamente todos los acontecimientos de una supuesta dominación de clase desprovista de contenidos reales y referentes concretos, sino mostrar los procedimientos efectivos en virtud de los cuales los sistemas de exclusión adquieren existencia al interior del tejido social y cómo éstos terminan por tener un rendimiento político para las estrategias globales de dominación de clase.

Tal es, como ya mostramos, el propósito general de *Vigilar y castigar* y *La voluntad de saber*. Al hacer explícito el funcionamiento efectivo y el carácter estratégico de las relaciones de poder así como su conexión interna con ciertas prácticas discursivas, el planteamiento de Foucault nos permite captar cómo la intervención aparentemente neutral de ciertos agentes (un psiquiatra, un psicólogo o un criminólogo) al interior del cuerpo social, en realidad está entretejida dentro de procedimientos normativos más amplios y complejos. En efecto, en ambos textos Foucault reconstruye históricamente el proceso a partir del cual un conjunto de discursos se fueron posicionando progresivamente como saberes especializados y lograron instaurar una normatividad histórica que, al diseminar instrumentos de evaluación, vigilancia y disciplina por todo el espacio social, posibilitaba el fortalecimiento de los intereses de la clase dominante al momento de reconducir a la normalidad todo aquello que se desvía de la norma.

Y lo importante no radica tanto en la exclusión por sí misma (las estrategias del capitalismo pueden coexistir perfectamente con la locura, el niño masturbador o una “sexualidad perversa”), sino en el rédito

político obtenido de todos esos dispositivos de control que se derivan de las estrategias involucradas en dichos fenómenos de normalización. El poder disciplinario insta una normatividad de clase (el castigo no se distribuye al azar y se castiga, nos dice Foucault, según los intereses de los grupos dominantes) y es un ingrediente esencial del capitalismo industrial: posibilita la observación continua y la rectificación de todos los comportamientos considerados anómalos, erigiendo modelos antropológicos atemporales que determinan cuáles son los hábitos que los sujetos deben adoptar en sus respectivas prácticas. Buen obrero, buen estudiante, buen ciudadano .Foucault lo resume brillantemente:

Me parece que del fenómeno general de la dominación de la clase burguesa puede deducirse cualquier cosa. Creo que lo que hay que hacer es lo inverso, es decir, ver históricamente cómo, a partir de abajo, los mecanismos de control pudieron actuar en lo que se refiere a la exclusión de la locura, a la represión, a la prohibición de la sexualidad; cómo, en el nivel efectivo de la familia, del entorno inmediato, de las células, o en los niveles más bajos de la sociedad, esos fenómenos de represión o exclusión tuvieron sus instrumentos, su lógica, y respondieron a cierta cantidad de necesidades; mostrar cuáles fueron sus agentes, y no buscarlos en absoluto por el lado de la burguesía en general [...]. Y creo que lograríamos mostrar fácilmente [...] que, en el fondo, lo que necesitó la burguesía, aquello en lo cual el sistema puso finalmente su interés, no fue que los locos fueran excluidos o que la masturbación de los niños se vigilara y prohibiera [...]; no encontró su interés y se invirtió efectivamente en el hecho de que fueran excluidos sino, en cambio, en la técnica y el procedimiento mismos de la exclusión” (Foucault, 2014a: pp. 40)

Capítulo II

La analítica del biopoder

I.- Introducción

Una de las principales objeciones esgrimidas al planteamiento inicialmente expuesto en *Vigilar y castigar* y *La voluntad de saber* es que la propuesta foucaultiana resulta incapaz de explicitar el vínculo causal entre los mecanismos infinitesimales que Foucault desgana detalladamente en sus análisis históricos y los efectos ejercidos por los aparatos ideológicos de Estado que invariablemente nos remiten a las instancias macroestructurales de la dominación de clase¹⁹. Por ejemplo, en este orden de ideas, el filósofo marxista Dominique Lecourt sostiene que el análisis foucaultiano de las relaciones de poder desemboca en posicionamientos abiertamente metafísicos que terminan por ignorar la función preponderante del poder estatal y la lucha de clases al interior del cuerpo social:

Si Foucault construye una teoría del poder como haz de relaciones infinitesimales sin un mecanismo que regule su funcionamiento de conjunto, que regule sus menores acciones, con los efectos de ocultamiento que apenas hemos entrevisto, es porque no tiene en cuenta el proceso general de la lucha de clases, cuya tendencia dominante los diversos aparatos ideológicos y represivos del estado tienen la función de realizar, por medio de efectos regulados de poder (Lecourt, 1993: pp. 78-79).

Estas objeciones, muy socorridas para desautorizar la propuesta foucaultiana, carecen, me parece, de un sustento filosófico e histórico. En primer lugar, si bien es cierto que la analítica del poder dirige una crítica radical a la manera en la cual cierta tradición marxista había comprendido las relaciones de poder, la “hipótesis Nietzsche” que Foucault contrapone a la concepción marxiana de las relaciones de fuerza reivindica en todo momento el potencial analítico de la lucha de clases²⁰. Antes que prescindir de una perspectiva clasista, la concepción foucaultiana de las relaciones de poder enfatiza la imperiosa necesidad de comprender el carácter autónomo de las relaciones de poder y sacar a la luz la lógica intrínseca que articula su funcionamiento. En efecto, Foucault se niega a asumir una visión simplista que deduzca las relaciones de poder de unidades monolíticas (El capital o El estado) y procede más bien a describir minuciosamente todo el conjunto de tecnologías y estrategias en virtud de las cuales el poder se materializa al interior del cuerpo social. No se trata de subsumir mecánicamente todos los acontecimientos dentro de una supuesta dominación de clase desprovista de contenidos reales y referentes concretos, sino de hacer explícitos los procedimientos efectivos a partir de los cuales esa lucha acontece al interior del

¹⁹ Como señala Colin Gordon, la analítica del poder recibió tres tipos de cuestionamientos principales: “One objection frequently raised by the Marxist left was that this new attentiveness to the specifics of power relations and the detailed texture of the particular techniques and practices failed to address or shed light on the global issues of politics, namely the relations between society and the state. Another was that Foucault’s representation of society as a network of omnipresent relations of subjugating power seemed to preclude the possibility of meaningful individual freedom. A third complaint was that Foucault’s markedly bleak account of the effects of humanitarian penal reformism corresponded to an overall political philosophy of nihilism and despair” (Gordon, 1991: pp. 5).

²⁰ “El primer volumen de la *Histoire de la sexualité*, si bien contenía una crítica de la concepción marxista del poder, reivindicaba con riesgos los útiles analíticos de la lucha de clases” (Moreno Pestaña, 2010: pp. 96).

cuerpo social. La descripción histórico-genealógica se vuelve una herramienta indispensable para llevar a cabo dicha tarea.

Ahora bien, es importante señalar que el interés de Foucault por las clases sociales no se caracteriza por ser una historia social convencional o una sociología empírica de las clases, sino que dicho interés está enmarcado dentro de su proyecto genealógico. En ese sentido, la objeción de Lecourt se invierte con toda legitimidad: no es Foucault el que no toma en cuenta el proceso general de la lucha de clases, sino buena parte de la tradición marxista la que no dispone de las herramientas históricas necesarias (la genealogía como herramienta descriptiva) para mostrar la lucha de clases en su carácter de acontecimiento. De igual modo, es muy importante señalar que el proyecto Foucault, en contraste con el señalamiento de Lecourt, efectúa un análisis ascendente de las relaciones de poder que toma como punto de partida las operaciones efectivas de dominación para de ahí sacar a la luz cómo estas tecnologías locales terminan por tener un rendimiento político para las grandes estrategias de dominación. En efecto, el francés sostiene:

Digamos además que, en la medida en que las nociones de *burguesía* e *interés de la burguesía* carecen verosímelmente de contenido real, al menos para los problemas que acabamos de plantear, lo que hay que ver es justamente que no se trata de que la burguesía considerara que había que excluir la locura o reprimir la sexualidad infantil [...] La burguesía no se interesa en los locos, sino en el poder que ejerce sobre ellos; no se interesa en la sexualidad del niño, sino en el sistema de poder que controla esa sexualidad. Se burla totalmente de los delincuentes, de su castigo o su reinserción, que económicamente no tiene mucho interés. En cambio, del conjunto de los mecanismos mediante los cuales un delincuente es controlado, seguido, castigado, reformado, se desprende, para la burguesía, un interés que funciona dentro del sistema económico político general. (Foucault, 2014a: pp. 41).

En segundo lugar, los cuestionamientos que insisten que la analítica del poder desarrollada por Foucault, además de desatender el proceso global de la lucha de clases (cuestión que, como ya señalamos, no es así), se desentiende de los grandes procesos estatales, ignoran la manera en la cual el filósofo francés fue transformando progresivamente el planteamiento inicialmente expuesto en *Vigilar y castigar* y *La voluntad de saber*. Frente a la insistencia de estas críticas, es indudable que Foucault comenzó a introducir el problema del Estado en sus análisis (Martíarena, 2014: pp. 23), pero no sólo eso: el examen de nuevas coyunturas históricas exigían un tratamiento distinto y nuevas formas de conceptualizar la realidad social.

II.- De La voluntad de saber a Defender la sociedad. Biopolítica y racismo de Estado

La biopolítica es una de las categorías que actualmente gozan de mayor popularidad y sus usos y significados suelen variar mucho. En la obra de Foucault la misma noción no tiene un significado unívoco y fue adquiriendo distintos matices a lo largo del tiempo. Incluso podríamos decir que se fue transformando progresivamente y fue cambiando sus objetos de estudio. Por lo tanto, para comprender a cabalidad dicha categoría es necesario, aunque sea brevemente, recorrer el itinerario a partir del cual el término biopolítica fue adquiriendo forma. Como ya señalamos, hacia el final de *La voluntad de saber* Foucault introduce una nueva categoría de análisis: la biopolítica. Después de examinar detalladamente los mecanismos del dispositivo de sexualidad y desmontar los presupuestos filosóficos de la “hipótesis represiva”, Foucault encuentra una nueva forma de poder que no se deja reducir ni al esquema guerrero del modelo disciplinario ni al dispositivo jurídico de la soberanía. El poder soberano, hemos de recordar,

funciona a partir de un mecanismo fundamentalmente jurídico y queda ejemplificado en aquella imagen de *Vigilar y castigar* en donde el parricida Robert Damiens es torturado y descuartizado en la plaza pública. La economía del poder disciplinario es distinta: es una técnica de poder que, tomando como modelo de análisis la metáfora de la guerra, hace referencia a todos los mecanismos de normalización que se ejercen directamente sobre el cuerpo de los individuos. La disciplina, nos muestra Foucault en *Vigilar y castigar*, es un ingrediente constitutivo del capitalismo industrial en la medida que posibilita la observación continua y la rectificación de todos aquellos comportamientos considerados desviados de la norma, acumulando saber sobre la experiencia del sujeto y proyectando modelos antropológicos universales que definen los imperativos morales que cada individuo debe asumir en sus respectivas prácticas y en las instituciones sociales. El poder disciplinario, como ya mostramos, normaliza antes que reprimir o coaccionar.

Ahora bien, como ya señalamos, en la última sección de *La voluntad de saber* Foucault detecta que hacia mediados del siglo XVIII emerge otra tecnología de poder que no toma como blanco directamente el cuerpo del individuo, sino que va dirigida a la población en su conjunto²¹. La biopolítica es, por lo tanto, una tecnología de poder que se encarga de regular los grandes procesos biológicos de una población determinada. Si las técnicas disciplinarias se encargaron de producir todo un parloteo discursivo en torno a la sexualidad que buscaba penetrar todas las conductas y ensalzaba la monstruosidad de las conductas desviadas (la vigilancia a propósito de la masturbación, por ejemplo), la función del biopoder apunta a administrar la vida del cuerpo social en su conjunto y es una tecnología que se centra primordialmente hacia todos aquellos aspectos que involucran la estabilidad interna de lo social: salud, reproducción, longevidad, natalidad, duración de la vida. En ese sentido, Foucault señala que los mecanismos biopolíticos representan una inversión del poder inscrito en la soberanía. Mientras el poder soberano se caracterizaba por el binomio *hacer morir dejar vivir* en la medida que la autoridad jurídica del soberano detentaba el poder absoluto sobre sus súbditos y, particularmente, la posibilidad de castigar con la muerte a todos aquellos que desafiaban su voluntad, el biopoder procede exactamente al revés: *hacer vivir, dejar morir*. Es decir, las estrategias biopolíticas son técnicas estatales cuyo propósito básico no apunta tanto a matar directamente a los súbditos como sucede en el poder soberano, sino infiltrar la vida en su totalidad maximizando su potencia e inoculando aquellos elementos considerados peligrosos e indeseables para el resto de la población. Y, según el esbozo que Foucault nos presenta hacia el final de *La voluntad de saber*, la sexualidad²² es el vehículo predilecto en donde se conjugan ambas estrategias y en donde podemos vislumbrar a cabalidad esta transición que va de una *anatomopolítica del cuerpo* a una *biopolítica de la población*: por un lado, la sexualidad funge como un mecanismo disciplinario; por otro, es un dispositivo que funciona como un emblema de distinción cultural en donde se transmite el poderío biológico de toda la población en su conjunto. Foucault lo resume brillantemente:

Concretamente, ese poder sobre la vida se desarrolló desde el siglo XVII en dos formas principales [...] Uno de los polos, al parecer el primero en formarse, fue centrado en el cuerpo como máquina: su educación, el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos, todo ello quedó asegurado por procedimientos de poder característicos de las *disciplinas: anatomopolítica del cuerpo humano*. El segundo, formado algo más tarde, hacia mediados del siglo XVIII, fue centrado en el cuerpo-especie, en el cuerpo

²¹ Foucault utiliza por primera vez el término biopolítica en una conferencia impartida en Río de Janeiro en el año de 1974, en la cual aborda el tema de la estrecha relación entre medicina y capitalismo (Salinas, 2014: pp. 22).

transido por la mecánica de lo viviente y que sirve de soporte a los procesos biológicos: la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad, con todas las condiciones que pueden hacerlos variar; todos esos problemas los toma a su cargo una serie de intervenciones y *controles reguladores: una biopolítica de la población* (Foucault, 2014b: pp. 129-130. *Cursivas del autor*).

Ahora bien, este pequeño esbozo de la biopolítica es de nueva cuenta retomado por Foucault cinco años más tarde en el curso intitulado *Defender la sociedad*. Como refiere Santiago Castro Gómez (Gómez, S. 2015: pp. 20-21), durante este lapso el autor de la *Historia de la locura* atravesó un “impasse teórico” debido a los fuertes cuestionamientos lanzados en contra de su analítica del poder, así como de su incursión en el periodismo, lo que valió severas críticas por parte de muchos detractores. A Foucault se le acusaba que sus análisis de las relaciones de poder desembocaban en antinomias irresolubles cuyo único resultado apuntaba a tener un efecto desmovilizador sobre los movimientos sociales: “Si todo es poder, si las luchas se enmarcan todas en la misma lógica estratégica, si el poder carece de centro y se halla repartido por todo el tejido social, qué legitimaba entonces los levantamientos y las resistencias” (Castro Gómez, 2010a: pp.21). En este sentido, Foucault comienza el curso *Defender la sociedad* haciendo dos señalamientos: en primer lugar, afirma que sus investigaciones, lejos de anestesiar a todos aquellos que luchan contra la dominación social, se han venido desarrollado parejamente con la aparición de nuevos contenidos históricos que han venido a cuestionar las pretensiones totalizantes y científicas del discurso marxista y psicoanalítico²³. Se trata de la aparición en la escena pública de eso que Foucault llama la irrupción de los “saberes sometidos”, los cuales comenzaron a desafiar el privilegio de las vanguardias teóricas y filosóficas hasta ese momento imperantes. En segundo lugar, el filósofo francés elabora un resumen general de los postulados básicos de su analítica del poder y en seguida advierte que, hartado de ese trabajo y obviamente hartado también de las críticas, sus investigaciones tomarán otro rumbo (Foucault, M. 2014: pp. 50). Y ese rumbo es el que conduce directamente a la biopolítica.

En efecto, en este curso, como ya señalamos, Foucault termina examinando el tema de la biopolítica y éste no aparece subrepticamente, sino que se va perfilando a lo largo de las sesiones como una transición histórica que va de la guerra de las razas al racismo de Estado. En estas conferencias el autor de la *Historia de la sexualidad* procede a rastrear la emergencia de un nuevo tipo de discurso hasta el momento inédito la historia de occidente: el discurso de la guerra. Durante el siglo XVII y XVIII se origina en Europa un contradiscurso histórico que, al reivindicar la lucha y el conflicto como la dinámica intrínseca de lo social, desautorizaba abiertamente el poder de la soberanía y la ley y los consideraba como un efecto de ciertas relaciones de fuerza que el discurso de la soberanía tendía a naturalizar: Hobbes es el mejor ejemplo de esta tendencia. Según nos dice Foucault, en contraste con el estereotipo filosófico convencional, Hobbes no es el teórico de la guerra, sino justo lo contrario: Hobbes elimina las relaciones de fuerza que fundan la soberanía y hace de la ley una instancia objetiva y necesaria que viene a neutralizar el caos generado por la guerra originaria. En contraste, la hipótesis del historicismo crítico es que la ley y la soberanía no son más que la prolongación de la guerra y es justo contra este discurso que Hobbes construye toda su teoría de la soberanía con un solo propósito: eliminar la guerra de la soberanía del Estado, vaciar la ley de las relaciones de dominación que la fundan. En efecto:

²³ “Concretamente, si quieren, lo que permitió hacer la crítica efectiva tanto del asilo como de la prisión no fue, por cierto, una semiología de la vida asilar ni tampoco una sociología de la delincuencia, sino, en verdad, la aparición de contenidos históricos” (Foucault, 2001: pp. 21).

En una palabra, lo que Hobbes quiere eliminar es la conquista e, incluso, la utilización, en el discurso histórico y en la práctica política, de ese problema que es el de la conquista. El invisible adversario del *Leviatán* es la conquista. En el fondo, ese enorme hombrón artificial que hizo estremecer tanto a los bien pensantes del derecho y la filosofía, el ogro estatal, la enorme silueta que se perfila en la viñeta que abre el *Leviatán* y que representa al rey con la espada en alto y la cruz en la mano, pensaba bien. [...] Pese a que aparentaba proclamar la guerra por doquier, desde el punto de partida y aun en el final, el discurso de Hobbes decía, en realidad, todo lo contrario. [...] De ese modo, el problema de la conquista queda disuelto, por la noción de guerra de todos contra todos y, por la voluntad, incluso jurídicamente valedera, de esos vencidos atemorizados en la noche de la batalla (Foucault, 2014a: pp. 94-95).

La contrahistoria a la que Hobbes se oponía, por el contrario, desautorizaba la legitimidad de la soberanía al momento de introducir un esquema binario que escindía radicalmente lo social en dos grupos antagónicos (cuya identidad se diferenciaba claramente) enfrentados entre sí; es en esta coyuntura que surge el concepto de “raza”, no como una categoría biológica todavía, sino como una noción histórico política que hace referencia a esta escisión radical de lo social (Lemke, 2017: pp. 56). Ahora bien, este discurso histórico sufre una auténtica inversión nietzscheana durante el siglo XIX que Foucault denomina “transcripción histórica”: la guerra de las razas adquiere un significado biológico y se trastoca en una forma muy específica de racionalidad: el racismo de Estado. La lucha de razas se transforma en el tema de la pureza de la raza. Del esquema guerrero que desautorizaba la ley y la autoridad y que escindía radicalmente a la sociedad en dos grupos antagónicos plenamente diferenciados, se pasa a una sociedad biológicamente monista con anomalías internas en donde no vemos desplegarse el enfrentamiento de un raza contra otra o una clase social frente a otra clase, sino el combate entre una superraza y una subraza que, desde una perspectiva netamente biologicista, ahora representa un peligro biológico para el cuerpo social. En efecto, el discurso de la guerra y del conflicto que desautorizaba la soberanía es reabsorbido por el Estado para esencializar biológicamente al adversario y así justificar su exterminio:

En ese momento, la temática racista no aparecerá como instrumento de lucha de un grupo social contra otro, sino que servirá a la estrategia global de los conservadurismos sociales. Surge entonces —y es una paradoja con respecto a los fines mismos y la forma primera de ese discurso del que les hablaba— un racismo de Estado: un racismo que una sociedad va a ejercer sobre sí misma, sobre sus propios elementos, sobre sus propios productos; un racismo interno, el de la purificación permanente, que será una de las dimensiones funda-mentales de la normalización social (Foucault, 2014a: pp. 66).

A diferencia de los teóricos de la Escuela de Frankfurt, para Foucault el nazismo y el estalinismo no son meras ideologías primitivas e irracionalistas²⁴, sino formas de racionalidad cuya lógica interna logra

²⁴ Para los teóricos de la Escuela de Frankfurt la racionalidad instrumental está atravesada por un estrecho vínculo entre saber y dominio en donde “poder y conocimiento son sinónimos” y existe una sistemática voluntad de dominación por parte de los hombres al momento de aprehender despóticamente la naturaleza para dominarla. De la total preponderancia del sujeto sobre el objeto, la naturaleza queda desvinculada de su carácter mágico y la voluntad de dominio aparece justo en el momento en el que la naturaleza es simplemente concebida como un dato duro y objetivo susceptible de una manipulación y expropiación infinita. El planteamiento de Foucault, en contraste, asume una perspectiva pluralista y nominalista que prescinde de una vez y para siempre de una forma de razón universal: “Podría resultar inteligente no considerar como un todo la racionalización de la sociedad o de la cultura, sino analizar ese proceso en diversos campos, cada uno en referencia con una experiencia fundamental: la locura, la enfermedad, la muerte, el crimen, la sexualidad y otras semejantes. Pienso que la palabra *racionalización* es peligrosa. Lo que

asimilar el discurso de la guerra de las razas y lo transcribe en una “policía social” encargada de garantizar y gestionar la pureza del acervo biológico del cuerpo social: En efecto:

Tenemos, por lo tanto, de un lado, la reinscripción nazi del racismo de Estado en la vieja leyenda de las razas en guerra y, del otro, la reinscripción soviética de la lucha de clases en los mecanismos mudos de un racismo de Estado. Y de ese modo, el canto ronco de las razas que se enfrentan a través de las mentiras de las leyes y los reyes, ese canto que, después de todo, fue portador de la forma primera del discurso revolucionario, se convierte en la prosa administrativa de un Estado que se protege en nombre de un patrimonio social que hay que mantener puro (Foucault, 2014a: pp. 82).

Después de hacer explícita su genealogía, en la última lección Foucault elabora una caracterización de la biopolítica muy similar a lo ya expuesto en *La voluntad de saber*. La biopolítica, nos dice el autor de *Historia de la locura*, es una tecnología de poder que emerge durante la segunda mitad del siglo XVIII y cuyas estrategias no se dejan asimilar sin más a los dispositivos disciplinarios anteriormente descritos. El biopoder, nos dice Foucault, es una nueva técnica de normalización que no toma como blanco la singularidad del cuerpo individual, sino que son estrategias dirigidas a regular los grandes procesos biosociales de la población en su conjunto, entendida ésta como una especie humana susceptible de intervención. La biopolítica, por lo tanto, no es una técnica disciplinaria sino regularizadora. Foucault describe de nueva cuenta la transición de la anatomopolítica a la biopolítica:

Más precisamente, diría lo siguiente: la disciplina trata de regir la multiplicidad de los hombres en la medida en que esa multiplicidad puede y debe resolverse en cuerpos individuales que hay que vigilar, adiestrar, utilizar y, eventualmente, castigar. Además, la nueva tecnología introducida está destinada a la multiplicidad de los hombres, pero no en cuanto se resumen en cuerpos sino en la medida en que forma, al contrario, una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad, etcétera. Por lo tanto, tras un primer ejercicio del poder sobre el cuerpo que se produce en el modo de la individualización, tenemos un segundo ejercicio que no es individualizador sino masificador, por decirlo así, que no se dirige al hombre/cuerpo sino al hombre-especie.. (Foucault, 2014a: pp. 20).

Ya no se busca normalizar la conducta de los individuos como lo hace la técnica disciplinaria estableciendo una relación práctica con el cuerpo de los sujetos, reconduciendo directamente a la normalidad todo aquello que se desvía de los imperativos morales establecidos por la norma, diseminando instrumentos de vigilancia por todo el espacio social que detallan la especificidad antropológica de cada sujeto, sino de gobernar fenómenos globales mediante un razonamiento de tipo estadístico “de tal manera que se obtengan estados globales de equilibrio y regularidad”. La biopolítica busca producir una suerte de “homeostasis social” en donde la dialéctica dominante-dominado cesa y ciertos miembros de la sociedad son declarados un peligro biológico para el funcionamiento adecuado de la vida colectiva²⁵. En ese

tenemos que hacer es analizar racionalidades específicas antes que invocar siempre el progreso de la racionalización en general” (Foucault, 2001: pp. 243). En ese sentido: “El problema principal cuando la gente intenta racionalizar algo, no consiste en buscar si se adapta o no a los principios de la racionalidad, sino en descubrir cuál es el tipo de racionalidad que utiliza” (Foucault, 1990: pp. 97).

²⁵ El nacionalsocialismo es la expresión más extrema del biopoder en donde el viejo derecho soberano de dar la muerte se empalma de lleno con la biopolítica: “En los nazis se produjo la coincidencia de un biopoder generalizado con una dictadura a la vez absoluta y retransmitida a través de todo el cuerpo social por la enorme multiplicación del

sentido, los dispositivos biopolíticos son un mecanismo intrínseco a la constitución de los Estados modernos: la población aparece ahora como un campo de administración gubernamental susceptible de intervención técnica. Se trata de *hacer vivir* a unos y *dejar morir* a todos aquellos que son identificados como una anomalía interna del cuerpo social.

El tránsito que va de la anatomopolítica a la biopolítica describe también dos formas de gestionar la normalidad al interior del cuerpo social: la primera mantiene una función rehabilitadora en la medida que su objetivo es transformar moralmente a los individuos y reconducir a la normalidad a todos aquellos que se desvían de los comportamientos socialmente admitidos; en la segunda ese ideal rehabilitador desaparece y, echando mano de un tipo de razonamiento estadístico, se incide indirectamente sobre el cuerpo social a fin de inocular a la mala raza, potenciando la vida de unos y dejando morir a otros. Foucault afirma: “La muerte del otro no es simplemente mi vida, considerada como mi seguridad personal; la muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o el anormal), es lo que va a hacer que la vida en general sea más sana; más sana y más pura” (Foucault, 2014: pp. 231). Todas las metáforas biologicistas de la antropología social y las sociologías que homologan el funcionamiento de lo social al de un organismo vivo (Foucault evoca, sin citarlo, el interés de Durkheim por el suicidio, la muerte o eso que el sociólogo francés denominaba “anomia social”) constatan cómo las estrategias biopolíticas comenzaron a cristalizarse dentro del binomio saber-poder.

3.- Dispositivos de seguridad y la analítica de la gubernamentalidad

Como se puede percibir fácilmente, el concepto de biopolítica le permite a Foucault establecer un puente entre las técnicas disciplinarias que operan en una escala micro y las grandes estrategias estatales que se cristalizan en una dimensión macrosocial. En los Estados totalitarios, como ya vimos, quedan entretnejidos los mecanismos disciplinarios con los grandes dispositivos reguladores del Estado; la diferencia entre ambas dimensiones es de orden “tecnológico” en la medida que sus procedimientos emplean estrategias distintas, pero es importante recordar soberanía, disciplina y seguridad conforman un triángulo cuya articulación se va configurando en virtud de las distintas formas de gobierno (Vázquez García, 2002: pp. 183). Si el equilibrio social instaurado por el biopoder se ve perturbado, entonces interviene la disciplina. Y a la inversa igual: no es necesario que las disciplinas persigan todas las anomalías (aunque la tendencia histórica del modelo disciplinario, como mostró Foucault en *Vigilar y castigar*, sí apuntaba a una reglamentación total). Los dispositivos biopolíticos establecen un margen de probabilidad bastante amplio que garantizan cierta regularidad sobre el cuerpo de la población. Ahora bien, en *Seguridad, territorio y población*, curso impartido el siguiente año en donde se mantiene el mismo proyecto, Foucault introduce el concepto de gobierno y continúa indagando acerca de la diferencia que media entre los dispositivos de seguridad y los disciplinarios.

En efecto, el autor de la *Historia de la sexualidad* comienza el curso distinguiendo nuevamente las tres modalidades de gobierno ya mencionadas anteriormente: la soberanía, la disciplinaria y las

derecho de matar y la exposición a la muerte. Estamos frente a un Estado absolutamente racista, un Estado absolutamente asesino y un Estado absolutamente suicida. Estado racista, Estado ase-sino, Estado suicida. Estos aspectos se superponían necesariamente y condujeron, desde luego, a la —solución final (con la cual se quiso eliminar, a través de los judíos, a todas las otras razas, de las que aquellos eran a la vez el símbolo y la manifestación) de 1942 y 1943 y al telegrama 71, mediante el cual Hitler daba, en abril de 1945, la orden de destruir las condiciones de vida del mismo pueblo alemán” (Foucault, 2014a: pp. 235).

tecnologías de seguridad. La primera corresponde al sistema penal arcaico medieval y procede a sancionar directamente un tipo de conducta considerada vedada o prohibida según la normatividad impuesta por el código jurídico. Ésta se ejerce sobre los límites de un territorio. El mecanismo disciplinario moderno parte del sistema binario del código jurídico e introduce toda una serie de “técnicas adyacentes” (vigilancia, encierro, medicalización) que tienen como propósito reformar moralmente a los individuos, los cuales se convierten en objeto de estudio por parte de un conjunto de saberes especializados. Como ya mostramos, la disciplina es un mecanismo que se ejerce directamente sobre el cuerpo de los individuos. Las tecnologías de seguridad, por el contrario, utilizan un tipo de razonamiento estadístico que se encarga de insertar los fenómenos en cuestión (el crimen o la natalidad, por ejemplo) dentro de un horizonte de probabilidades y de lo que se trata es de implementar un análisis de riesgos que permita administrar adecuadamente el fenómeno en cuestión. Esta lógica de la seguridad, nos dice Foucault, es la que gobierna el mundo contemporáneo y se corresponde con la expansión de las tecnologías norteamericanas. El campo de intervención de las tecnologías securitarias es la población en su conjunto. Foucault ofrece en la primera sesión del curso tres ejemplos históricos que permiten vislumbrar el funcionamiento efectivo de cada forma de gobierno: la exclusión de los leprosos en la Edad Media para el caso de la soberanía, la peste en lo que respecta a los mecanismos disciplinarios y las prácticas de inoculación de la viruela como ejemplo de las tecnologías de seguridad.

En el primer ejemplo se establecen un conjunto de leyes y reglamentos, acompañados de rituales religiosos, que posibilitaban la escisión entre los leprosos y los que no lo eran. El segundo opera de manera diferente. Se trata de cuadricular el espacio físico en donde habitan los apestados mediante la instauración de un dispositivo disciplinario que reglamentan normativamente la totalidad de la vida del sujeto en cuestión: alimentación, cuidados, interacciones sociales. El tercero plantea los problemas de manera distinta y su modo de proceder es fundamentalmente estadístico. ¿Cuál es la probabilidad de que un sujeto contraiga la enfermedad? ¿Cuáles son los efectos generales de la enfermedad sobre el resto de la población? No se trata de desplegar un sistema disciplinario exhaustivo por todo el territorio, sino de gestionar los fenómenos calculando las probabilidades y establecer medidas de seguridad sobre la población en su conjunto. Foucault también recurre al fenómeno de la escasez para explicar esta transición de lo disciplinario a lo securitario²⁶.

El dispositivo disciplinario establece todo un sistema de prescripciones jurídicas para evitar que la escasez se produzca: “restricciones los precios, el acopio, la exportación y el cultivo”. Con la doctrina económica de los fisiócratas, en cambio, se produce una mutación: ya no se trata intervenir jurídicamente en la circulación de los granos para evitar los periodos de escasez, sino de permitir la libre circulación y asumir el fenómeno de la escasez como una fluctuación natural que puede ser autorregulada por la dinámica intrínseca del mercado. La escasez como un fenómeno que genera pánico moral al interior de la

²⁶ Dicho desplazamiento no debe entenderse como una transición lineal, sino como una yuxtaposición de dos tecnologías que coexisten y se articulan recíprocamente. Como sostiene Salinas: “En este sentido, no hay que entender que esta nueva estructura del biopoder reemplace a la soberanía; del mismo modo, como no hay que entender que las tecnologías de seguridad y control reemplacen a las tecnologías disciplinarias, o que el territorio desaparezca en términos de interés político. Foucault propone más bien una superposición de la gubernamentalidad, sobre el andamiaje del poder soberano. Es decir, que esta nueva forma de poder, el biopoder, asumirá las estructuras y tecnologías del poder soberano, como si fuesen una plataforma, y modificará tales estructuras paulatinamente. Como resultado de ello, la idea de soberanía cambiará hacia fines del siglo XVIII, o se volverá un desafío desde el punto de vista de la filosofía política y del derecho” (Salinas, 2014: pp. 50).

sociedad desaparece y las tecnologías de seguridad se limitan a reconocer su ineluctable necesidad: la escasez es un proceso económico inevitable y no tiene ningún sentido implementar un modelo jurídico exhaustivo que busque erradicarlo por completo. Las tecnologías de seguridad se encargan de regular permanentemente los fenómenos de riesgo a fin de que se mantengan dentro de un umbral razonable. No los prohíbe totalmente ni busca atajarlos antes de que acontezcan. Foucault resume brillantemente la diferencia entre la tecnología disciplinaria y la tecnología de seguridad:

La disciplina es esencialmente centrípeta. Me refiero a que funciona aislando un espacio, determinando un segmento. La disciplina concentra, centra, encierra. Su primer gesto, en efecto, radica en circunscribir un espacio dentro del cual su poder y los mecanismos de éste actuarán a pleno y sin límites [...] Aísla, concentra, encierra, es proteccionista y en esencia centra su acción en el mercado o en su espacio y lo que lo rodea. Podrán advertir al contrario que los dispositivos de seguridad, tal como intenté presentarlos, tienen una tendencia constante a ampliarse: son centrífugos. Se integran sin cesar nuevos elementos, la producción, la psicología, los comportamientos, las maneras de actuar de los productores, los compradores, los consumidores, los importadores, los exportadores, y se integra el mercado mundial. Se trata por lo tanto de organizar o, en todo caso, de permitir el desarrollo de circuitos cada vez más grandes (Foucault, 2008: pp. 57).

De igual modo, en la clase del 11 de enero de 1978 Foucault utiliza tres acontecimientos históricos relacionados con la distribución del espacio urbano que nos permiten vislumbrar a cabalidad la diferencia que media entre los dispositivos de soberanía, el disciplinario y el securitario. El primero queda ejemplificado en un texto escrito por Alexandre Le Maitre, intitulado *La Métropolitée*, el cual nos muestra claramente cómo el diseño arquitectónico de dicho proyecto ilustra a la perfección el funcionamiento del poder soberano y la estrecha relación que guarda respecto al territorio. De lo que se trata es de construir las funciones urbanas, económicas, morales y administrativas de la ciudad capital de acuerdo al orden de la soberanía. La idea de una ciudad capital centralizada cumple una función simbólica y política: toda la estructura del espacio urbano debe permanecer subordinada a las leyes y ordenanzas del soberano, el cual garantiza la circulación económica y política al interior de un territorio cuyos límites internos y externos están plenamente definidos. En ese sentido, afirma Foucault:

Un buen soberano, se trate de un colectivo o de un individuo, es alguien que está bien situado dentro de un territorio, y un territorio bien controlado en el plano de su obediencia al soberano es un territorio con una buena disposición espacial. Pues bien, todo eso, esa idea de la eficacia política de la soberanía, está ligada aquí a la idea de una intensidad de las circulaciones: circulación de las ideas, circulación de las voluntades y las órdenes y también circulación comercial. En el fondo, para Le Maître la cuestión pasa –y la idea es a la vez antigua, porque se trata de la soberanía, y moderna, porque se trata de la circulación– por la superposición del Estado soberano, el Estado territorial y el Estado comercial. Se trata de entrelazarlos y fortalecerlos en forma recíproca (Foucault, 2008 pp.27).

El segundo ejemplo que Foucault ofrece es el caso de Richelieu, una ciudad muy pequeña construida en “los confines de Turena y Poitou y levantada, justamente, a partir de la nada”. A diferencia de la capital diseñada por Alexandre Le Maitre, este espacio no se era diseñado en función de un territorio que trascendía el funcionamiento de la ciudad, sino a partir de una estructura más pequeña que adquiriría la forma de un cuadrado o un rectángulo subdivididos por medio de cruces. Foucault nos dice que este tipo de construcciones estaban inspiradas en la forma de los campamentos romanos, que por esa época,

sostiene el francés, se habían venido popularizando en la institución militar como símbolo de la disciplina. En efecto:

Me parece que en ese esquema simple reencontramos con exactitud el tratamiento disciplinario de las multiplicidades en el espacio, es decir [la] constitución de un espacio vacío y cerrado en cuyo interior se construirán multiplicidades artificiales que se organizan según el triple principio de la jerarquización, la comunicación exacta de las relaciones de poder y los efectos funcionales específicos de esa distribución, por ejemplo un destino habitacional, un destino comercial, etc. En el caso de Le Maître y su *Métropolitée*, se trataba en suma de “capitalizar”* un territorio. Ahora se tratará de arquitecturar un espacio. La disciplina es del orden de la construcción (construcción en sentido lato). (Foucault, 2008: pp.30).

El tercer ejemplo que Foucault utiliza corresponde al dispositivo de seguridad. Es el caso de Nantes, ciudad construida en el siglo XVIII y profundamente estudiada por una persona llamada Pierre Lelievre durante 1932. Aquí, a diferencia de los dos casos anteriormente señalados, de lo que se trata es de construir calles atravesadas por ejes lo suficientemente amplios para cumplir con cuatro funciones. La primera es la higiene: despejar y ventilar las calles de los miasmas acumulados en los barrios estrechos y amontonados. La segunda, garantizar el comercio interno de la ciudad. La tercera es conectar las calles con las mercancías externas, de tal modo que las mercancías externas circulen libremente y puedan ser expedidas sin dificultad, sin por ello renunciar a mantener un estricto control aduanero sobre el comercio. La cuarta es la vigilancia, la cual resultaba insoslayable en virtud de la inseguridad urbana que un desarrollo económico basado en la eliminación de fronteras invariablemente acarrea. Por lo tanto, estamos frente a la emergencia de una ciudad biopolítica:

En otras palabras, se trataba de organizar la circulación, suprimir sus aspectos peligrosos, distinguir entre la buena y la mala circulación, maximizar la primera y reducir la segunda. En consecuencia, se trataba asimismo de acondicionar los accesos al exterior, esencialmente en lo concerniente al consumo de la ciudad y su comercio con el mundo externo. Así, se organizó un eje de circulación con París y se habilitó el Erdre, por el cual llegaba la madera de Bretaña utilizada para la calefacción. [...] Ése fue todo el problema del comercio de los muelles y de lo que todavía no se denominaba dársenas [*docks*]. La ciudad se percibía a sí misma en un proceso de desarrollo. Una serie de cosas, de acontecimientos, de elementos, iban a suceder o producirse. [...] Se trata simplemente de maximizar los elementos positivos, que se circule lo mejor posible, y minimizar al contrario los aspectos riesgosos e inconvenientes como el robo, las enfermedades, sin desconocer, por supuesto, que jamás se los suprimirá del todo (Foucault, 2008: pp. 32).

Frente a la emergencia y la expansión de estas tecnologías de seguridad cuyo propósito básico apunta a regular a las grandes poblaciones, surge durante el siglo XVI la problemática del gobierno. Foucault nos dice que durante este periodo comenzó a popularizarse una literatura “antimaquiavélica” que ejecuta un viraje radical respecto a la forma de concebir las prácticas gubernamentales. Se pasa del paradigma jurídico de la soberanía a un paradigma de naturaleza económica que regula a las poblaciones según criterios puramente utilitarios de costo beneficio. Ahora el gobernante ya no puede limitarse simplemente a proteger el principado que ha heredado (la familia y la herencia comienzan a tener un papel muy secundario), sino que debe gobernarse a sí mismo e intervenir en la conducta de los individuos según los preceptos establecidos por la economía política. Es decir, el discurso de los economistas se erige como un “campo de intervención” cuyo propósito básico apunta a definir los criterios a partir de los cuales se van a

gestionar todos los fenómenos que involucran directamente a la población en su conjunto: “Por ejemplo, el gobierno deberá velar porque se generen todas las riquezas que sean posibles; tendrá que actuar de manera tal que se suministren a la gente suficientes artículos de subsistencia, e incluso la mayor cantidad posible; el gobierno tendrá que procurar, por último, que la población pueda multiplicarse” (Foucault, M. 2008: pp. 107). Es de este modo que podemos hablar de una forma de “gobierno económico” en la medida en que es el saber de los economistas el que logra posicionarse como el discurso especializado y el instrumento técnico a partir del cual se va a definir el “régimen de verdad” de las distintas estrategias de gobierno²⁷. En ese sentido, hemos reunido los tres rasgos esenciales de la *gubernamentalidad*: población, tecnología de seguridad y economía política.

4.- Gobierno y prácticas de subjetivación. Hacia una forma de poder con sujeto

¿Cómo está entendiendo Michel Foucault las prácticas de gobierno? Con lo anteriormente expuesto ha quedado de manifiesto que Foucault replantea el modelo bélico inicialmente expuesto en *La voluntad de saber* y *Vigilar y castigar* con el propósito de reintroducir en sus análisis todas las instancias molares ligadas a la razón Estado. Ahora bien, eso no significa que el filósofo francés haya abandonado los postulados básicos de la analítica del poder ni que haya asumido una visión estándar de los aparatos ideológicos a la manera de Althusser. Por el contrario, Foucault reafirma en reiteradas ocasiones la misma crítica que había lanzado a la visión monolítica y centralizada de los aparatos ideológicos de Estado: por un lado, cuestiona el discurso profético ligado a la gran teoría marxista que se limita a proferir imperativos y consignas políticas sin ninguna descripción de por medio; por otro, Foucault suspende la validez analítica de conceptos tales como el soberano, el pueblo, el sujeto, el Estado o la sociedad civil. Todos estos términos utilizados por la sociología, la historia o la ciencia política (Foucault nos dice que él no hace ni sociología, ni historia, ni economía, sino “política de la verdad”) terminan por aplanar la complejidad empírica de los fenómenos en cuestión. La decisión metodológica de Foucault, en efecto, invierte la grilla de inteligibilidad hasta el momento imperante en las ciencias sociales: no se trata de asumir la existencia *per se* de entidades tales como el Estado o la sociedad civil, sino de partir de la historia efectiva y rastrear en esas prácticas cómo se van codificando en términos concretos instancias tales como el Estado, la sexualidad, los súbditos o la sociedad civil²⁸ (Foucault, 2007: pp. 17). En ese sentido, cuando Foucault examina la emergencia de la racionalidad liberal y la racionalidad neoliberal se percató de que el Estado no

²⁷ La crítica del saber que Foucault propone no se plantea en términos de ideología en la medida que el saber no se limita a encubrir ciertas relaciones de producción que les serían previas y que el discurso científico vendría a poner de manifiesto. El saber es performativo y de lo que se trata es de trazar una genealogía de los distintos regímenes veridictionales que nos permita conocer el entramado de reglas respecto a los cuales un conjunto de enunciados pueden considerados verdaderos o falsos. En esa medida, Foucault asegura que él no hace historia en el sentido convencional sino “política de la verdad”. Los historiadores tradicionales asumen la existencia *per se* de objetos tales como la locura, la sexualidad, el crimen, el Estado o la sociedad civil; el genealogista nos muestra las prácticas racionales a partir de las cuales se establecieron los límites históricos que hicieron posible que dichas nociones se volvieran un objeto para el pensamiento (Foucault, 2007: pp. 46-47).

²⁸ Foucault reintroduce el problema del Estado dentro de una historia más amplia que es la historia de las distintas formas del gobierno. El Estado es, de hecho, una técnica de gobierno: “Y si el Estado no fuera más que una manera de gobernar? ¿Si no fuera otra cosa que un tipo de gubernamentalidad? Y de hecho, ¿qué pasaría si todas esas relaciones de poder que vemos formarse poco a poco a partir de procesos múltiples y muy divergentes entre sí que poco a poco se coagulan y generan efectos, si esas prácticas de gobierno, fueran precisamente el elemento sobre cuya base se originó el Estado?” (Foucault, 2008: pp. 42).

funciona a la manera de un monstruo frío o un agente represor transhistórico, sino a partir de un conjunto de racionalidades múltiples que se dispersan por todo el cuerpo social y que no necesariamente están codificadas en una instancia centralizada. En efecto, lo que a Foucault le interesa es hacer explícita el tipo de racionalidad que define la morfología de un tipo de gobierno específico:

En esencia, encontramos esta sobrevaloración del problema del Estado en dos formas. En una forma inmediata, afectiva y trágica: es el lirismo del monstruo frío frente a nosotros. Tenemos una segunda manera de sobrevalorar el problema del Estado, y en una forma paradójica, pues en apariencia es reductora: el análisis consistente en reducir el Estado a una serie de funciones como, por ejemplo, el desarrollo de las fuerzas productivas, la reproducción de las relaciones de producción; y ese papel reductor del Estado con respecto a otra cosa no deja de considerarlo, empero, como blanco absolutamente esencial de los ataques y, lo saben, como posición privilegiada que es preciso ocupar. Ahora bien, el Estado no tuvo, ni en la actualidad ni, sin duda, en el transcurso de su historia, esa unidad, esa individualidad, esa funcionalidad rigurosa, y me atrevería a decir que ni siquiera tuvo esa importancia.” (Foucault, 2008: pp. 116).

Ahora bien, el desplazamiento del modelo bélico al modelo del gobierno implica otra ruptura decisiva: Foucault pasa del terreno de las relaciones de fuerza al campo de la acción. Si la “hipótesis Nietzsche” enfatizaba el hecho de que en la constitución de la subjetividad actuaban todo sistema disciplinario que se encargaba de modular las prácticas de los sujetos desde un dispositivo externo, con la emergencia de las tecnologías de seguridad en la sociedad liberal y neoliberal avanzada la analítica de la gubernamentalidad ya no concibe a los sujetos como agentes totalmente pasivos, sino que ahora son los propios individuos los que se conducen según los marcos de acción definidos por las grandes estrategias de gobierno²⁹. En ese sentido, los dispositivos de gobierno inciden indirectamente sobre la conducta de los individuos al estructurar las condiciones previas a partir de las cuales los sujetos se van a experimentar como individuos libres, responsables y racionales. Es lo que Foucault, siguiendo a su maestro Canguilhem, denomina “medio” y hace referencia precisamente a la manera en la cual se produce artificial e indirectamente el espacio de acción de los gobernados, influyendo en las posibilidades de conducta que pueden asumir. Por lo tanto, las acciones del gobierno, lejos de coaccionar, disciplinar o reprimir, presuponen la libertad de acción de los gobernados³⁰. Se trata de preformar las “matrices de comportamiento” y de controlar la experiencia de los sujetos mediante un principio de acción a distancia. Vale la pena citar en extenso para comprender a cabalidad la manera en la cual Foucault comenzó a reintroducir el problema de la subjetivación como una tercera variable que viene a complementar el eje del saber y el eje poder:

²⁹ Foucault considera el poder pastoral como un antecedente de la gubernamentalidad en la medida que establece una relación distinta entre el sujeto y la ley. Las técnicas pastorales del antiguo cristianismo fueron absorbidas por los Estados modernos como una tecnología de gobierno que permite conducir la conducta de los individuos: “Me parece que el pastoreo esboza, constituye el preludio de lo que he llamado gubernamentalidad, tal como se desplegará a partir del siglo XVI. Y preludia esta gubernamentalidad de dos maneras. Por los procedimientos propios pastoreo, su manera, en el fondo, de no poner en juego pura y simplemente el principio de la salvación, el principio de la ley y el principio de la verdad, por todas esas diagonales, para decirlo de algún modo, que instauro bajo la ley, bajo la salvación y bajo la verdad de otro tipos de relaciones” (Foucault, M. 2008: pp. 184).

³⁰ “La acción de gobierno incide sobre seres humanos con capacidad de cálculo e iniciativa que, dentro de sus recursos más o menos limitados, pueden elegir y ponderar el volumen de descendencia que desean tener. La acción de gobierno apunta a facilitar esta capacidad de elección para coordinarla con las propias metas de la nación, evitando que la natalidad descienda por debajo de un umbral que implique riesgos para la preservación del sistema de cotizaciones a la seguridad social” (Vázquez García, 2009: pp. 12).

Cuando se define el ejercicio del poder como un modo de acción sobre las acciones de los otros, cuando se caracterizan estas acciones a través del gobierno de los hombres por otros hombres en el sentido más amplio del término se incluye un elemento importante: la libertad. El poder se ejerce solamente sobre sujetos libres que se enfrentan con un campo de posibilidades en el cual pueden desenvolverse varias formas de conducta, varias reacciones y diversos comportamientos [...] Consecuentemente, no hay una confrontación cara a cara entre poder y libertad, que sea mutuamente exclusiva (la libertad desaparece allí donde se ejerce el poder) sino una interrelación mucho más compleja. En este juego, la libertad puede aparecer como la condición para el ejercicio del poder [...] (Foucault, 2001: pp. 254).

5.-Foucault y el neoliberalismo

El Nacimiento de la biopolítica es quizá el curso más comentado, criticado y polémico del pensador francés. Apenas en 1979 y todavía las políticas neoliberales en ciernes, Foucault elabora una detallada genealogía de la emergencia del neoliberalismo en sus variantes alemana, norteamericana e introduce someramente algunos elementos del neoliberalismo en Francia. Mucho se ha debatido y mucha tinta ha corrido acerca del interés particular que el autor de la *Historia de la locura* tenía por el neoliberalismo y mucho se ha discutido acerca de cuáles fueron las motivaciones éticas y políticas que subyacen a dicho curso. Algunos, los más críticos, han sugerido que la obra Foucault, al momento de impartir el curso, experimenta un viraje decisivo al encontrarse hartado y decepcionado del izquierdismo y veía en la racionalidad neoliberal un poderoso instrumento crítico que le permitía desmontar muchos de los presupuestos teóricos y prácticos ligados a las formas de subjetividad inherentes a la razón de Estado.

Al igual que muchos intelectuales del periodo que participaron en el mayo francés, Foucault habría comenzado a mostrar interés y simpatía por la manera en la cual el neoliberalismo interpelaba a los sujetos y veía en la gubernamentalidad neoliberal una forma de escapar a los límites impuestos por la sociedad disciplinaria³¹. La otra versión, más ingenua e inverosímil, es que el pensador francés, al impartir el curso, habría decidido enfrentarse directamente al neoliberalismo y su posterior periplo sobre la democracia antigua debe ser leído como la búsqueda de un espacio de libertad y resistencia frente a la lógica implacable que ya se perfilaba dentro del corpus neoliberal³². Más allá de estas acaloradas polémicas,

³¹ El primero en señalar la tensión existente entre el neoliberalismo y Foucault fue el filósofo y sociólogo español José Luis Moreno Pestaña. Una tesis que no ha sido muy bien recibida en los círculos foucaultianos: "Como sabéis mis tesis sonaron sacrílegas a muchos foucaultianos y me valieron reacciones no solo agresivas, sino incluso insultos. Mucho mejor fue la recepción en España del libro de Daniel Zamora (ed.), *Critiquer Foucault. Michel Foucault, les années 1980 et le néolibéralisme* (Aden 2014) que se apoya explícitamente en mucho de cuanto digo. Se produce incluso la situación paradójica de referirse al libro Zamora para contrarrestarme como referencia [...] ¿Qué decía yo? Básicamente que Foucault no realizaba las preguntas que podían incomodar al discurso neoliberal: ¿cuáles son las condiciones sociales de posibilidad del individuo empresario de sí mismo? ¿Qué presupuestos antropológicos contiene la idea de abandonar cualquier norma estable –de salud, de crimen, de moral...- y de disolverla en un balance de costes y beneficios. ¿Decía yo que Foucault era neoliberal? No, porque no sabía en qué se iba a convertir todo aquello pero me parece, en cualquier caso, que sus preguntas eran teóricamente muy pobres ¿Señalaba que hubo una inflexión antiizquierdista en su pensamiento? Obviamente [...]” (Moreno Pestaña, 2017: pp. 63).

³² Moreno Pestaña sostiene que existe un punto de continuidad en la lectura de Foucault del corpus neoliberal y el posterior estudio del mundo clásico: “¿Existe continuidad entre los cursos sobre el neoliberalismo y el giro hacia el mundo clásico? La tesis de Serge Audier (2015: 408-410) es que sí, una continuidad con transformaciones pero animada por una preocupación común. Foucault describió una suerte de ética neoliberal a través de la teoría del capital humano propuesta, entre otros, por Gary Becker. Esa ética propone la gestión autónoma de la propia vida y la salud, exactamente igual que propondrán las éticas griegas fundadas en el cuidado de sí y en la gestión consciente de los propios riesgos. Foucault no para de señalar que las éticas antiguas, si bien distan de ser un modelo, pueden

resulta innegable reconocer que en el curso de Foucault existe un innegable esfuerzo por pensar la singularidad de la racionalidad neoliberal en su especificidad histórica³³ y, como ha señalado acertadamente Geoffroy de Lagasniere (a quien seguimos en este juicio), la grilla de análisis propuesta por Foucault funciona a la manera de un instrumento crítico de la realidad social que nos permite captar el neoliberalismo en su positividad en tanto fenómeno emergente y, por lo tanto, escapar a muchas de las simplificaciones y lugares comunes más arraigados al interior de la izquierda intelectual, los cuales se limitan muchas veces a denunciar la supuesta destrucción de lo social y fustigar una y otra vez la presunta celebración apoteósica de la “individualidad” por parte de la lógica neoliberal³⁴.

Estos discursos melancólicos suelen pasar por alto el carácter productivo del neoliberalismo y asumen, prosigue Lagasniere, una actitud similar a eso que Marx llamaba una “crítica precapitalista al capitalismo”, esto es, abordar el problema de la crítica a la sociedad burguesa en términos estrictamente “negativos” y no positivos. De este modo, Marx señalaba (nos dice Lagasniere) que las quejas de los socialdemócratas ignoran que la burguesía es una clase genuinamente revolucionaria que ha transformado radicalmente el orden positivo dado y confunden “reacción” con revolución, intentando restaurar las relaciones económicas previas que ya han sido totalmente superadas por las transformaciones en curso. En ese sentido, resulta pertinente exponer aunque sea brevemente cuál es, según Foucault, la singularidad y la positividad concreta que define el arte de gobierno neoliberal y la realidad social que actualmente nos impone.

En primer lugar, el neoliberalismo no es un simple retorno al liberalismo clásico del siglo XVIII. Como señalamos anteriormente, el objetivo primordial del liberalismo clásico consistió en emplazar a la economía política como el nuevo régimen de verdad a partir del cual se van a definir las estrategias y los

constituir una alternativa al sujeto moderno” (Moreno Pestaña, 2018: pp. 153). Santiago Castro Gómez defiende una interpretación distinta. A juicio del colombiano, Foucault establece una clara distinción entre “tecnologías políticas de los individuos” y las “técnicas de sí” y en los dos cursos impartidos por el francés (*Seguridad, territorio y población* y *El nacimiento de la biopolítica*) se limita a examinar las “matrices del comportamiento”. Por lo tanto, en dicho análisis todavía no estaba presente el eje de la “pragmática de sí”, lo cual vuelve imposible la afirmación según la cual Foucault veía en el neoliberalismo un retorno de la estética de la existencia de los antiguos griegos. El colombiano sostiene: “Es por eso que el énfasis de aquellos dos cursos es el nacimiento de las tecnologías políticas de los individuos (razón de estado, liberalismo y el neoliberalismo) y no el despliegue de las técnicas de sí, conforme a lo dicho al comienzo de este capítulo. Y es por eso también que la afirmación de algunos, según la cual Foucault habría visto en el neoliberalismo un retorno del antiguo cuidado de sí y de la estética de la existencia, resulta por entero desafortunada” (Castro Gómez, S. 2010b: pp.88). De igual modo, muchas de las acusaciones a Foucault fueron posibles gracias a la trayectoria que siguió uno de sus discípulos, François Ewald, el “foucaultiano maldito”: “Sin duda, algunos foucaultianos, como François Ewald, llevaron su revisionismo crítico del *welfarismo* hasta el final, convirtiéndose finalmente en ideólogos de la patronal francesa. Otros sin embargo, como Robert Castel, no siguieron ese camino, optando por un reformismo mucho más sensato” (Vázquez García, 2013: pp. 119).

³³ “Esa transferencia de los efectos políticos de un análisis histórico bajo la forma de una simple repetición es sin duda lo que hay que evitar a cualquier precio, y por eso insisto en ese problema del neoliberalismo para intentar desembarazarlo de las críticas que se plantearon a partir de matrices históricas Usa y llanamente traspuestas. El neoliberalismo no es Adam Smith, el neoliberalismo no es la sociedad mercantil; el neoliberalismo no es el gulag en la escala insidiosa del capitalismo” (Foucault, 2007 pp.157)

³⁴ Como afirma Lagasniere: “Esos discursos tradicionales asimilan, como si fueran la misma cosa, el neoliberalismo al liberalismo clásico, el liberalismo clásico al capitalismo, el capitalismo a la dominación de la burguesía, etc. Fabrican un gran relato unificador, homogéneo, en el cual nunca hay lugar para la novedad. Reducen el presente a una forma reconocida en el pasado y consideran el primero como una simple repetición del segundo. Trasponen situaciones históricas antiguas a la situación actual y dan a entender que lo era entonces es hoy. Por consiguiente, se condenan necesariamente a errar el blanco: enmascaran la realidad presente en vez de proponer herramientas para comprenderla y, por lo tanto, ponerla en cuestión” (Lagasniere, 2015: pp. 26).

medios de gobierno. Ya no eran las prescripciones de Dios ni la escritura revelada el fundamento del gobierno, sino que ahora es la propia razón de Estado la que debe producir un principio de limitación interna que sirva como criterio de gobierno y que el propio Estado no puede ya transgredir³⁵ (Foucault, M. 2007: pp. 72). Ese límite interno, según los fisiócratas, es producido no por el derecho, sino por la economía política³⁶: si los mercantilistas sostenían que no hay ninguna instancia que deba escapar a la intervención del gobierno y que, por lo tanto, es el Estado el que debe fungir como el agente regulador de la economía, los fisiócratas, por el contrario, defenderán que existen procesos económicos cuya tendencia “natural” no debe ser perturbada por la acción del Estado y es necesario “dejar actuar”, de tal modo que bajo estos supuestos naturalistas es el desarrollo inmanente de la economía el que espontáneamente encontrará sus propios mecanismos para regularse. El funcionamiento del mercado, prosiguen los fisiócratas, está regido por leyes naturales y es menester establecer un límite interno al gobierno (no “gobernar demasiado”) para no alterar el orden natural del mercado. Pues bien, es justamente contra esta “ingenuidad naturalista” del liberalismo clásico contra la que se levanta eso que se dio en llamar el ordoliberalismo alemán. Foucault nos dice:

Pues, en los hechos, ¿qué es la competencia? No es de ningún modo un dato de la naturaleza. La competencia, en su juego, sus mecanismos y sus efectos positivos que podemos notar y valorar, no es en absoluto un fenómeno natural, no es el resultado del juego natural de los apetitos, los instintos, los comportamientos, etc. En realidad, la competencia sólo debe sus efectos a la esencia que posee, que la caracteriza y la constituye. No debe sus efectos benéficos a una anterioridad natural, un dato natural que lleve en su seno [...] Y así como para Husserl una estructura formal no se da a la intuición sin una serie de condiciones, del mismo modo la competencia como lógica económica esencial solo aparecerá y producirá sus efectos de acuerdo con una cantidad de condiciones que habrán sido cuidadosa y artificialmente establecidas. (Foucault, 2007: pp.153).

Foucault nos dice que el neoliberalismo alemán fue programado por un grupo de economistas que fundaron una corriente de pensamiento conocida como Escuela de Friburgo o de los “ordoliberales” alemanes cuyas principales figuras eran personajes como Walter Eucken y Franz Böhm³⁷ (Foucault, 2007: pp. 125). Al igual que para los teóricos de la Escuela de Frankfurt³⁸, el punto de partida era Max Weber y, particularmente, el tránsito de un análisis centrado en la “lógica contradictoria del capital” a uno que privilegia las condiciones históricas específicas y particulares que hacen posible la existencia concreta del capitalismo (Gómez, S. 2010: pp. 191-192) Pasamos del capital como realidad abstracta al capitalismo entendido como un producto encarnado al interior de todo un entramado institucional que le da vida. Si para los teóricos de la Escuela de Frankfurt el objetivo era superar la irracionalidad del capitalismo

³⁵ Según Foucault, los fisiócratas son a la economía lo que Kant a la filosofía: al igual que la razón pura, la razón de Estado debe producir un principio de autolimitación interna que el gobernante no puede transgredir y que garantizan el buen gobierno (Castro Gómez, 2010a: pp. 165).

³⁶ Foucault señala en reiteradas ocasiones que no fueron los juristas ilustrados, sino los economistas los que generaron las condiciones para que se efectuará esa mutación tecnológica que va de la razón de Estado al liberalismo. Por lo tanto, no es el derecho el saber que logró posicionarse como régimen de verdad, sino la economía política.

³⁷ Discípulo directo de Husserl con formación fenomenológica. Como señalamos arriba, le fenomenología husserliana fue una de las herramientas esenciales de los ordoliberales al momento de desmontar muchos de los presupuestos naturalistas del liberalismo clásico.

³⁸ Además de la influencia del weberismo, la Escuela de Friburgo y la Escuela de Frankfurt compartían varios elementos en común: el exilio, la experiencia nacionalsocialista, el rechazo de la sociedad de masas y eso que Foucault llama la “fobia al Estado”.

descrita por Weber e inventar una nueva forma de racionalidad capaz de superar la razón instrumental y crear un orden racional enteramente nuevo, para los neoliberales alemanes de lo que se trata es de transformar el “marco” de la racionalidad económica vigente y, de cierta forma, radicalizarla, eliminando aquellos elementos irracionales que la han corrompido. Foucault lo resume brillantemente:

Ese paso del capital al capitalismo, de la lógica de la contradicción a la división de lo racional y lo irracional, es a mi juicio [...] lo que caracteriza el problema de Max Weber. Y puede decirse en términos generales que tanto la Escuela de Fráncfort como la Escuela de Friburgo, tanto Horkheimer como Eucken, retomaron ese problema simplemente en dos sentidos diferentes, dos direcciones diferentes, porque ~en forma esquemática, otra vez- el problema de la Escuela de Fráncfort era determinar cuál podría ser la nueva racionalidad social capaz de definirse y formarse con el objeto de anular la irracionalidad económica. En cambio, el desciframiento de esa racionalidad irracional del capitalismo, que era también el problema de la Escuela de Friburgo, gente como Eucken, Röpke, etc., va a intentar resolverlo de otro modo. No se tratara de encontrar, inventar, definir la nueva forma de racionalidad social, sino de definir o redefinir o recuperar la racionalidad económica que permita anular la irracionalidad social del capitalismo (Foucault, 2007: pp. 116).

En ese sentido, hasta este punto resulta evidente que para los ordoliberales alemanes el capitalismo no es una realidad social abstracta y ahistórica que se rija por una sola lógica atemporal y unilateral (las contradicciones del capital, la lógica del capital), sino que existen todo un conjunto de instituciones específicas encargadas de regular su funcionamiento efectivo y son precisamente esas instituciones las responsables de sus malos resultados (Foucault, M. 2007: pp. 213). No es el capitalismo *per se*, sino ciertas configuraciones sociales las que lo han deformado y pervertido su funcionamiento. En ese sentido, la empresa de los neoliberales alemanes no es superar el capitalismo, sino producir un “marco institucional” adecuado que nos permita su realización efectiva en la historia, interviniendo y corrigiendo todos aquellos efectos indeseables que se han venido derivando, no del capitalismo insisten los ordoliberales, sino de todas aquellas malas tecnologías de gobierno que han obstaculizado su pleno desarrollo.

Ahora bien, ¿cómo hacerlo? Como ya señalamos, Foucault nos dice desde un comienzo que el proyecto de los ordoneoliberales alemanes abandona la “ilusión naturalista” del liberalismo clásico y asume como una precondition del gobierno la intervención gubernamental. Sin embargo, este tipo de intervención posee ciertos rasgos específicos que no pueden ser asimilados sin más a la razón de Estado: para los neoliberales alemanes no se trata de intervenir directamente sobre el mercado, sino de incidir indirectamente sobre él modificando ciertos datos previos que definen las bases materiales a partir de las cuales se configura la dinámica del mercado. Se trata de una política de “marco” cuyo objetivo primordial es transformar el *medio*, las condiciones previas a partir de las cuales se prepara todo el soporte institucional que posibilita el pleno funcionamiento de la economía de mercado. Foucault nos dice:

¿Qué es una política de marco? [...] Habrá que actuar sobre datos previos que no tienen un carácter económico directo, pero condicionan una eventual economía de mercado. ¿Sera preciso entonces actuar sobre qué? No sobre los precios, no sobre tal o cual sector poco rentable para asegurar su sostén: todas esas intervenciones son malas. ¿Sobre qué actuaran las buenas intervenciones? Y bien, sobre el marco. Es decir, primero, sobre la población. La población agrícola es demasiado numerosa: será menester, por tanto, reducirla por medio de intervenciones que permitan transferencias demográficas, una migración, etc. También habrá que intervenir en el plano de las técnicas, poniendo a disposición de la gente una serie de herramientas,

perfeccionando técnicamente distintos elementos relacionados con los abonos, etc.*, intervenir sobre la técnica, asimismo, por medio de la formación de los agricultores y la enseñanza que se les imparta, que les permitirá en efecto modificar las técnicas [agrícolas] (Foucault, 2007: pp. 172-173).

Por consecuencia, el intervencionista jurídico cumple una función esencial en esta política de marco. Los ordoliberales consideran la eficacia simbólica del derecho una herramienta imprescindible para generar las condiciones óptimas que permitan la creación de un marco jurídico adecuado a la libre competencia en todos los ámbitos de la vida social³⁹. De lo que se trata es de incidir jurídicamente sobre las instituciones para definir las reglas del juego, expandir ese tipo de racionalidad económica a todos los ámbitos de la vida y así garantizar que “todos los actores económicos tomen sus propias decisiones y jueguen equitativamente” (Castro Gómez, S. 2010: pp. 192), permitiendo la entrada al juego económico de todos los actores sociales⁴⁰. De nueva cuenta, aquí se puede percibir una de las diferencias decisivas de la Escuela de Friburgo respecto a sus coetáneos de la Escuela de Frankfurt (Castro Gómez, 2010: pp. 194) : mientras autores como Adorno y Horkheimer defendían la tesis según la cual la razón instrumental propia del capitalismo se habría infiltrado hasta en los lugares más recónditos de la existencia, produciendo una sociedad uniforme y subordinada al consumo, los ordoliberales alemanes sostienen, por el contrario, que la realización de la racionalidad económica ha sido más bien fragmentaria y nunca se ha materializado en una disposición ética universal y hegemónica. En contraste, lo que ha imperado es una ética de la dependencia ligada a la razón de Estado que produce un conglomerado de individuos pusilánimes, extraviados, incapaces de responsabilizarse de sus propias decisiones y tomar las riendas de su propia existencia (Castro Gómez, 2010: pp. 194). Por lo tanto, el objetivo del neoliberalismo alemán es justamente realizar lo que a juicio de los frankfurtianos ya sucedió: expandir ahora sí la racionalidad económica por todas las instituciones sociales y disolver cualquier vestigio de “seguridad ontológica” que demande un criterio de legitimación distinto a la competencia y la empresa⁴¹. La escuela, la familia, el

³⁹ Foucault nos muestra que en el neoliberalismo las instituciones jurídicas son absorbidas por los dispositivos de seguridad y el derecho se convierte ahora en un poderoso instrumento técnico administrativo cuya función es generar las condiciones para que los individuos se comporten económicamente o eliminar a todos aquellos que sean incapaces de hacerlo.

⁴⁰ Como señala Foucault en la clase del 7 de marzo tomando como punto de partida el análisis de la política del impuesto negativo en Francia, uno de los propósitos básicos del neoliberalismo es generar las condiciones para que todos los actores sociales puedan (si así lo desean) participar en el juego económico. En ese sentido, el tratamiento de los neoliberales de la pobreza es radicalmente distinta a una política *welfarista* (Foucault, 2007: pp. 244): no se propone erradicar las desigualdades a través de la redistribución social de los ingresos entre los más desfavorecidos, sino destinar subsidios estatales sólo a aquellos que se ubican en el umbral de la “pobreza absoluta” y así otorgarles un capital semilla para que de ese modo puedan incorporarse a la competencia. A los neoliberales no les interesa la “pobreza relativa”, pues su objetivo no es acabar con las desigualdades. Los neoliberales asumen que la desigualdad es un fenómeno inevitable y, en ese sentido, sólo debe regularse para que se mantenga en un umbral que no ponga en riesgo la dinámica del mercado. Dado que nadie tiene asegurado nada, las desigualdades son las mismas para todos; más aún, la desigualdad es un fenómeno benéfico que enriquece e impulsa la dinámica de la competencia. Por consecuencia, sólo es necesario implementar una política social entre aquellos sectores de la población que están en riesgo de permanecer excluidos del juego económico, siempre con el objetivo de empoderarlos económicamente, no de generar dependencias pastorales entre el Estado y los gobernados. Foucault nos dice: “En cambio, hay en la sociedad una categoría de individuos que, ya sea a título definitivo, porque son viejos o discapacitados, o a título provisorio, porque se han quedado sin empleo y están desocupados, no pueden alcanzar cierto umbral de consumo que la sociedad considera digno. Pues bien, solo a ellos y en su beneficio deberían otorgarse las asignaciones compensatorias, las asignaciones de cobertura características de una política social.” (Foucault, 2017: pp. 243).

⁴¹ “Es preciso que la vida del individuo no se inscriba como individual dentro de un marco de gran empresa que sería la compañía o, en última instancia, el Estado, sino [que] pueda inscribirse en el marco de una multiplicidad de

Estado, la sociedad civil, la religión, la cultura, el arte, la política... todo debe estar subsumido a la lógica implacable del *Homo economicus*⁴². Foucault explica de la siguiente forma la manera en la cual se disemina esta *Vitalpolitik* por todo el cuerpo social:

De hecho, como bien advertirán, no se trata de constituir una trama social en la que el individuo este en contacto directo con la naturaleza, sino de constituir una trama social en la que las unidades básicas tengan precisamente la forma de la empresa, pues ¿qué es la propiedad privada si no una empresa? ¿Qué es una vivienda individual si no una empresa? ¿Qué es la administración de esas pequeñas comunidades de vecindario [...] si no otras tantas formas de empresa? En otras palabras, se trata de generalizar, mediante su mayor difusión y multiplicación posibles, las formas “empresa”, que no deben, justamente, concentrarse como grandes empresas a escala nacional o internacional o grandes empresas del tipo del Estado. Esa multiplicación de la forma “empresa” dentro del cuerpo social constituye, creo, el objetivo de la política neoliberal. Se trata de hacer del mercado, de la competencia, y por consiguiente de la empresa, lo que podríamos llamar el poder informante de la sociedad (Foucault, 2007: pp. 186).

En ese sentido, el programa de racionalización económica que los ordoliberales defienden no es un retorno a la sociedad mercantil y represiva como la que fue denunciada por Marx al inicio de *El capital* (Foucault insiste en reiteradas ocasiones que el neoliberalismo no es de nueva cuenta Adam Smith) sino a la conformación y universalización de una disposición ética basada en las exigencias del trabajo que asume como condición existencial insoslayable que cada individuo es responsable de su salvación en este mundo y nada más que eso (Gómez, 2010: pp. 194). Es más una reactivación de esa ética del trabajo analizada por Weber y Shumpeter que un regreso a una gubernamentalidad de *laissez-faire*. En efecto, Foucault enfatiza en varias ocasiones que la gubernamentalidad neoliberal perfilada por el ordoliberalismo alemán no es la sociedad de la mercancía, del consumo o del espectáculo⁴³, no es la sociedad disciplinaria del capitalismo industrial, sino una sociedad que toma la figura de la empresa y la competencia como

empresas diversas encajadas unas en otras y entrelazadas. Empresas que, de alguna manera, están al alcance de la mano del individuo que son bastante limitadas en su tamaño como para que la acción del individuo, sus decisiones, sus elecciones, puedan tener en ellas efectos significativos y perceptibles, y también son bastante numerosas como para (que el] no dependa de una sola” (Foucault, 2007: pp. 277).

⁴² Foucault establece una clara diferencia entre la manera en la cual el liberalismo clásico concebía el *Homo economicus* y la forma en que los teóricos neoliberales van a reformular dicha noción. Para los primeros se trata meramente de un socio y un intercambio, para los segundos es un agente productor, un empresario de sí: “En el neoliberalismo -que no lo oculta, lo proclama- también vamos a encontrar una teoría del *homo economicus*, pero en el este no es en absoluto un socio del intercambio. El *homo economicus* es un empresario, y un empresario de sí mismo. Y esto es tan cierto que, en la práctica, va a ser el objetivo de todos los análisis que hacen los neoliberales: sustituir en todo momento el *homo economicus* socio del intercambio por un *homo economicus* empresario de sí mismo, que es su propio capital, su propio productor, la fuente de [sus] ingresos” (Foucault, 2007: pp. 264-265).

⁴³ A juicio de Foucault, el primero en introducir la tesis del “hombre masa” derivada del consumo capitalismo fue Werner Sombart, uno de los primeros en lanzar la hipótesis según la cual el capitalismo arranca a los individuos de su comunidad natural. Esa tesis posteriormente fue popularizada por los autores comúnmente asociados con la Escuela de Frankfurt: “En Sombart tenemos, de hecho ya desde los primeros años del siglo XX esa crítica que es bien conocida y que hoy se ha convertido en uno de los lugares comunes de un pensamiento acerca del cual no se conoce muy bien su articulación y su esqueleto, crítica de la sociedad de masas, sociedad del hombre unidimensional, sociedad de la autoridad, sociedad de consumo, sociedad del espectáculo, etc. Eso es lo que decía Sombart. Y eso es lo que los nazis, por añadidura, hicieron suyo. Y en oposición a esa destrucción de la sociedad por obra de la economía y el Estado [capitalistas], los nazis se propusieron hacer lo que querían hacer” (Foucault, 2007: pp. 145).

configuraciones sociales universales y cuyos mecanismos de control son mucho más sutiles y específicos que los mecanismos de coerción de la anterior etapa del capitalismo⁴⁴:

¿Significa la instauración de una sociedad mercantil, es decir, de una sociedad de mercancías, de consumo, en la que el valor de cambio constituya, a la vez, la medida y el criterio general de los elementos, el principio de comunicación de los individuos entre sí, el principio de circulación de las cosas? [...] ¿No se vuelve con ello al modelo de la sociedad de masas, la sociedad de consumo, la sociedad de mercancías la sociedad del espectáculo, la sociedad de los simulacros, la sociedad de la velocidad que Sombart definió por primera vez en 1903? No creo, en verdad. No es la sociedad mercantil la que está en juego en ese nuevo arte de gobernar. No es eso lo que se trata de reconstituir. Es decir que lo que se procura obtener no es una sociedad sometida al efecto mercancía, sino una sociedad sometida a la dinámica competitiva. (Foucault, 2007: pp. 181-182).

El neoliberalismo norteamericano

La otra variante del neoliberalismo (y que, en buena medida va a ilustrar muchos de los elementos teorizados por el ordoliberalismo alemán) que Foucault examina en su curso es la emergencia del neoliberalismo norteamericano y, particularmente, el análisis de los teóricos neoliberales de la Escuela de Chicago. Milton Friedman, Friedrich August von Hayek y Theodore William Schultz son algunas de las figuras emblemáticas de esta tradición de pensamiento. Serán von Hayek y Mises los encargados de conectar el ordoliberalismo alemán con el neoliberalismo norteamericano (Foucault, 2007: pp. 190). El análisis de Foucault se centra básicamente en dos elementos principales del neoliberalismo norteamericano que le sirven para ilustrar la forma en que opera el programa neoliberal: la teoría del capital humano y el estudio de la criminalidad y la delincuencia, ambas desarrolladas por el premio nobel de economía Gary Becker. La primera supone, nos dice Foucault, una reformulación radical de la manera en la cual todos los economistas clásicos han venido analizando el trabajo. En los trabajos de Adam Smith, Ricardo o Keynes, el trabajo sólo aparece como un elemento determinado por variables cuantitativas asociadas con el tiempo de trabajo y el número de horas trabajadas, pero todos los elementos cualitativos que definen la esencia del trabajo están ausentes. Los neoliberales reconocen que ha sido Marx el único que ha reflexionado con detenimiento el problema del trabajo y el único que fue capaz detectar dónde estaba el problema, aunque obviamente para ellos la teorización del alemán resulta insatisfactoria y no escapa del todo a la tendencia del pensamiento económico hegemónico.

De acuerdo con los neoliberales, Marx fue el primer teórico en mostrar que el “trabajo concreto” del trabajador es desposeído de sus cualidades específicas una vez que es absorbido por la “lógica del capital”.

⁴⁴ Foucault descarta aquí las hipótesis de Marcuse, Adorno y Horkheimer o Baudrillard, todas ellas basadas en la tesis de la alienación y uniformización capitalista. Por el contrario, como advierte el francés la tendencia de la gubernamentalidad neoliberal es impulsar la multiplicidad, la diferenciación indefinida de la forma empresa en espacios abiertos: “Simplemente, se equivocan los críticos que se imaginan, que creen, al denunciar una sociedad digamos “sombartiana” entre comillas —y me refiero a esa sociedad uniformadora, de masas, de consumo, del espectáculo, etc. —, estar criticando el objetivo actual de la política gubernamental. Critican otra cosa. Critican algo que, sin lugar a dudas, ha estado en el horizonte explícito o implícito, querido o no, de las artes de gobernar de los años [veinte a los años sesenta]. Pero hemos superado esa etapa. Ya no estamos en ella. El arte de gobernar programado hacia la década de 1930 por los ordoliberales y que hoy se ha convertido en la programación de la mayoría de los gobiernos en los países capitalistas, pues bien, esa programación no busca en absoluto la constitución de este tipo de sociedad. Se trata, al contrario, de alcanzar una sociedad ajustada no a la mercancía y, su uniformidad, sino a la multiplicidad y la diferenciación de las empresas” (Foucault, 2007: pp. 186-187).

El trabajo concreto, nos dice el alemán, pasa a ser trabajo abstracto una vez que es transformado en fuerza de trabajo y de ese modo el trabajo queda totalmente desprovisto de sus cualidades humanas. Ahora bien, todo esto es inexacto según los neoliberales: el problema de que el trabajo aparezca siempre como una abstracción no es una responsabilidad directa del capitalismo o de la lógica del capital, sino de la perspectiva epistemológica que el pensamiento económico asume. Siempre se examina el trabajo desde el punto de vista de los procesos económicos y, por lo tanto, de variables cuantitativas, pero no se toma en cuenta el punto de vista del propio trabajador. Y a juicio de los neoliberales esa es la clave para escapar a toda esta “metafísica del trabajo” (Castro Gómez, 2010a: pp. 203). No entender al trabajador como un agente puramente pasivo o, peor aún, como una víctima del proceso productivo e ideológicamente manipulado. Hay que restituir el lado activo del trabajo reintroduciendo todas sus variables cualitativas ligadas al punto de vista de los actores económicos, tomando en consideración las inversiones que realizan los propios agentes y la realización efectiva que experimentan en el trabajo concreto, todo ello irreductible a una perspectiva que sólo atiende el desarrollo unilateral de los procesos económicos. En palabras de Foucault:

Por consiguiente, lo que debe hacerse no es en absoluto prolongar la crítica en cierto modo realista de Marx cuando reprocha al capitalismo real haber abstraído la realidad del trabajo; hay que llevar adelante una crítica teórica sobre la manera como, en el discurso económico, el trabajo mismo fue objeto de una abstracción. Y, dicen los neoliberales, si los economistas ven el trabajo de una manera tan abstracta, si dejan escapar su especificación, sus modulaciones cualitativas y los efectos económicos de estas, lo hacen, en el fondo, porque los economistas clásicos nunca contemplan el objeto de la economía en otros términos que los del proceso, el capital, la inversión, la máquina, el producto, etcétera [...] De una u otra manera, lo que representa la mutación epistemológica esencial de esos análisis neoliberales es que pretenden cambiar lo que constituyó de hecho el objeto, el dominio de objetos, el campo de referencia general del análisis económico. (Foucault, 2012: pp. 259).

¿Qué debemos entender por *capital humano*? Como decíamos, para los neoliberales el trabajador no debe ser comprendido como una instancia puramente pasiva, sino como un agente dotado de un tipo de racionalidad interna que se involucra activamente en la dinámica productiva del trabajo. En ese sentido, el capital humano hace referencia a la manera en la cual el propio trabajador es ahora concebido como un recurso, como una máquina, como un capital en permanente configuración, desarrollo y, sobre todo, maximización ilimitada. Es decir, no es que el trabajador tenga que vender su fuerza de trabajo para obtener un salario injusto, sino que en cada decisión económica se realiza una inversión a corto o mediano plazo en donde el propio trabajador gestiona su existencia a la manera de una empresa. No es que el trabajador experimente un proceso de alienación en el mercado de trabajo, sino que es un inversionista, un empresario de sí que se concibe así mismo como una fuente de recursos y, en esa medida, administra y regula estratégicamente cada elemento de su propia experiencia. En efecto, una de las características principales de esta tecnología de gobierno es que logra introducir la racionalidad económica en ámbitos que hasta el momento insospechados que habían sido monopolizados por la razón de Estado o por otro tipo de racionalidades, como la familia, la educación, la salud o incluso las emociones o el amor. En efecto, “[...] “gracias a ese esquema de análisis, esa grilla de inteligibilidad, podrán ponerse de relieve en procesos no económicos, en relaciones no económicas, en comportamientos no económicos, una serie de relaciones

inteligibles que no habrían aparecido de ese modo: una especie de análisis economicista de lo no económico” (Foucault, 2007: pp. 280).

La nueva grilla de análisis subordina la totalidad de la experiencia a criterios puramente pragmáticos y cada decisión (en el amor, en la escuela o en el trabajo) debe ser entendida como una inversión, como un cálculo estratégico cuyo propósito básico apunta a maximizar el volumen de capital humano hasta ese momento obtenido⁴⁵. En ese sentido, los fracasos individuales ya no pueden ser atribuidos al Estado o a las desigualdades del capitalismo (las desigualdades, en un ambiente de competencia generalizada, son las mismas para todos, insisten los neoliberales), sino a las malas decisiones de cada sujeto que en el fondo han sido malas inversiones, una mala gestión de su capital humano y un mal cuidado de sí. Al ser restituido como un agente plenamente racional⁴⁶, el trabajador es el único responsable de su trayectoria y destino:

Se llega por ende a la idea de que el salario no es otra cosa que la remuneración, la renta afectada a cierto capital, un capital que va a calificarse de capital humano en cuanto, justamente, la idoneidad-maquina de la que constituye una renta no puede disociarse del individuo humano que es su portador. Entonces ¿de qué está compuesto ese capital? En este punto, la reintroducción del trabajo en el campo del análisis económico va a permitir, en virtud de una suerte de aceleración o extensión, pasar ahora al análisis económico de elementos que, hasta aquí, lo habían eludido por completo. En otras palabras, los neoliberales dicen: el trabajo formaba parte con toda legitimidad del análisis económico, pero el análisis económico clásico, tal como se lo encaraba, era capaz de hacerse cargo de ese elemento del trabajo. (Foucault, 2012: pp. 266).

Como señalamos anteriormente, el otro problema que Foucault examina para ilustrar la tecnología neoliberal de gobierno es el tema del crimen y la delincuencia. Para ello muestra el deslizamiento que han ejecutado los neoliberales norteamericanos en este ámbito y la manera en la cual los teóricos neoliberales prosiguen su objetivo de radicalizar el modo de razonamiento económico a instancias que hasta el momento han permanecido intocadas por la economía. Por un lado, Foucault señala que autores como Bentham y Beccaria defendían una concepción fundamentalmente legalista del crimen y el delito era concebido como una transgresión individual a la ley. Esto, nos dice Foucault, tuvo un efecto paradójico: si bien existía la pretensión de ajustar a la ley única y exclusivamente los actos delictivos tomando como base una forma de razonamiento puramente utilitaria, para el dispositivo disciplinario las sanciones sólo cobraban sentido en la medida de que las transgresiones individuales se inscribían en un modelo antropológico, sociológico o psicológico que servía como parámetro corrector. Lo que inicialmente se vislumbraba como una aplicación pragmática de la ley, generó toda una antropología del crimen, toda una

⁴⁵ Foucault nos dice que los neoliberales distinguen entre capital innato y adquirido. El primero hace referencia al equipamiento biológico de cada individuo y el segundo a todos los recursos y competencias adquiridas en cada inversión (Foucault, 2012: pp. 266).

⁴⁶ Al final de la clase del 14 de marzo, Foucault tenía preparada una nota crítica respecto a la manera en la cual la sociología de Bourdieu había venido tematizando los problemas de la cultura y la educación. La nota no es muy clara, pero resulta evidente que la teoría del *habitus* de Bourdieu y la teoría del capital humano se oponen de cabo a rabo (Moreno Pestaña 2011: pp. 101). Para el francés la dinámica de la acción social es de orden prerreflexivo y la coherencia del *habitus* consigo mismo impone ciertos límites estructurales a la manera en la cual un agente puede ejecutar un cambio sobre sus propias disposiciones. Para los neoliberales, en cambio, el sujeto es concebido como una máquina enteramente maleable, como una “fuente inagotable de recursos”. De igual modo, Bourdieu siempre fue un férreo defensor de la autonomía de los campos de producción cultural y se opuso a la intromisión de criterios económicos en el ámbito científico. El proyecto de los neoliberales, en contraste, es subordinar todas las instituciones a la racionalidad económica.

inflación discursiva, de conocimientos y de instituciones cuya función era introducir técnicas adyacentes de observación que apuntaban a evaluar los actos individuales en función de una norma preestablecida (Foucault, 2007: pp. 289).

Por lo tanto, la aplicación de la ley era cada vez más individualizadora en la medida que no tomaba como blanco el acto delictivo en sí mismo, sino que lo insertaba en los rasgos y características específicas de cada individuo⁴⁷. Por el contrario, la grilla de análisis que los neoliberales, particularmente Gary Becker, van introducir es radicalmente distinta. De nueva cuenta los neoliberales pretenden situarse, al igual que en el análisis del capital humano, desde el punto de vista del actor y su racionalidad interna: el crimen no es ejecutado por alguien que posea ciertos rasgos morales, psicológicos o antropológicos específicos, sino por un *homo economicus* que ha tomado una mala decisión, ha hecho un mal cálculo y debe asumir los costos de los riesgos que él mismo ha decidido tomar. Foucault nos dice:

[...] si el crimen se define como la acción cometida por un individuo al correr el riesgo de ser castigado por la ley, verán que no hay entonces ninguna diferencia entre una infracción al código de circulación y un asesinato premeditado. Esto quiere decir asimismo que el criminal, según esta perspectiva, no está marcado ni es interrogado en absoluto sobre la base de rasgos morales o antropológicos. El criminal es cualquier hijo de vecino. Es una persona cualquiera o, en fin, se lo trata como a cualquier otra persona que invierte en una acción, espera de ella una ganancia y acepta el riesgo de una pérdida. Desde ese punto de vista, el criminal no es otra cosa que esto y no debe ser otra cosa que esto. En ese sentido, se darán cuenta de que el sistema penal ya no tendrá que ocuparse de esa realidad desdoblada del crimen y el criminal. Se ocupara de una conducta, de una serie de conductas que producen acciones, y estas acciones, de las que los actores esperan una ganancia, son afectadas por un riesgo especial que no es el de la mera pérdida económica sino el riesgo penal e incluso el de esa misma pérdida económica infligida por un sistema penal. (Foucault, 2007: pp. 293).

En esa medida, la grilla de análisis de los neoliberales, nos dice Foucault, no tiene como pretensión precipitarse exhaustivamente sobre los individuos ni acabar con el crimen en su totalidad. Por el contrario, disuelven la norma en un análisis puramente pragmático de coste beneficio en donde el objetivo es abordar el crimen a partir de un razonamiento estrictamente estadístico. El delito es ahora conceptualizado no como una desviación individual, sino como un mercado que se enfrenta a una demanda negativa que debe ser reducida al mínimo utilizando la menor cantidad de recursos. De lo que se trata es de mantener el crimen dentro de un margen razonable y a partir de esas fluctuaciones estadísticas regular el fenómeno criminal al menor costo. Nada de postular una norma de comportamiento universal o una antropología del crimen, el delincuente no es más que un mal empresario que no ha sabido gestionar adecuadamente su capital humano. A diferencia de los reformadores ilustrados, los neoliberales no tienen como propósito diseminar un sistema disciplinario exhaustivo ni la anulación total del crimen. El delito es un fenómeno social como cualquier otro y sólo es necesario mantenerlo dentro de un margen razonable:

⁴⁷ “Y cuando la criminología se constituye a fines del siglo XIX, precisamente cien años después de la reforma propiciada por Beccaria y esquematizada por Bentham, cuando el *homo criminalis* se constituye un siglo después de eso, se llega en cierto modo al extremo del equivoco, y el *homo legalis*, el *homo penalis*, se aborda así a través de toda una antropología, toda una antropología del crimen que sustituye, desde luego, la rigurosa y muy económica mecánica de la ley por una inflación completa: una inflación de saber, una inflación de conocimientos, una inflación de discursos, una multiplicación de las instancias, las instituciones, los elementos de decisión, y todo el parasitismo de la sentencia en nombre de la ley por medidas individualizadoras en términos de norma” (Foucault, 2007: pp. 289).

Por lo tanto, una política penal no tendrá por objetivo o punto de mira lo que era el objetivo y el punto de mira de todos los reformadores del siglo XVIII, cuando perfeccionaban su sistema de legalidad universal, a saber, la desaparición total del crimen. La ley penal y toda la mecánica penal con la que soñaba Bentham debían ser de tal manera que, a fin de cuentas, aun cuando en la realidad no pudiera suceder, dejaran de existir los crímenes [...] Esa especie de anulación general del crimen que estaba en la línea de mira era el principio de racionalidad, el principio organizador del cálculo penal en el espíritu reformador del siglo XVIII. Ahora, por el contrario, la política penal debe renunciar de manera absoluta, a título de objetivo, a esa supresión, esa anulación exhaustiva del crimen. La política penal tiene como principio regulador una mera intervención en el mercado del crimen y con respecto a la oferta de crimen” (Foucault, 2007: pp. 297).

Foucault utiliza el ejemplo de la droga, la cual comienza a ser comprendida por los neoliberales no tanto como una patología social, sino como un mercado susceptible de análisis económico que hay que regular: en vez de intentar disminuir la oferta de la droga como las políticas instrumentadas en la década de los sesenta, hay que administrar eso que se conoce como los “precios de entrada de la droga”. No se trata de meter a las cárceles a todos los toxicómanos, sino de regular los precios: hay que ofrecer un precio muy alto a los nuevos consumidores y uno muy bajo a los consumidores habituales, distinguir entre las drogas de valor inductivo y las que no lo son. Con esta tecnología ambiental, que incide indirectamente sobre la conducta de los gobernados a través de los precios, se mantiene el consumo de la droga en una curva permanente y relativamente baja. Desaparecen las cuestiones morales y psicológicas que giran en torno al consumidor y no hay necesidad de incrementar la población carcelaria⁴⁸ (eso sería demasiado costoso); por el contrario, se persiguen estratégicamente a los productores (particularmente a los dealers) para hacer más difícil su producción, incrementar su costo y evitar nuevos consumidores en el mercado. El diagnóstico de Foucault detecta que las tecnologías de seguridad, al estar profundamente enraizadas en un tipo de razonamiento estrictamente económico (es decir, de costes y beneficios), terminan por eliminar cualquier tipo de interpelación moral sobre los sujetos (Foucault, 2007: pp. 3021).

El neoliberalismo no ejerce efecto performativo alguno sobre la especificidad antropológica de los individuos ni se propone, como ya señalamos, erradicar por completo el crimen ni el mal; el neoliberalismo, a diferencia de la sociedad disciplinaria, puede tolerar sin ningún problema cierto margen de ilegalidad y, podríamos decir, que los neoliberales aceptan la existencia ineludible del crimen y no están obsesionados con la voluntad de saber (Moreno Pestaña, 2011: pp. 102) en la medida que no tiene ningún interés de desplegar grandes narrativas a partir de las cuales se puedan derivar efectos performativos de moralización sobre los sujetos. En ese sentido, para el economicismo neoliberal el criminal deja de ser entendido como un ente patológico (eso que Foucault denomina la “borradura antropológica del criminal”) y simplemente se convierte en un mal empresario de sí mismo, puesto que todas las conductas ahora son juzgadas según criterios económicos. En efecto, las tecnologías de gobierno en el neoliberalismo (y es una tendencia histórica que Foucault encuentra desde la emergencia de las

⁴⁸ Santiago Castro Gómez lo refiere claramente: “El drogadicto es alguien que ha usado mal sus competencias, que no ha sabido ser “empresario de sí mismo” y ha emprendido un “riesgo” no calculado racionalmente. Optó por correr un riesgo para obtener un beneficio, pero utilizó mal sus propios recursos. Por eso, en lugar de enviar esta persona a la cárcel, las tecnologías neoliberales de gobierno contemplan la instalación de una serie de instituciones no disciplinarias en las que el drogadicto tendrá que aprender el “cuidado de sí”. Para descomprimir la sobrepoblación carcelaria, se despenaliza el “consumo mínimo” y/o se declara al consumidor como una persona que requiere tratamiento psicológico y no tratamiento penal. Hay multiplicación, entonces, de las *instituciones terapéuticas* que intentan hacer que el infractor de la ley se “autosupere”, tenga un mejor conocimiento de sí mismo y aprenda por sus propios medios a gestionar mejor su “capital humano”(Castro Gómez, 2010a: pp. 218).

tecnologías biopolíticas de tipo ambiental⁴⁹) no requieren de la diseminación de un modelo disciplinario exhaustivo como la sociedad punitiva. Por el contrario, en el neoliberalismo:

[...] lo que aparece en el horizonte de un análisis como éste no es de ningún modo el ideal o el proyecto de una sociedad exhaustivamente disciplinaria en la que la red legal que aprisiona a los individuos sea relevada o prolongada desde dentro por mecanismos, digamos, normativos. No es tampoco una sociedad en la que se exija el mecanismo de la normalización en general y la exclusión de lo no normalizable (Foucault, M. 2007: pp. 302).

De la sociedad disciplinaria a las sociedades de control

Este diagnóstico foucaultiano⁵⁰ fue retomado años más tarde por su amigo y compañero de ruta Gilles Deleuze. En su famoso y multicitado *Pos-scriptum sobre las sociedades de control*, el francés sostenía, al igual que Foucault, que las instituciones disciplinarias de encierro experimentaban una crisis inminente que estaba “en boca de todos”. La lógica de la cárcel, el hospital, la escuela o la familia han sido progresivamente sustituidas por la figura de la empresa y por procedimientos cada vez más suaves y heterogéneos de control social⁵¹. Si el objetivo de las instituciones disciplinarias (cuyos efectos más terribles, nos dice Deleuze, fueron descritos por Kafka) era cuadrangular los espacios y producir subjetividades normalizadas capturando la multiplicidad en “circuitos cerrados”, las sociedades de control buscan incidir indirecta y suavemente sobre los deseos en “circuitos abiertos”, haciendo proliferar

⁴⁹ Refiriéndose a *El nacimiento de la biopolítica*, Santiago Castro Gómez lo expresa de manera muy pertinente: “Allí mostró que la era de la vigilancia disciplinaria llevada adelante por el estado benefactor (*welfare*) ha quedado atrás, pues el nuevo arte neoliberal de gobierno ya no opera tratando de unificar una multiplicidad a través del encierro, sino creando un medio ambiente (*milieu*) en el que los gobernados puedan moverse con libertad” (Castro Castro, 2010a: pp. 50).

⁵⁰ Como señalamos al inicio de esta sección, la postura política de Foucault no es del todo clara y no parece interrogarse en ningún momento sobre cuáles podrían llegar a ser los peligros de disolver una norma de conducta en un análisis estadístico de riesgos o de prescindir abiertamente de cualquier interrogación antropológica sobre la naturaleza específica de cada delincuente. O, peor aún, de concebirse a uno mismo como una “fuente inagotable” de recursos totalmente emancipado de los parámetros de un sistema normativo estable. A juicio de Moreno Pestaña, estos elementos sugieren que la simpatía de Foucault por la gubernamentalidad neoliberal era evidente: “El modelo neoliberal llega tan lejos, porque olvida toda perspectiva de interrogación basada en interrogaciones psicológicas o antropológicas, palabras que Foucault explicita poco, pero que ocupan en su discurso los máximos peligros y que tiene en efecto de una estigmatización no argumentada. Hay que creer en él para comprender la magnitud de tales peligros. En cualquier caso, estos no se encuentran en el neoliberalismo. Cuidado de sí de un individuo emprendedor de sí mismo. Excelencias del neoliberalismo de las que, con razón o sin ella (esa cuestión exige salirse de este marco analítico y hablar de muchas otras cosas que, desde él, ni se ven ni se nombran), Foucault, de entre los muchísimos exizquierdistas que lo hicieron, no sin ambigüedades, fue uno de los primeros cantores” (Moreno Pestaña, 2010: pp. 102-103)

⁵¹ Deleuze sostiene que este desplazamiento de una sociedad disciplinaria a una de control ya comienza a perfilarse en ciertas prácticas sociales: “En el *régimen carcelario*, la búsqueda de “penas sustitutorias”, al menos para los delitos menores, y la utilización de collarines electrónicos que imponen al condenado la permanencia en su domicilio durante ciertas horas. En el *régimen escolar*, las formas de control continuo y la acción de la formación permanente sobre la escuela, el correspondiente abandono de toda investigación en el seno de la Universidad, la introducción de la empresa en todos los niveles de escolaridad. [...] En el *régimen empresarial*, los nuevos modos de tratar el dinero, de tratar los productos y de tratar a los hombres que ya no pasan por la antigua forma de la fábrica”. (Deleuze, 1999: pp. 301)

indefinidamente la multiplicidad⁵². Pasamos del modelo de la fábrica al de la empresa, de un capitalismo de producción a uno cada vez más difuso de superproducción en donde el instrumento predilecto de control social es ahora el marketing. El sujeto ya no está encerrado, sino endeudado. De acuerdo con la famosa metáfora de Deleuze, pasamos del animal topo a los flujos de la serpiente:

Todos los centros de encierro atraviesan una crisis generalizada: cárcel, hospital, fábrica, escuela, familia. La familia es un "interior" en crisis, como lo son los de-más interiores (el escolar, el profesional, etc.). Los ministros competentes anuncian constantemente las supuestamente necesarias reformas. Reformar la escuela, reformar la industria, reformar el hospital, el ejército, la cárcel; pero todos saben que, a un plazo más o menos largo, estas instituciones están acabadas. Solamente se pretende gestionar su agonía y mantener a la gente ocupada mientras se instalan esas nuevas fuerzas que ya están llamando a nuestras puertas. Se trata de las *sociedades de control*, que están sustituyendo a las disciplinarias (Deleuze, 1999: pp. 291).

Usos y abusos de la noción de biopolítica. Algunas precauciones metodológicas a partir de Francisco Vázquez García

La biopolítica es uno de los conceptos que mayor popularidad han alcanzado tras la muerte del filósofo francés y ha pasado a formar parte del patrimonio conceptual de la filosofía y las ciencias sociales. Sin embargo y a pesar de su difusión, el rendimiento teórico y empírico de algunas propuestas contemporáneas que reivindican el uso del término resulta sumamente cuestionable. En su introducción a *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*, el filósofo español Francisco Vázquez García ha señalado de manera muy pertinente que en algunos de los usos más recientes e influyentes de la noción de biopolítica ha prevalecido una perspectiva deshistorizada completamente ajena al espíritu foucaultiano. Es esa medida, lo que Francisco Vázquez denuncia es que los autores que han venido a popularizar el término (Agamben, Exposito y Bauman, principalmente) tienden a extrapolar abusivamente los dispositivos biopolíticos inscritos en los Estados modernos totalitarios a todas las configuraciones históricas de la modernidad, universalizando ciertos rasgos biopolíticos particulares que sólo se corresponden con determinados periodos históricos y que de ningún modo son asimilables a todas las situaciones sociales. De este modo, la noción de biopolítica deja de ser un concepto descriptivo y se convierte justo en lo que Foucault consideraba el principal obstáculo para comprender a cabalidad las relaciones de poder: un concepto vacío sin detalle empírico, una narrativa de gran formato que se limita a subsumir los acontecimientos históricos dentro de una estructura monocorde e invariable. En ese sentido, Francisco Vázquez afirma:

Estos autores subrayan correctamente un componente peculiar de la biopolítica en el siglo XX: la frecuente asociación entre la voluntad de construir una sociedad saludable y la eliminación de los inadaptados a la

⁵²Santiago Castro Gómez lo refiere de manera excepcional: "Los dispositivos de poder hegemónicos hoy en día no funcionan de manera seriada y cuadrangular, delimitando tareas y funciones para producir subjetividades normalizadas. Esto significa que el problema ya no es tanto la normalización de la subjetividad mediante el confinamiento disciplinario, en el que se extrae un trabajo útil de la *molaridad* de los cuerpos (brazos, piernas, manos, etc.), sino la modulación de los flujos *moleculares* del cuerpo (afectos, deseos, memoria, atención, etc.) en espacios abiertos, ya que de su gestión dependerá la posicionalidad de los sujetos en un capitalismo que ya no es de producción, sino de *marketing*" (Castro Gómez, 2010a: pp.50).

misma. Los procedimientos de la eugenesia, una estrategia reguladora muy difundida en los estados totalitarios y en las democracias liberales durante la primera mitad del siglo XX, expresan con claridad esta vinculación entre biopolítica y tanatopolítica resaltada por Bauman y Agamben. Sin embargo estos autores generalizan abusivamente a todas las formas de biopolítica lo que sólo es válido para algunas de sus actualizaciones históricas. Pierden de vista el uso nominalista y rigurosamente histórico de esta noción en los textos de Foucault. Las estrategias de la actual biopolítica liberal avanzada o neoliberal, por ejemplo, difieren por completo de la biopolítica totalitaria de los años treinta y cuarenta (Vázquez García, 2009: pp. 13-14).

La noción de biopolítica no debe ser utilizada desde una perspectiva ontológica, sino desde una perspectiva histórica que atienda la variabilidad de las distintas formas de gobierno en las que se efectúan los dispositivos biopolíticos. Por ejemplo, Francisco Vázquez señala que las estrategias contemporáneas de control social en España son radicalmente opuestas a las promovidas por el estado franquista: no se trata de eliminar todo lo anómalo en aras de la pureza de la raza o la nación incidiendo en todas las instancias del cuerpo social, sino de establecer las condiciones óptimas necesarias para que los propios individuos autovigilen permanentemente su salud sin la necesidad de la intervención estatal. En una entrevista el español reafirma lo anterior con un juicio mucho más severo hacia la manera en la cual Agamben lleva a cabo sus análisis biopolíticos:

Contrasta en efecto el riguroso comparatismo de los análisis históricos foucaultianos [...] con un mal uso de la ejemplificación en Exposito y sobre todo en Agamben. En estos casos las transformaciones discursivas, examinadas mediante un recurso abusivo (y creo que de filiación heideggeriana) a la etimología (pienso por ejemplo en el argumento de *Homo sacer*), se limitan a exhibir una suerte de ontología transhistórica, una historia filosófica de gran formato, presentando la “biopolítica” como destino inherente a la modernidad occidental. En esa noche oscura todos los gatos son pardos, de modo que, en vez de declinar la biopolítica en plural, Agamben la convierte en un fetiche atemporal. Con un tono solemne y trágico que inevitablemente recuerda a ciertos textos de Heidegger, la biopolítica aparece inextricablemente asociada a la tanatopolítica, y los “mulsumanes” de los campos de exterminio se asimilan, mediante analogías asilvestradas, a los “sin papeles” o a los habitantes de los actuales campos de refugiados (Vázquez García, 2013: pp. 121).

Una segunda confusión metodológica, nos dice el español, consiste en comprender a la biopolítica como una forma de poder sofisticadísima que sustituye progresivamente al poder soberano y al disciplinario, como si la biopolítica designara un esquema lineal y evolutivo del poder en donde ésta constituye la piedra de toque de una forma de poder omnisciente y omnipresente. Este error, nos dice Vázquez, lo encontramos en autores como Deleuze, Hardt y Negri o Malley. Ante esta perspectiva teleológica de la biopolítica, es necesario recordar, insiste el español, que soberanía, disciplina y biopolítica no describe una sucesión histórica, sino un triángulo cuyas estrategias coexisten y se van estructurando mutuamente en función de coordenadas sociales e históricas muy precisas⁵³. Antes que hablar de biopolítica en términos universales,

⁵³ Foucault lo refiere claramente: “En consecuencia, no tenemos de ninguna manera una serie en la cual los elementos se suceden unos a otros y los que aparecen provocan la desaparición de los precedentes. No hay era de lo legal, era de lo disciplinario, era de la seguridad. No tenemos mecanismos de seguridad que tomen el lugar de los mecanismos disciplinarios, que a su vez hayan tomado el lugar de los mecanismos jurídico legales. De hecho, hay una serie de edificios complejos en los cuales el cambio afectará, desde luego, las técnicas mismas que van a perfeccionarse o en todo caso a complicarse, pero lo que va a cambiar es sobre todo la dominante o más exactamente el sistema de correlación entre los mecanismos jurídico legales, los mecanismos disciplinarios y los mecanismos de seguridad” (Foucault, 2008: pp.20).

es necesario circunscribir los dispositivos biopolíticos a sus formas concretas de gobierno y, más precisamente, a las racionalidades específicas que articulan los procesos biopolíticos (la razón de Estado, el liberalismo o el neoliberalismo). En ese sentido, la noción de gubernamentalidad que Foucault introduce posteriormente a la de biopolítica funciona como la “condición empírica de posibilidad” del biopoder⁵⁴. En efecto, el estudio de la biopolítica es indisoluble de una descripción detallada de las distintas racionalidades de gobierno: “Por lo tanto, en vez de referirnos a la biopolítica en general, habría que distinguir tantas formas de biopolítica como maneras de gobernar. Por esta razón el estudio de la biopolítica es inseparable de una morfología de la gubernamentalidad. Los enfoques unitarios y progresivos deben dejar su lugar a un planteamiento pluralista y estrictamente histórico” (Vázquez García, 2009: pp. 15).

6.- Biopolítica y gubernamentalidad. Un balance

En el presente capítulo hemos expuesto de manera sucinta cómo la analítica del poder desarrollada por Foucault en *Vigilar y Castigar* y *La voluntad de saber* fue significativamente complementada de cara a varios de los cuestionamientos que fueron esgrimidos por diversos autores, los cuales señalaban que el planteamiento foucaultiano no era capaz de hacer explícitos los efectos de poder ejercidos por los grandes aparatos estatales. Hemos visto que esas críticas, además de ignorar la manera en la cual Foucault ya había problematizado el problema de la lucha de clases, no toman en cuenta los desarrollos posteriores de la analítica del poder, a pesar de que ya estaban perfilados hacia el final de *La voluntad de saber*. Ante las nuevas coyunturas históricas que Foucault comenzó a analizar, la noción de *biopolítica* y la de *gobierno* le permiten al filósofo francés tender un puente entre las instancias capilares del poder disciplinario y las instancias macroestructurales del Estado: las primeras quedan enmarcadas dentro del modelo estratégico de la guerra y, como ya mostramos, se encargan de expropiar permanentemente los cuerpos sujetándolos a los patrones de normalidad; las segundas funcionan como dispositivos orientados a administrar los procesos biosociales de toda una población echando mano de las tecnologías de seguridad y de la economía política como régimen de verdad. Esta transición describe una tendencia histórica que Foucault encuentra en sus análisis históricos y un nuevo postulado filosófico.

Por un lado, la disposición histórica actual en las sociedades contemporáneas apunta a darle mayor preponderancia a las tecnologías de seguridad que a la disciplinaria, lo que advierte sobre las nuevas formas de control social que trascienden el confinamiento disciplinario (la distinción deleuziana entre sociedades disciplinarias y las sociedades de control describe esta nueva configuración del triángulo soberanía, disciplina y seguridad). Por otro, esta nueva constelación histórica pone de manifiesto los límites conceptuales del modelo bélico, el cual consideraba a los individuos como una materia inerte sobre la cual actuaban las relaciones de fuerza. Por el contrario, el modelo del gobierno ejecuta un viraje radical: ya no se trata de entender a los sujetos como un mero epifenómeno de las relaciones de poder, sino el *marco de acción* a partir del cual los individuos son producidos como agentes libres, dotados de proyectos, intereses

⁵⁴ “La hipótesis del biopoder exige, entonces, su reubicación en un marco más amplio de análisis: el examen histórico de las condiciones materiales de formación de la “población” como campo de intervención gubernamental entre los siglos XVII y XVIII. El proyecto inicial de una genealogía del biopoder (“nacimiento de la biopolítica”) es pospuesto, incluso abandonado, para abrir paso a una *historia de la gubernamentalidad* que se ocupará del modo en que las tecnologías liberales se harán cargo del gobierno sobre la vida en las sociedades occidentales”(Castro Gómez, 2010a: pp. 63).

e iniciativa propia. El Estado, por lo tanto, no puede ser entendido como un monstruo frío dotado de un funcionamiento represor transhistórico, sino como una multiplicidad heterogénea de racionalidades que, tomando como campo de intervención a la economía política, genera umbrales de acción en donde se coordinan y estructuran mutuamente las grandes estrategias de gobierno y los procesos subjetivación, ya no sólo de sujeción disciplinaria⁵⁵. Y la analítica de la gubernamentalidad es la herramienta indicada para describir ese tipo específico de racionalidad. Foucault dice:

La cuestión no pasa por deducir todo ese conjunto de prácticas de los que pueda ser la esencia del Estado en sí misma y por sí misma [...] El Estado no es un universal, no en sí mismo una fuente autónoma de poder. El Estado no' es otra cosa que el efecto, el perfil, el recorte móvil de una perpetua estatización o de *perpetuas* estatizaciones, de transacciones incesantes que modifican, desplazan, trastornan, hacen deslizar de manera insidiosa, poco importa, las fuentes de financiamiento, las modalidades de inversión, los centros de decisión, las formas y los tipos de control, las relaciones entre poderes locales, autoridad central, etc. En síntesis, el Estado no tiene entrañas [...]. El Estado no es nada más que el efecto móvil de un régimen de gubernamentalidades múltiples (Foucault, 2007: pp. 83. Cursiva del autor)

⁵⁵ “Esto significa que las tecnologías neoliberales no favorecen la proliferación de instituciones disciplinarias, sino la *modulación de la conducta de los sujetos* en "espacios abiertos", como bien lo dijo Deleuze. No se interviene sobre los cuerpos directamente, sino sobre un "medio ambiente" (acción a distancia) que favorece la autorregulación de la conducta. En el neoliberalismo se parte de que todos los individuos, aun los que se encuentran en las márgenes de la sociedad, tienen la capacidad de incrementar su "capital humano" mediante la creación, la innovación y el emprendimiento” (Castro Gómez, 2010: pp. 51).

Capítulo III

Lucha de clases y el surgimiento de la penalidad neoliberal

1.- Introducción

Como señalamos en la introducción, es bien sabido que el concepto de clase social ha experimentado un desgaste teórico y práctico considerable y progresivamente ha sido erosionado, incluso al interior de la propia tradición marxista, por otras categorías analíticas al momento de encarar la especificidad histórica de los conflictos y las jerarquías sociales. Género, etnia, raza, pueblo, nación, subculturas, tribus urbanas o multitud son algunos de las clasificaciones que hoy circulan dentro del amplio espectro del discurso filosófico contemporáneo y que poco a poco han venido a relevar el término “clase” como principio de percepción social (Gómez, 2014: pp. 17-30). Frente a este contexto resulta pertinente preguntarnos: ¿es pertinente replantear la problemática de las clases sociales o debemos abandonar definitivamente el término por carecer por completo de fuerza explicativa y constituir un mero remanente metafísico del discurso filosófico del siglo XIX que imposibilita una genuina comprensión de los fenómenos sociales? El objetivo del presente capítulo es ofrecer una respuesta afirmativa a esta interrogante y mostrar que la clase sigue siendo una categoría de análisis pertinente e irrenunciable para el pensamiento crítico. Para ello seguiremos el siguiente recorrido: en la primera parte de nuestra presentación revisaremos de manera breve las razones por las cuales el influyente planteamiento de Laclau opta por abandonar el concepto de clase social y la manera en la cual el argentino comprende la construcción performativa de las voluntades colectivas.

En la segunda parte exploraremos de manera breve la forma en la que el sociólogo francés Pierre Bourdieu reelabora la problemática de las clases sociales de cara a estas problemáticas expuestas por Laclau. Por último, expondremos de manera general la caracterización que el sociólogo francés Lóïc Wacquant ha elaborado en torno al Estado neoliberal y la relación que guarda con el régimen de acumulación posfordista. Lo anterior nos permitirá contrastar los diagnósticos de Foucault y sus seguidores con el neoliberalismo realmente existente y mostrar que un análisis centrado únicamente en la producción de subjetividades (que asume como premisa el relajamiento de los esquemas disciplinarios y punitivos en el actual régimen neoliberal) es insuficiente para dar cuenta de la especificidad histórica del neoliberalismo y comprender a cabalidad la lucha de clases en la escena contemporánea.

2.- Populismo y representación política. La crítica de Ernesto Laclau a la noción de clase

Ernesto Laclau es sin lugar a dudas uno de los filósofos políticos más influyentes de la actualidad y no sólo en el ámbito filosófico. Su obra ha logrado trascender el ámbito académico y ha generado un impacto decisivo en una porción considerable al interior de los partidos de izquierda a lo largo y ancho del mundo. Estamos ante un “efecto de teoría” con un alcance político nada despreciable (Moreno Pestaña, 2015). En efecto, una de las aportaciones más importantes de la obra del pensador argentino es la deconstrucción llevada a cabo de ciertas categorías analíticas del marxismo tradicional, particularmente de todos aquellos resabios esencialistas que esta tradición invariablemente acarrea y que representan un obstáculo para comprender la dinámica interna de lo político. (2004). En ese sentido, lo que Laclau denuncia es que la

noción tradicional de clase social es un término esencialista que no es capaz de explicitar las prácticas articuladoras a partir de las cuales los grupos sociales *son constituidos como agentes históricos* y asume la existencia *per se* de un sujeto unitario plenamente autoposicionado. Según el argentino: “[...] la noción tradicional de clase suponía la unidad de las posiciones de sujeto de los diversos agentes en tanto que en las condiciones del capitalismo maduro, dicha unidad es siempre precaria y sometida a un constante proceso de rearticulación hegemónica” (Lalcau y Moueffe, 2004: pp. 22-23). Por lo tanto, para Laclau la clase es ya el resultado de una articulación hegemónica y es en este terreno, nos dice el argentino, donde debemos ubicar la discusión.

De igual modo, la clase es un concepto que tiende aplanar el carácter radicalmente heterogéneo del cuerpo social y las distintas formas en que las identidades populares pueden ser articuladas. La experiencia histórica reciente, nos dice el argentino, nos lo muestra cada día⁵⁶. El concepto de clase, tal como se utiliza desde el marxismo, asume que la unidad de los grupos sociales se deriva mecánicamente de la posición ocupada en el proceso productivo e ignora toda la lógica propiamente dicha a partir de la cual esos grupos son conformados como entidades históricas. La unidad y eventual movilización de una colectividad no está dada de antemano. Para Laclau es necesario trascender ese tipo de pensamiento esencialista. Hay que cuestionar el “estatuto ontológico” de los grupos y poner de manifiesto la lógica específica que se encarga de producir las voluntades colectivas. Y esa lógica política es precisamente *la razón populista*.

El populismo, pese a ser un concepto históricamente denigrado como mero irracionalismo, nos remite a una forma muy específica de racionalidad que posee una lógica interna. No es una categoría *óptica* en la medida que no se agota ni se limita a describir un contenido histórico particular. Más bien, el populismo es una categoría *ontológica* en la medida que hace referencia a todo el entramado de prácticas discursivas necesariamente implicadas en la formación de las identidades populares, esto es, en la *construcción de un pueblo*. Por lo tanto, el populismo no tiene una orientación política preestablecida; simplemente describe una forma de interpelar a los agentes. Puede haber un populismo de derecha o uno de izquierda. La lógica populista, lejos de ser el reflejo de una realidad social preexistente, refiere a una práctica efectiva entre agentes sociales en donde se construye eso que Laclau denomina “pueblo” (Laclau, 2005: pp. 97).

Ahora bien, ¿cómo se forma un pueblo según Laclau? Ese es el objetivo de *La razón populista* (2005). La primera precisión conceptual que hace Laclau es que la unidad mínima de análisis no puede ser el grupo: el grupo como unidad elemental de lo social presupone una realidad social objetiva previamente constituida a las prácticas articuladoras. Y la razón populista se encarga de describir las prácticas articuladoras que le dan forma y cohesión a un colectivo. Por lo tanto, nos dice Laclau, la unidad mínima de análisis del populismo es la demanda, la cual puede significar “reclamo” o “petición”. El filósofo argentino utiliza un ejemplo ficticio para ilustrar el proceso: “Pensemos en una gran masa de migrantes agrarios que se han establecido en las villas miserias ubicadas en las afueras de una ciudad en desarrollo” (Laclau, 2005: pp. 98) De repente comienzan manifestarse demandas relacionadas con problemas de vivienda que afectan a un conjunto de personas y exigen a las autoridades una solución. En este caso,

⁵⁶ Laclau se refiere a la emergencia de nuevas formas de lucha que trascienden la perspectiva estrictamente clasista del marxismo tradicional: “El discurso de la democracia radicalizada ya no es más el discurso de lo universal; se ha borrado el lugar epistemológico desde el cual hablaban las clases y sujetos “universales”, y ha sido sustituido por una polifonía de voces, cada una de las cuales construye su propia e irreductible identidad discursiva” (Laclau, E y Mouffe, C., 2004: pp. 238).

estamos ante una demanda. Si las autoridades cumplen con el requerimiento, ahí termina el asunto; pero también puede suceder lo contrario: la solicitud no es satisfecha, pasa a acumularse con otros reclamos igualmente truncados (problemas relacionados con la salud o la educación) y comienzan a agruparse, en antagonismo directo con el poder institucional, todo un conjunto de demandas que no han podido ser absorbidas *diferencialmente* por los mecanismos establecidos.

Cuando esto sucede las demandas comportan una relación de *equivalencia* y las peticiones empiezan a ensancharse hasta formar una subjetividad popular más extensa. En este punto, Laclau distingue dos formas de construcción de lo social: *la lógica de la diferencia* y *la lógica de la equivalencia*. En la primera las demandas permanecen asiladas unas de otras al ser absorbidas por una totalidad institucional que satisface las demandas y las mantiene en estado monádico. En la *lógica de la diferencia* no hay antagonismo y las peticiones no alcanzan a proyectar ningún significante universal. La *lógica de la equivalencia*, en cambio, implica necesariamente el trazado de una “frontera antagónica” que unifica todas las demandas a partir de un elemento común. Sin embargo, la particularidad de la petición nunca puede borrarse del todo, la lógica de la equivalencia no puede aplastar totalmente la especificidad de cada solicitud; es necesario siempre mantenerlas en tensión para que la unidad del grupo no se disgregue o termine aniquilada. Esta tensión entre la particularidad de la demanda y la universalidad es lo que Laclau denomina “totalidad imposible” y es un término que utiliza para señalar dos cosas: 1) la totalización del campo social nunca se consuma plenamente y experimenta una negociación continua; 2) al interior de la lógica de la equivalencia, es necesario que uno o varios elementos de la cadena de diferencias cumplan una función privilegiada que permita cohesionar, en la medida de lo posible, el resto de las diferencias, aunque dicha articulación nunca se satisfaga plenamente. La “totalidad imposible” es un término que utiliza el argentino para señalar la falla estructural constitutiva de todo el campo social.

En ese sentido, lo que caracteriza a la razón populista es que, a pesar de que la totalidad nunca se alcanza, su lógica de funcionamiento tiende a imponer como universal un elemento particular y a dislocar radicalmente el campo social en dos bloques plenamente diferenciados. Esa es la diferencia entre la lógica institucionalista y la populista: la primera aglutina las diferencias sociales dentro de un espacio social homogéneo; la segunda escinde violentamente al universalizar un elemento parcial e instaurar una frontera de exclusión que divide radicalmente el todo. Para eso es necesario que un elemento particular se postule como universal (“Todos somos Ayotzinapa”, “Todo el poder a los soviets”, son significantes que ilustran adecuadamente este proceso). Laclau denomina a esto hegemonía y ocurre cuando un elemento de la cadena diferencial se encarna como *significante vacío*. En la jerga lacaniana, es lo que se denomina “objeto *a*”. Según el argentino:

El argumento que he desarrollado es que, en este punto, existe la posibilidad de que una diferencia, sin dejar de ser particular, asuma la representación de una totalidad inconmensurable, De esta manera su cuerpo está dividido entre la particularidad que ella aún es y la significación más universal de la que es portadora. Esta operación por la que una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma es lo que denominamos hegemonía. Y dado que esta totalidad o universalidad encarnada es, como hemos visto, un objeto imposible, la identidad hegemónica pasa a ser algo del orden del significante vacío, transformando a su propia particularidad en el cuerpo que encarna una totalidad inalcanzable (Laclau, 2005: pp. 95).

El populismo, por lo tanto, requiere de un lazo libidinal con un representante (un líder) que sea capaz de mantener el antagonismo y la unidad de la voluntad popular. La manera en la que Laclau reelabora la

relación representante-representado resulta sugerente. Es un lugar común en la filosofía política moderna, nos dice el argentino, entender los mecanismos de representación social como un movimiento unidireccional en donde el representante es investido de autoridad por una voluntad previamente constituida. Desde esta óptica, el delegado cumpliría una función puramente pasiva y se limitaría a “transmitir lo más fielmente posible la voluntad de aquellos a quienes representa” (Laclau, 2005: pp. 200). Laclau afirma que todo esto es inexacto y que esta visión parece referirse únicamente a grupos con un alto grado de integración social. Pero, ¿qué pasa con aquellos sectores sociales que poseen un umbral de integración muy bajo? Aquí la situación cambia. El representante no se limita a transmitir una voluntad popular que le precede, sino que el representante y el representado se constituyen en al acto mismo de la representación. La voluntad colectiva se forma retroactivamente en el acto mismo de nominación. Y la representación, en este caso, es profundamente democrática en la medida que permite la emergencia al espacio público de sectores sociales muy marginales:

Tomemos, en el extremo opuesto, el caso de sectores marginales con un bajo grado de integración en el marco estable de una comunidad. En ese caso, no estaríamos tratando con una voluntad a ser representada, sino más bien con la constitución de esa voluntad mediante el proceso mismo de representación mediante. La tarea del representante, no obstante, es democrática, ya que sin su intervención no habría una incorporación de esos sectores marginales a la esfera pública. Pero en ese caso, su tarea consistirá no tanto en transmitir una voluntad, sino más bien en proveer un punto de identificación que constituirá como actores históricos a los sectores que está conduciendo. Como siempre va a existir cierta distancia entre un interés sectorial –incluso uno plenamente constituido- y la comunidad en general, siempre va a haber un espacio dentro del cual este proceso de identificación va a tener lugar” (Laclau, 2005: pp. 201).

Lo que me interesa retener del planteamiento de Laclau es su insistencia en hacer explícito todo el entramado de prácticas articuladoras que necesariamente intervienen en la lucha política y en la conformación de las identidades colectivas. En ese sentido, me parece que la crítica de Laclau al marxismo es contundente al menos en un aspecto: la emergencia de los agentes históricos no es el resultado de un mero epifenómeno estructural ejercido por una realidad social que le es externa, sino que depende de todo un conjunto de mediaciones políticas y dispositivos retóricos que necesariamente intervienen en la conformación de las identidades políticas. En ese sentido, el cuerpo social es mucho más heterogéneo de lo que la tradición marxista suele suponer y la realidad social, al ser profundamente inestable, puede ser construida de distintas maneras, articulando otras demandas y otros principios identitarios. *Y la clase, nos dice Laclau, es sólo una forma, entre muchas otras, de interpelar y construir la realidad social.* De la misma forma, no hay ningún grupo social que tenga una preponderancia ontológica sobre los demás o que lleve inscrito en sí mismo la redención de la humanidad. El discurso universalista del marxismo ha quedado desbordado por la emergencia de nuevas luchas identitarias que han venido a desafiar su lógica puramente clasista (Laclau y Mouffe, 2004: pp. 221-241).

3.- Pierre Bourdieu y la dimensión simbólica de la lucha de clases.

Al analizar el planteamiento de Laclau hasta aquí hemos tratado de enfatizar principalmente un aspecto: los grupos sociales no se derivan mecánicamente de ninguna forma de positividad social o ley histórica. Por el contrario, existe todo un trabajo político y discursivo que necesariamente interviene en la fabricación de una

voluntad colectiva. En el caso de Laclau ese trabajo posee una estructura ontológica y una racionalidad concreta que son susceptibles de ser explicitadas. En efecto, la razón populista nos proporciona dos elementos fundamentales: 1) la importancia que tienen los mecanismos retóricos de representación social para la construcción de las identidades populares; 2) el carácter radicalmente heterogéneo e inestable del campo social y su progresiva y creciente diferenciación social. Ahora bien, ¿dónde queda el concepto de clase social dentro de este panorama? ¿Debemos abandonar de manera definitiva el término por todos los resabios metafísicos y esencialistas que invariablemente acarrea? A continuación procederé a exponer de manera breve la manera en la cual Pierre Bourdieu⁵⁷ reelabora esta problemática para señalar que, a pesar de que las críticas esgrimidas por Laclau tienen su contenido de verdad, no podemos prescindir de un análisis clasista de la sociedad.

Bourdieu, al igual que Laclau, parte de la premisa de que la identidad de los grupos sociales no está dada de antemano y existen dispositivos retóricos para constituirlos como agentes históricos efectivamente movilizados. Eso que Laclau denomina prácticas articularias, Bourdieu lo designa como un *efecto de teoría* y es un término que hace referencia a toda la lucha simbólica que necesariamente interviene en la fabricación de los colectivos. Ahora bien, para el sociólogo francés, a diferencia de Laclau, dicha lucha no se efectúa en un vacío social y los grupos sociales *no se construyen únicamente a través de artefactos discursivos*⁵⁸. Existen condiciones materiales de existencia previas que condicionan la posibilidad de fabricar un colectivo. En ese sentido, lejos de estar totalmente indeterminado, el espacio social está doblemente estructurado. Por un lado, existe en la objetividad material de la estructura social, es decir, en la distribución desigual de las distintas formas de capital o de todos aquellos recursos socialmente eficientes concentrados al interior de cada campo. Por otro, en los sistemas simbólicos de percepción que contribuyen a la permanencia o subversión de esas mismas relaciones de fuerza, todo eso que Weber denominaba *ethos*, estilo y que Bourdieu reformula bajo la noción de *habitus*.

Hemos de recordar que para Bourdieu la experiencia del mundo social no reposa, a fin de cuentas, sobre ningún principio trascendente y que las estructuras del mundo social, lejos de comportarse como “aparatos ideológicos” plenamente cohesionados que se autorregulan y codifican todos sus movimientos, sólo adquieren consistencia a partir de todo un entramado de prácticas generadoras que le dan vida y que necesariamente involucran la participación activa, aunque no necesariamente reflexiva, calculada e intencional, de los agentes sociales en la reproducción del orden social. En efecto, el mundo social carece de fundamentación final y requiere necesariamente de nuestra complicidad prerreflexiva para poder reactivarse a cada momento. Siguiendo a Merleu-Ponty, Bourdieu señala que en nuestra experiencia con el mundo el cuerpo experimenta un proceso de socialización a partir del cual interiorizamos en forma de disposiciones corporales las estructuras objetivas del mundo social y nuestros esquemas prácticos de acción logran

⁵⁷ En mi trabajo recepcional de licenciatura, *La filosofía es un deporte de combate. La crítica de la razón después de Pierre Bourdieu* (2016), realicé una exposición más detallada y extensa de los temas tratados a continuación.

⁵⁸ Santiago Castro Gómez también señala que la teoría de Laclau le otorga una excesiva importancia al discurso y no toma en cuenta la manera en la cual los procesos de significación están ligados a la experiencia corporal. Según el colombiano: “Aquí, me parece, está la gran debilidad del modelo lingüístico de Laclau y Mouffe. Su desventaja radica en que, a diferencia de la ontología del poder ofrecida por Nietzsche y Foucault, el cuerpo no ocupa ningún lugar en su teoría. Mientras que en una ontología del poder los cuerpos aparecen como lugar donde se escenifica la experiencia del mundo (y al mismo tiempo como el lugar de inscripción del poder) en una lengua no ocurre lo mismo [...] Las palabras “hacen cosas”, pero esas acciones son separadas de los cuerpos y analizadas sólo desde el punto de vista de su significación” (Castro Gómez, 2015: pp. 267).

metabolizar rápidamente todas las exigencias tácitas que debemos asumir para poder transitar exitosamente por los distintos ritos sociales. Bourdieu denomina a este fenómeno *violencia simbólica* y es un término que utiliza para describir el proceso a partir del cual las jerarquías sociales perduran a lo largo del tiempo a partir de la anuencia prerreflexiva de los agentes sociales. En ese sentido, la violencia simbólica es una forma de violencia naturalizada, convertida en disposición y que sólo puede ejercerse a través de la complicidad práctica del propio sujeto que ha incorporado la dominación como una segunda naturaleza. Las relaciones de fuerza se experimentan como relaciones de sentido y es un mecanismo que los sujetos sociales deben asumir para que la experiencia en el mundo social no se vuelva simplemente intolerable. En efecto, la violencia simbólica es:

La violencia simbólica es esa coerción que se instituye por mediación de una adhesión que el dominado no puede evitar otorgar al dominante (y, por lo tanto, a la dominación) cuando sólo dispone, para pensarlo y pensarse o, mejor aún, para pensar su relación con él, de instrumentos de conocimiento que comparte con él y que, al no ser más que la forma incorporada de la estructura de la relación de dominación, hacen que ésta se presente como natural; o, en otras palabras, cuando los esquemas que pone en funcionamiento para percibirse y evaluarse, o para percibir y evaluar a los dominantes (alto/bajo, masculino/femenino, blanco/negro, etcétera), son fruto de la incorporación de las clasificaciones, que así quedan naturalizadas, cuyo fruto es su ser social. (Bourdieu, 1999: pp. 224-225).

Espacio social y capital (es). La existencia objetiva de las clases

Como señalamos anteriormente, cada grupo de agentes ocupa una posición objetiva en la estructura del espacio social y, al mismo tiempo, esa objetividad se encarna en la configuración perceptiva que cada agente social ya lleva incorporada dentro de sus esquemas corporales. Por lo tanto, el espacio social, lejos de ser una superficie vacía, indeterminado y totalmente maleable, *establece límites estructurarles reales que condicionan la forma y el contenido que pueden adoptar las interacciones sociales* en un momento determinado. Por lo tanto, la lógica política y el trabajo de fabricación de grupos no opera de manera totalmente voluntarista y sus articulaciones se encuentran necesariamente limitadas por las coacciones estructurales que imponen las diferencias de clase. En ruptura directa con la tradición marxista, para Bourdieu las clases sociales no pueden ser definidas tomando como criterio exclusivo la posición que los agentes sociales ocupan al interior de las relaciones de producción económica. Por el contrario, para comprender a cabalidad el funcionamiento de las clases sociales es necesario reunir el conjunto de propiedades inscritas en cada subespacio social (campo⁵⁹) y el volumen global de capital(es) que cada agente detenta en un momento histórico determinado. El espacio social, por lo tanto, es un espacio multidimensional, altamente diferenciado que no puede reducirse a una sola escisión unidimensional, es decir, a la división de dos bloques homogéneos y plenamente cohesionados entre propietarios y no propietarios de los medios de producción. En contraste, el espacio social es:

Las insuficiencias de la teoría marxista de las clases, y en particular su incapacidad para dar cuenta del conjunto de las diferencias objetivamente atestiguadas, son el resultado de que al reducir el mundo social al campo económico, esta teoría se condena a definir la posición social solamente por referencia a la posición en las relaciones irreductibles a la oposición entre propietarios y no propietarios de los medios de producción

⁵⁹ “Los campos se presentan a la aprehensión sincrónica como espacios estructurados de posiciones (o de puestos) cuyas propiedades dependen de su posición en estos espacios y que pueden ser analizados independientemente de las características de sus ocupantes (que en parte están determinadas por las posiciones) [...]” (Bourdieu, 2011: pp. 112).

económica; *construye así un mundo social unidimensional, organizado simplemente en torno a la oposición entre dos bloques* . En realidad, el espacio social es un espacio pluridimensional, un conjunto abierto de campos relativamente autónomos, es decir, más o menos fuerte de producción económica, así como de que ignora al mismo tiempo las posiciones ocupadas en los diferentes campos y sub-campos, en particular en las relaciones de producción cultural, y todas las oposiciones que estructuran el campo social y son y directamente subordinados, en su funcionamiento y sus transformaciones, al campo de la producción económica [...] (Bourdieu, 1990: pp. 43-44. Cursiva del autor).

De igual forma, Bourdieu reelabora la noción tradicional de capital, la cual no puede ser comprendida desde el punto de vista tradicional de la teoría económica, la cual ignora el funcionamiento de eso que Bourdieu denomina la “economía de los bienes simbólicos” y que hace referencia a todas aquellas prácticas sociales que no se orientan explícitamente por una forma de interés económico⁶⁰. En efecto, para el sociólogo francés, el capital es una forma de energía social que se manifiesta a partir de coordenadas tridimensionales y la eficacia de cada forma de capital depende de cuál es la región del espacio social donde se ejerce su aplicación. Por un lado, existe el *capital económico*, el cual es directamente convertible en dinero y en derechos de propiedad. Por otro, existe el *capital cultural*, un término que Bourdieu utiliza para explicar las diferencias de rendimiento escolar y, según el francés, se presenta bajo tres formas: incorporado, objetivado, institucionalizado. El primero hace referencia a la cultura en estado incorporado, es decir, a todas aquellas competencias culturales que el individuo es capaz de interiorizar durante un periodo formativo. El segundo se refiere al soporte físico de los bienes culturales y el cual garantiza su propiedad legal. Por último, la forma paradigmática del capital cultural institucionalizado es el título académico, el cual, además de ser adquirido a través de un rito de institución, constituye un certificado de competencia cultural legalmente garantizado, duradero e independiente de las competencias culturales de su portador. La tercera forma de capital es el *capital social*, lo cual hace referencia a toda la red de relaciones sociales que cada individuo es capaz de movilizar a su favor en coyunturas específicas. Se trata de los recursos sociales derivados de la “pertenencia a un grupo” que garantizan el éxito de las estrategias individuales a través de todas aquellas “conexiones útiles y duraderas que aseguran el acceso a beneficios simbólicos y materiales” (Bourdieu, 2001:pp.151).

En efecto: “De la pertenencia a este tipo de grupos se derivan beneficios materiales, como por ejemplo los múltiples *favores* asociados a las relaciones provechosas, y también beneficios simbólicos, como aquellos que resultan de la pertenencia a un grupo selecto y prestigioso” (Bourdieu, P. 2001:pp.151). Por último, Bourdieu sostiene que existe una forma de metacapital que refuerza a las tres anteriores y que se expresa mediante una forma de reconocimiento social: *el capital simbólico*. Esa noción le permite a Bourdieu lanzar la hipótesis según la cual nunca existen intereses materiales puros u originarios, sino todo recurso o interés material está ligado a una dimensión simbólica y lo acompaña necesariamente el deseo de ser reconocido. Toda práctica es diferencial, está hecha para ser vista y, en ese sentido, todos nuestros intereses y necesidades materiales están inscritos en la lucha por el reconocimiento social, esa lucha por la vida o la muerte social en donde las identidades sociales son construidas⁶¹. Estas tres formas de capital,

⁶⁰ “No hay un interés, sino intereses, variables según los tiempos y según los lugares, casi hasta el infinito. En mi lenguaje, diré que hay tantos intereses como campos, como espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento” (Bourdieu, 2000a: pp. 108).

⁶¹ A juicio de Bourdieu, el Estado es el banco supremo de capital simbólico en donde las identidades sociales son producidas a través de sus ritos de institución. En efecto: “Y la sociología acaba convirtiéndose, así, en una especie de teología de la última instancia: investido, como el tribunal de Kafka, de un poder absoluto para dictar

económico, social y cultural, experimentan un proceso de interacción continua (por ejemplo, las credenciales académicas poseen un escaso valor si no van acompañados de una fuerte dosis de capital social) y, según el francés, existen procesos de conversión de una forma de capital a otra. Por ejemplo, una fuerte cantidad de capital económico puede traducirse en mucho tiempo libre para adquirir competencias culturales y a su vez el capital cultural institucionalizado (el título académico) puede garantizar el acceso a un mercado de trabajo protegido y privilegiado. De igual modo, el capital social puede acelerar significativamente e incrementar las posibilidades de éxito de una carrera académica o el despilfarro de capital económico a través de obsequios puede servir como estrategia para reforzar las alianzas y posibilidades de ascenso social. En suma, el capital se manifiesta de distintas formas y es importante tomar en consideración las tasas de conversión:

El capital puede presentarse de tres maneras fundamentales. La forma concreta en que se manifestará dependerá de cuál sea el campo de aplicación correspondiente, así como de la mayor o menor cuantía de los costes de transformación, que constituyen una condición previa para su aparición efectiva. Así, el *capital económico* es directa o inmediatamente convertible en dinero, y resulta especialmente indicado para la institucionalización en forma de derechos de propiedad; el *capital cultural* puede convertirse bajo ciertas condiciones en capital económico, y resulta apropiado para la institucionalización, sobre todo, en forma de títulos académicos: el *capital social*, que es un capital de obligaciones y 'relaciones' sociales, resulta igualmente convertible, bajo ciertas condiciones, en capital económico, y puede ser institucionalizado en forma de títulos nobiliarios (Bourdieu, 2001: pp. 135. Cursiva del autor).

Una de las virtudes del planteamiento de Bourdieu (y a la vez uno de sus puntos más problemáticos) es que logra aplicar una forma de pensamiento materialista (comúnmente reservada a los bienes económicos) a todas aquellas conductas y espacios sociales donde el desinterés puede llegar a convertirse en un criterio de legitimación y dominación. Lejos de postular la existencia de una disposición económica universal, la decisión de Bourdieu es una estrategia que le permite hacer explícitas las relaciones de dominación en donde menos se las percibe y en donde generalmente suele existir un acuerdo tácito para silenciarlas. Esto le permite trascender el punto de vista puramente utilitarista y economicista y poner en marcha una “economía de los bienes simbólicos” abiertamente pluralista capaz de comprender la lógica interna que gobierna las prácticas sociales al interior de los campos de producción cultural en las economías capitalistas.

El efecto de teoría y la fabricación de grupos.

Como señalamos anteriormente, el sociólogo francés no entiende el espacio social como una estructura dualista escindida entre propietarios y no propietarios de los medios de producción (aunque en determinadas coyunturas que habría que examinar con precisión puede adoptar dicha forma). A diferencia del materialismo clásico, Bourdieu rechaza totalmente la idea según la cual existe una determinación unidireccional de la base económica sobre la superestructura. Para Bourdieu la lógica del mundo social no puede ser comprendida mediante un solo factor monocausal que establece la primacía absoluta de la infraestructura económica sobre todo lo demás (política, religión, arte,) sino una pluralidad de espacios

veredictos y una percepción creadora, el Estado, semejante al *intuitus originarius* divino, según Kant, hace existir nombrando y distinguiendo. Durkheim, por lo que se ve, no era tan ingenuo como pretenden hacemos creer cuando decía, tal como hubiera podido hacer Kafka, que «la sociedad es Dios» (Bourdieu, 1999: pp. 323).

sociales cuya articulación interna es autónoma y no se deja reducir a un solo factor determinante. Tomando en cuenta la creciente diferenciación del espacio social, señalamos que Bourdieu amplía la noción de capital e introduce una nueva forma de comprender las prácticas sociales, haciendo explícitos todos los conflictos horizontales que atraviesan de cabo a rabo a una sociedad en su conjunto y que son irreducibles a la oposición tradicional dominante-dominado. Las relaciones de poder no están definidas por substancias, sino más bien por relaciones. Como señala Wacquant, Bourdieu sustituye la concepción substancialista de la “clase dominante” por una relacional de “campo de poder”, la cual enfatiza el hecho que la acción histórica nunca se deriva de una necesidad estructural previa definida por la norma de clase, sino por la pluralidad de fuerzas y luchas concretas que acontecen en un espacio social situado y fechado :

Breaking with both liberal theories of elites and the Marxist vision of capitalist hegemony, which focus exclusively on the vertical division between ruler and ruled, Bourdieu discards the substantialist notion of ‘ruling class’ in favor of the relational concept of field of power [...] This topological notion enables us to anatomize the horizontal conflicts that pit the agents and institutions concentrating the disparate powers at play in advanced society. Indeed, Bourdieu suggests that many conflicts that we take to oppose dominant and dominated categories are in reality internecine battles pitting the different sectors of the field of power, that is, different fractions of a putative ruling class whose imperium is rendered both more opaque and more impregnable by the growing intricacy and contradictions internal to the mesh of domination (Wacquant, 2013: pp. 278-279).

De igual modo, el sociólogo francés logra registrar la manera en la cual toda esa objetividad del espacio social (los campos y los recursos que circulan en su interior) cobran vida a través de un conjunto de disposiciones duraderas (habitus) y de todas las prácticas corporales que definen la identidad de cada grupo social⁶². En efecto, Bourdieu afirma que las condiciones materiales de existencia que un determinado número de individuos comparten se encarnan en un sistema de disposiciones fundamentales que forman un estilo de vida que entra en conflicto con otros estilos de vida. El gusto aparentemente más inocente es una forma de posicionarse negativa y diferencialmente al interior del espacio social. La lucha de clases, nos muestra Bourdieu en su célebre texto *La distinción*, es una forma de *rechazo distintivo* en donde se juega, a través de los juegos de enclausamiento y distinción, la hegemonía de un estilo de vida legítimo convertido y reconocido como un juicio de gusto universal. En ese sentido, no es la reproducción por sí misma, sino la lucha lo que Bourdieu coloca en el epicentro de su análisis:

Los gustos (esto es, las preferencias manifestadas) son la afirmación práctica de una diferencia inevitable. No es por casualidad que, cuando tienen que justificarse, se afirmen de manera enteramente negativa, por medio del rechazo de otros gustos- en materia de gustos, más que en cualquier otra materia, toda determinación es

⁶² Hemos de recordar que según Michel Foucault una de las grandes insuficiencias teóricas de la tradición marxista es justamente la ausencia de herramientas descriptivas que nos permitan comprender la dinámica de la lucha de clases en su dinámica concreta. De acuerdo con Francisco Vázquez García, Foucault y Bourdieu coinciden plenamente en este aspecto: “En este rechazo a la concepción objetivista de las formas sociales -y por lo tanto de las “clases sociales”- como entidades preestablecidas de la realidad social, el planteamiento de Foucault coincide con la sociología de Bourdieu. Las clases no son entidades objetivas, esencias [...] En un curso impartido en el College de France en 1976, Foucault trazo toda una genealogía de la noción sociológica de “clase”, analizando la derivación del discurso histórico sobre las clases sociales y su lucha (Thiers, los Thierry, Guizot, Marx) a partir del discurso histórico sobre la guerra de “razas” teorizado tanto por los aristócratas oponentes a la Monarquía Absoluta en Francia (Boulainvillers) como por los estratos populares que participaron en la Revolución Inglesa (Coke, Lilburne)” (Vázquez García, 1997: pp. 154)

“negación”; y sin lugar a dudas, los gustos son, ante todo, disgustos, hechos horrorosos o que producen una intolerancia visceral ("es como para vomitar") para los otros gustos, los gustos de los otros. De gustos y colores no se discute: no porque todos los gustos estén en la naturaleza, sino porque cada gusto se siente fundado por naturaleza -y casi lo está, al ser *habitus*-, lo que equivale a arrojar a los otros en el escándalo de lo antinatural. La intolerancia estética tiene violencias terribles. La aversión por los estilos de vida diferentes es, sin lugar a dudas, una de las barreras más fuertes entre las clases: ahí está la homogeneidad para testificarlo” (Bourdieu, 1998: pp. 53-54).

En efecto, para el sociólogo francés el espacio social, si bien no adopta una estructura dualista, no es una superficie vacía que pueda articularse indefinida y arbitrariamente, sino una realidad objetiva que se encuentra estructurada por las condiciones materiales de existencia. La estructura social no sólo existe en estado objetivado, sino que está incorporado en los dispositivos simbólicos que los agentes sociales despliegan cotidianamente en sus prácticas, en lo que el sociólogo francés denomina *habitus*. Al respecto, dos alumnos de Althusser comentaban la riqueza de este planteamiento:

Enriqueciendo las relaciones de clase con sus dimensiones culturales y simbólicas, morales, psicológicas y corporales, Bourdieu reintrodujo a la vez a los individuos y la vida cotidiana en los análisis de clase. De allí el carácter personalmente implicante de la mayoría de sus textos. Mientras el espectáculo de enfrentamiento secular entre burguesía y proletariado podía contemplarse de lejos, sin implicación particular, la irrupción de lo cultural y de lo simbólico en las relaciones de clases no deja ya a nadie de lado. La lucha de clases se volvía cotidiana y se jugaba en las escenas más triviales de la vida de todos los días, públicas y privadas; en la mesa, en clase, en los comercios, los restaurantes, los bailes, las discotecas, en los cursos de tenis o en los terrenos de *footing* [...] El gusto más inocente es no solamente el efecto indirecto de una posición de clase, expresa también un posicionamiento que defiende un grupo social contra otros. (Baudelot y Establet, 2005: pp. 141).

Ahora bien, ¿cómo se construye una clase social? ¿Cómo pasamos de la existencia empírica de las clases a la existencia de una voluntad colectiva efectivamente movilizadora? A juicio de Bourdieu, la unidad de un grupo social nunca podrá obtenerse ni derivarse de ninguna forma de positividad social. El francés es consciente que, si bien el espacio social impone sus límites sobre las prácticas que pueden adoptar los agentes, la unificación y movilización de un grupo o una clase necesariamente requiere de la intervención de los mecanismos sociales de *representación política*, entendidos éstos en un sentido muy amplio y no necesariamente restringidos a los aparatos del Estado. La descripción que pueda dar el científico o el filósofo político es tan solo una “clase en el papel”, una clase teórica. Para que la existencia de las clases sociales en estado virtual se transforme en una clase real y cobren vida es necesaria la intervención del poder simbólico. En efecto:

Al mantener una marcada distinción entre la lógica de las cosas y las cosas de la lógica, incluso aquéllas que están mejor ajustadas a la lógica de las cosas (como las clases teóricas bien fundadas), podemos establecer varias proposiciones a la vez: en primer lugar, que las clases realizadas y movilizadas por y para la batalla de clases, “clases-en lucha”, como Marx las consideraría, no existen; en segundo lugar que las clases pueden asentir a una forma definitiva de existencia sólo al coste de un trabajo específico, del cual la producción específicamente teórica de una representación de las divisiones es un elemento decisivo; y en tercer lugar que es tanto más posible que esa labor política tenga éxito cuanto mejor “armada” se encuentre con una teoría bien fundada en la realidad, desde la cual el efecto que esta teoría puede ejercer es mucho más poderoso cuando lo

que ella le hace ver y creer a uno, está más presente, en un estado potencial, en la realidad misma (Bourdieu, 2001: pp. 114).

Y esta lucha no sólo es librada en los enclavamientos y la lucha simbólica cotidiana de cada agente social, sino ante por todos los procedimientos de producción y manipulación simbólica que los agentes especializados en la fabricación de grupos despliegan. Para resolver el enigma del misterio de ministerio y comprender a cabalidad la transición de una clase teórica probable designada por sus propiedades empíricas a una clase real efectivamente movilizadora, es necesario reinscribir el efecto de teoría y hacer explícito todo el inmenso trabajo político realizado por todos aquellos que detentan el monopolio de la representación y que han logrado instituirse como mediación política necesaria : “sindicalistas, políticos, gerentes estatales, encuestadores, periodistas e intelectuales”. Paradójicamente, menciona Bourdieu, el marxismo es la teoría que ha ejercido con mayor fuerza este acto de nominación sobre la “clase” y a su vez es la menos capaz y la menos interesada en integrar en el análisis de las clases los procedimientos de manipulación simbólica y los mecanismos retóricos encargados de fabricar un grupo. (Bourdieu, 1999: pp. 309). Para comprender a cabalidad la transición de la clase *en sí* a la clase *para sí*, resulta indispensable reinscribir todos estos actos de nominación y, sobre todo, la magia performativa de la palabra ligada a la posición de portavoz:

La clase existe en la medida, y sólo en la medida, en que mandatarios dotados de la *plenapotentia agendi* puedan estar y sentirse autorizados a hablar en su *nombre* -según la ecuación "El Partido es la clase obrera" o "la clase obrera es el Partido" [...] El modo de existencia de lo que hoy, en muchas sociedades (evidentemente diferentes) se llama la "clase obrera" es en verdad paradójico: se trata de una especie de *existencia mental*, de una existencia en el pensamiento de buena parte de los que las taxonomías designan como obreros, pero también en el pensamiento de los ocupantes de las posiciones más alejadas de aquéllos en el espacio social; esta existencia casi universalmente reconocida se basa, a su vez, en la existencia de una *clase obrera en representación*, es decir, de aparatos políticos y sindicales y de portavoces permanentes, vitalmente interesados en creer que tal clase existe y en hacérselo creer tanto a quienes se vinculan como a quienes se excluyen de ella, y capaces de *hacer hablar* a la "clase obrera" y con una voz única evocarla como se evoca a los espíritus, de invocarla como se invoca a los dioses o a los santos patronos, es decir, de exhibirla simbólicamente por medio de la *manifestación* [...] (Bourdieu, 1990: pp. 308. Cursiva del autor).

Al igual que Laclau, Bourdieu reconoce que las voluntades colectivas no pueden conformarse por fuera de los efectos performativos de la representación política. Sin embargo, el francés introduce un quiebre decisivo: los actos de nominación, al estar enraizados en las divisiones objetivas de clase, *forman parte de toda la lucha simbólica que es constitutiva de la lucha de clases*. La discusión acerca de la existencia o no existencia de las clases sociales ya forma parte de la lucha de clases en la medida que se despliegan luchas simbólicas para definir y orientar la manera en la cual los agentes serán percibidos y eventualmente movilizadores. Esas estrategias discursivas dependen de los intereses ligados a la posición objetiva que cada agente ocupa dentro del espacio social. Por lo tanto, no hay escisión entre la lucha de clases y la lógica política (o la razón populista) en la medida que el poder simbólico y las prácticas discursivas que los agentes pueden adoptar están condicionadas por la distribución desigual de las distintas formas de capital. Los actos performativos de nominación forman parte de la lucha de clases y el intento de imponer otros principios de percepción social es ya un arma política que busca desarticular la eventual unidad y antagonismo de las clases.

¿Populismo o lucha de clases?

A partir del planteamiento de Ernesto Laclau, hemos logrado explicitar cómo los dispositivos retóricos inciden en la producción de las voluntades colectivas y cómo la lógica política, lejos de ser una superestructura ideológica, es el campo simbólico en donde los grupos sociales son conformados y construidos como tales. Las voluntades colectivas no se derivan mecánicamente de la estructura económica y la *razón populista* es justamente el intento de hacer explícitas todas las mediaciones políticas que necesariamente se requieren para construir a un grupo social como un agente histórico efectivamente movilizado. La visión estrictamente clasista del marxismo, desde este punto de vista, ignora la radical indeterminación del campo social y la posibilidad de reagrupar a los agentes a partir de nuevas articulaciones hegemónicas que pueden asumir una pluralidad de identidades. Y la clase es una entre muchas otras.

Ahora bien, con la perspectiva de Pierre Bourdieu las cosas son distintas: el espacio social no es una superficie vacía que pueda ser articulada de cualquier forma. Al analizar la dimensión simbólica y cultural de las clases sociales, el sociólogo francés pone de manifiesto que las prácticas de clase, interiorizadas pre-reflexivamente en los *habitus* de cada agente, imponen límites objetivos a la manera en la cual los sujetos pueden agruparse. Si bien el espacio social no nos determina totalmente, eso no significa que no imponga nada. De igual modo, Bourdieu pone de *manifiesto que las condiciones materiales de existencia y la lucha simbólica no están escindidas*. Al contrario: todas las prácticas discursivas que los agentes sociales ponen en liza para construir a cada momento la realidad social, son un intento por reforzar o subvertir una posición objetiva al interior del espacio social. Bourdieu coincide con Laclau al momento de señalar que existe un arduo trabajo político (*el efecto de teoría*) para fabricar una voluntad colectiva; sin embargo, Bourdieu señala que toda esa lucha simbólica, lejos de constituir un elemento externo, *es ya un ingrediente constitutivo de la lucha de clases*.

Laclau acierta en cuestionar el estatuto ontológico de los grupos y en señalar que la clase es ya el producto de una articulación hegemónica; ignora, no obstante, que las prácticas articuladoras no operan en el vacío y son dispositivos enraizados en las diferencias de clase cuyo propósito apunta a “elevar o erosionar” a la clase como principio de percepción social⁶³. En efecto: “The struggle to elevate or erode

⁶³ Y como ya señalamos anteriormente citando a Santiago Castro Gómez, el filósofo argentino convierte las prácticas sociales en puro orden de significantes y otorga escasa atención a la manera en la cual la inercia de las disposiciones corporales condiciona y limita las prácticas articuladoras, pues el *habitus* de clase torna incompatible la equivalencia de unas demandas con otras. Más aún, la deconstrucción llevada a cabo por Laclau de la tradición marxista resulta selectiva; no parece tomar en cuenta los peligros inherentes al fetichismo de la representación de una vanguardia política, así como el hecho de que la pluralidad de demandas nunca podrán ser articuladas del todo con un artefacto discursivo. Como sostiene Moreno Pestaña: “Al populismo, cuando prescinde de la distancia entre los contextos de las clases populares y los de las clases dominantes, todo eso le fastidia y se quejan amargamente del reduccionismo materialista. Si además parten de una idea pobre de qué es determinación, los ingredientes para el voluntarismo y el nominalismo (todo se puede y todo es pueblo) pueden sazonar cualquier salsa social: los cabreados con la política del Museo Reina Sofía y los afectados con la explotación laboral son equivalentes. ¿Porque aquellos piensan en los problemas de estos, porque los convierten en motivo de su inserción en el campo, porque los trabajadores aprenden a expresarse con su lenguaje, porque pueden incorporar las herramientas culturales para resistir? Sin describir bien esa equivalencia, quién gana y quién pierde simbólicamente con ella, no comprenderemos nada” (Moreno Pestaña, 2015: pp. 95).

class as the paramount basis of social perception and action is waged most intensely in the upper reaches of social space, wherein the holders of the various forms of capital (economic, juridical, state-bureaucratic, religious, scientific, artistic, and so on) rival to determine their relative weight and prerogatives” (Wacquant, 2013: pp. 288).

4.- Las promesas no cumplidas de Michel Foucault. Loïc Wacquant y la emergencia del Estado penal

En el capítulo anterior señalamos que el análisis de Foucault de la gubernamentalidad neoliberal (particularmente su tratamiento del neoliberalismo norteamericano de la escuela de Chicago) concluía con un pronóstico que posteriormente se encargó de popularizar el filósofo Gilles Deleuze, el cual nos advierte sobre un supuesto desplazamiento al interior de los mecanismos de control en las sociedades contemporáneas: según Deleuze y Foucault, pasamos de una sociedad disciplinaria a una de control, de los viejos dispositivos de encierro de la sociedad industrial y mercantil a la proliferación de tecnologías de tipo ambiental en donde la conducta de los gobernados es ahora controlada modelando molecularmente los deseos, es decir, preformando las condiciones previas y las bases materiales a partir de las cuales se desarrolla el curso de la acción. En el neoliberalismo, nos dice Foucault, se trata ahora no tanto de encerrar o reprimir a los individuos, sino de establecer un cálculo para definir las variables del medio en espacios abiertos, generalizar la forma empresa como unidad operativa universal y gobernar incidiendo indirectamente sobre la conducta de los individuos, presuponiendo y produciendo permanentemente la libertad de los gobernados (y que éstos sean capaces de gestionar los riesgos de su propia existencia) a través de métodos que toman como blanco no directamente al cuerpo del individuo (la disciplina, como ya mostramos, es un mecanismo productor de subjetividad y, por lo tanto, fundamentalmente individualizador), sino la “acción a distancia” sobre la población.

Como mostramos en el capítulo II, Foucault llegó incluso a afirmar que las tecnologías neoliberales de gobierno no requerían necesariamente de la exclusión de aquello que permanecía irreductible a los sistemas de normalización, pues no existía la pretensión de diseminar un sistema disciplinario exhaustivo ni de precipitarse moral y simbólicamente sobre la experiencia de los individuos. Por el contrario, la gestión del crimen, como cualquier fenómeno susceptible de un análisis de riesgos, implementaría un procedimiento puramente técnico y no interpelante ni moralizador⁶⁴. Según la descripción de Foucault, la lógica del neoliberalismo es fundamentalmente fragmentaria, múltiple, movediza y es una forma de gobierno que prescinde abiertamente de cualquier tipo de visión unitaria, totalizadora o epistémicamente privilegiada (Lagasniere, 2015: pp.45). El neoliberalismo, según el francés, gobierna a través de la multiplicidad y la heterogeneidad y no a través de la homogenización ni el encierro.

Ahora bien, Loïc Wacquant es un sociólogo francés, discípulo directo de Pierre Bourdieu, que ha elaborado la descripción sociológica quizá más acabada del neoliberalismo “realmente existente” y cuyas observaciones resultan decisivas al momento de aquilatar a cabalidad la manera en la cual se han venido reconfigurando las viejas estructuras disciplinarias en casi todas las sociedades avanzadas⁶⁵, al grado, que

⁶⁴ Santiago Casto Gómez nos recuerda: “El relajamiento de los mecanismos disciplinarios y punitivos en las sociedades democráticas contemporáneas no obedece al humanitarismo libertario, sino que es producto de una tecnología de gobierno ambiental sobre la conducta” (Castro Gómez, 2010: pp. 216-217).

⁶⁵ A mi juicio, más que descubrir si efectivamente Foucault profesaba una secreta simpatía por el neoliberalismo o reprocharle su falta de indignación frente a la gubernamentalidad neoliberal, me parece más provechoso preguntarnos hasta qué punto su diagnóstico es correcto y contrastar sus análisis con la información con la que actualmente

podemos sostener con toda legitimidad que el programa, el diagnóstico y las características de la penalidad que Foucault esbozó en su curso sobre el neoliberalismo norteamericano no se realizaron nunca. Por el contrario, el sociólogo reporta que a partir de los inicios de la década de los 70, justo después del enfrentamiento suscitado en la cárcel de Attica en donde el país había alcanzado el índice de encarcelación más bajo en su historia (Wacquant, 2010a: pp. 179), la población carcelaria en Estados Unidos comenzó a experimentar un incremento voraz y vertiginoso hasta la década de los 90, alcanzando en 2001 la cifra de más de dos millones de presos (Wacquant, 2010a: pp. 46). En veinticinco años Estados Unidos se volvió “cinco veces más punitivo” que antes mientras la curva del delito no sufrió ningún cambio significativo; por el contrario, se mantuvo constante. Lo que sí experimentó un cambio radical fue la percepción social del delito con el florecimiento de una nueva industria cultural, conformada principalmente por los medios de comunicación, *think tanks* conservadores y una literatura pseudoacadémica cubierta de una espesa capa de moralismo político.

Encargados de producir imágenes apocalípticas en torno al problema de la delincuencia, estos actores (principalmente los medios de comunicación) se coordinaron para saturar el debate público con el tema de la inseguridad, disociar los conflictos urbanos de sus causas y convertir la lucha contra el delito en un auténtico “teatro de moralidad” que posibilita la reafirmación ritual de las autoridades y los partidos políticos en turno (todas las campañas electorales son orquestadas tomando como punto referencia el problema del delito. Ningún candidato promete bajar el índice de desempleo). Más aún, en la actualidad la lucha contra el crimen organizado⁶⁶ es el único ámbito en donde el Estado puede obtener legitimidad y

disponemos. La tesis que intentamos defender en el presente trabajo consiste justamente en señalar algo que de cierta forma resulta bastante obvio a estas alturas: las instituciones de encierro en el neoliberalismo, lejos de relajarse y ocupar una posición periférica en la sociedad neoliberal, se han fortalecido y expandido como nunca antes en la historia. Cómo sostiene Francisco Vázquez García a propósito de Foucault: “Pero claro, estas políticas llevaban poco tiempo funcionando a comienzos de los ochenta –pienso por ejemplo en la sustitución de las medidas asistenciales por la política carcelaria en USA, analizada por Loic Wacquant, un proceso que Foucault, sin duda, desconocía- y menos aún en Francia [...] Al mismo tiempo, creo que lo interesante no es tanto el personaje y sus errores sino la utilidad actual de los instrumentos que nos legó. Sus análisis de la gubernamentalidad neoliberal, ¿siguen siendo válidos a la hora de detectar las fortalezas y los puntos débiles de estas estrategias?; ¿permiten hacer inteligible la experiencia de indignación que tales prácticas de gobierno suscitan en la hora presente o se trata de trastos teóricos inservibles? Este es, me parece, el asunto principal, más allá de las polémicas tribales entre foucaultianos y antifoucaultianos” (Vázquez García, 2013: pp. 119-120). De igual modo, nos alejamos del cuestionamiento que Santiago Castro Gómez dirige en contra de Foucault, el cual le reclama al pensador francés haber engendrado una actitud esteticista y antiestatista que se contenta con trastocar la subjetividad a un nivel puramente molecular, siempre a espaldas de las instituciones políticas. El colombiano jamás cuestiona ni pone en tela de juicio el relato según el cual habríamos transitado de una sociedad disciplinaria a una de control y la población carcelaria sería progresivamente descomprimida al hacer proliferar instituciones terapéuticas no disciplinarias por todo el cuerpo social, a pesar de que la evidencia contrafáctica resulta a estas alturas escandalosa.

⁶⁶ A falta de un enemigo externo y una polarización ideológica con referentes claros (el comunismo como enemigo ideológico), de Giorgi, exponiendo el planteamiento de Simon, nos dice que la lucha contra el delito es la única instancia donde el Estado puede producir un consenso social y encontrar legitimidad, justo en el instante que proclama su impotencia en materia económica y social. En palabras del italiano: “Simon sugiere que la delincuencia se ha convertido en una oportunidad para el despliegue de un discurso político “de frontera”, en el que pueden emerger actitudes “sectarias”. La “transversalidad” de la delincuencia abre la posibilidad de una retórica del “bien contra el mal”, por la cual el Estado puede presentarse a sí mismo como el defensor de un “nosotros” no especificado contra cualquier “otro” conveniente [...] El discurso mediático de la delincuencia como un importante problema social que afecta a los ciudadanos honestos, habilita la construcción social de algunas categorías de personas –los pobres, los jóvenes afro-americanos, la “underclass”– como un “enemigo público” contra el cual una guerra debe ser librada. Y esta guerra –la guerra contra la delincuencia– desempeña un papel fundamental al legitimar, a los ojos del público, un Estado-nación deslegitimado” (De Giorgi, 2009: pp. 59-60).

reafirmar la soberanía justo “en el mismo momento en que a esta soberanía la está violando la movilidad descontrolada del capital y la integración jurídico-económica en los agrupamientos políticos supranacionales” (Wacquant, 2014: pp. 200). En palabras del sociólogo:

Esas políticas punitivas se transmiten en todas partes a través de un discurso alarmista, incluso catastrófico, sobre la inseguridad, acompañado de imágenes marciales y difundido hasta el hartazgo por los medios de comunicación comerciales, los principales partidos políticos y los profesionales del mantenimiento del orden (oficiales de policía, magistrados, juristas, expertos y comerciantes de la seguridad urbana que brindan servicios y asesoramiento), que rivalizan para proponer soluciones tan drásticas como simplistas. Entramado de amalgamas, aproximaciones y exageraciones, ese discurso es ampliado y ratificado por las producciones prefabricadas de cierta sociología de café que impudicamente pone en el mismo saco disputas en los patios de las escuelas, grafitis callejeros y disturbios en barrios suburbanos abandonados a su propia suerte, de conformidad con las exigencias del nuevo sentido común político (Wacquant, 2010a: pp.30).

Si bien el trabajo sociológico de Wacquant se concentra primordialmente en el caso particular de los Estados Unidos (y varios países de la unión europea) el marco analítico que utiliza es muy distinto a la analítica de gubernamentalidad de Foucault (como decíamos, está inspirado en la sociología de Bourdieu), los alcances de su investigación no se reducen a un interés puramente regional o empírico: el autor de *Castigar a los pobres* sostiene que el estudio del advenimiento del Estado penal norteamericano, lejos de reducirse a un caso empírico particular, sirve como plataforma teórica para comprender a cabalidad la esencia de la revolución neoliberal, la cual no puede comprenderse de manera correcta sin el tomar en consideración el brazo punitivo del Estado como un componente orgánico del nuevo régimen neoliberal. En efecto, el discípulo de Bourdieu ha logrado registrar una tendencia similar en muchos países donde el paquete de las políticas neoliberales lograron imponerse y justo en una coyuntura histórica e intelectual en donde la gran mayoría de los analistas (entre ellos Foucault) pronosticaban el declive definitivo e irreversible de las cárceles frente a la evidencia irrefutable de sus efectos crimogénicos y no rehabilitadores⁶⁷.

En ese periodo, tanto la “teoría homeostática” Alfred Blumstein como la teoría revisionista de David Rothman y Foucault (y en general la teoría criminológica de ese momento) auguraban la emergencia de nuevas tecnologías de control social destinadas a sustituir el confinamiento disciplinario (Wacquant, 2010a: pp. 180). Sin embargo, la tendencia, sorprendentemente y en contra todo pronóstico, comenzó a dirigirse en un sentido opuesto y es justo en esa medida que resulta legítimo afirmar que el hiperencarcelamiento del siglo XX, lejos de ser un mero instrumento técnico temporal cuya función es preparar la transición hacia el “gobierno pequeño” del neoliberalismo, es un elemento constitutivo y una institución política fundamental en la dinámica, configuración y legitimidad actual del Estado neoliberal:

Cuando Michel Foucault (1975) publicó *Surveiller et punir* [...] el consenso internacional entre los analistas de la escena penal era que el presidio era una institución obsoleta y desacreditada. El confinamiento era unánimemente visto como una reliquia de una época ya pasada del castigo destinada a ser suplantada por

⁶⁷ Wacquant nos dice que en 1973: “Ese mismo año, la National Advisory Commission on Criminal Justice Standards and Goals, un grupo de expertos encargado de evaluar el estado del sistema judicial, presentó un informe al presidente Nixon que recomendaba cerrar los centros de detención juveniles y suspender la construcción de cárceles durante una década. Esa comisión gubernamental observó, por un lado, que lejos de contener la inseguridad, el encarcelamiento la alimenta a través de su acción crimogénica [...]” (Wacquant, 2010a: pp. 197).

sanciones alternativas e intermedias en la “comunidad” (éste fue el punto máximo del llamado “movimiento anti-institucional en psiquiatría” y de la movilización a favor de la “excarcelación” en criminología). El propio Foucault [...] enfatizó que “la especificidad de la prisión y su rol como encierro están perdiendo su razón de ser con la difusión de disciplinas carcelarias “a través de todo el cuerpo social” y la proliferación de agencias encomendadas para “ejercer un poder de normalización”. Desde entonces, contra todas las expectativas, el índice de encarcelación ha prosperado prácticamente en todos lados: se ha quintuplicado en Estados Unidos y duplicado en Francia, Italia e Inglaterra; se ha cuadruplicado en los Países Bajos y Portugal y sextuplicado en España (Wacquant, 2014: pp. 188)

En se sentido, es posible rastrear tanto en Estados Unidos como en los países de Europa occidental así como América Latina⁶⁸ (México incluido⁶⁹) la internacionalización de un nuevo proyecto político caracterizado por una retracción radical del Estado social y el ensanchamiento ilimitado del aparato punitivo del Estado penal. Se trata de un “nuevo sentido común punitivo” con alcances planetarios⁷⁰ (Wacquant nos habla incluso de “la tormenta global de la ley y el orden”) cuya trayectoria ha seguido fielmente la instauración de los mandatos de las políticas neoliberales en prácticamente todos lados donde el neoliberalismo se impuso. Ahí donde el neoliberalismo triunfe, nos dice el autor de *Parias urbanos*, vendrá acompañado de un gigantesco aparato carcelario. En otras palabras, de acuerdo con la tesis difusionista de Wacquant, la tendencia política en las sociedades contemporáneas actuales, inspiradas directamente en el gobierno de Estados Unidos, apunta a sustituir progresivamente las políticas de bienestar del Estado keynesiano por un Estado carcelario hiperactivo cuya función se reduce a poner en escena la “contención punitiva” como la técnica privilegiada al momento de gobernar y hacerse cargo de la trayectoria y el destino de todos aquellos miembros de la clase trabajadora que han quedado atrapados en la vorágine despiadada del nuevo régimen laboral del “empleo inseguro” y sus políticas de desregulación económica.

En rigor, es la retracción al mínimo de eso que Pierre Bourdieu llama la “mano izquierda del Estado”, aquella que puede cumplir una función redistributiva y eventualmente ampliar las posibilidades de vida de la clase trabajadora, y la progresiva instauración de la “mano derecha” (el “brazo viril” del Estado), representada por la policía y los tribunales de justicia, como el único mecanismo de regulación social capaz de determinar la trayectoria de todos aquellos que ocupan la posición más baja en la estructura étnica y de clases (Wacquant, 2010a: pp. 35). Para dar cuenta a cabalidad de este fenómeno, el estudio de la penalidad neoliberal, sostiene Wacquant, implica al menos tres rupturas analíticas imposibles de soslayar.

⁶⁸ A propósito de América Latina, Wacquant sostiene que en muchos países se han venido instrumentando las mismas soluciones punitivas inspiradas en el gobierno norteamericano. A este fenómeno, el sociólogo lo denomina el “efecto Guliani”: “Desde ese punto de vista, las sociedades de América Latina que se habían embarcado en una precoz experimentación con la desregulación económica radical (es decir, una nueva regulación a favor de las empresas multinacionales) y caído luego bajo la tutela de las organizaciones financieras internacionales que imponen dogmas monetaristas, ofrecían el terreno más propicio para la adopción de versiones duras del populismo penal y la importación de las estrategias norteamericanas en la lucha contra el delito” (Wacquant, 2012a: pp. 210).

⁶⁹ “En México, la población penitencia se incrementó en más de 100% entre 1992 y 2003. En números reales, esto significó el aumento de la población penitenciaria de 87.700 en 1992 a 177.500 en 2003” (Muller, 2012: pp.413).

⁷⁰ La difusión internacional de la penalidad neoliberal no debe entenderse como una estrategia deliberada de una élite política malévol o como una “necesidad sistémica entre capitalismo, racismo y panopticismo”, sino como el efecto conjunto de todo un entramado de “luchas que involucran a muchos actores e instituciones que intentan reformar tal o cual sector o prerrogativa del Estado de acuerdo con sus intereses materiales y simbólicos” (Wacquant, 2010a: pp.24).

Separar el crimen del castigo

La primera consiste en “separar al crimen del castigo”, abandonar el sentido común de la jurisprudencia o el mal periodismo y no entender el aparato penal como una reacción natural o espontánea frente al delito, motivado única y exclusivamente por la irresponsabilidad individual del delincuente, sino como una tecnología política a través de la cual se producen, administran y regulan las desigualdades sociales (Wacquant, 2014: pp. 227). En ese sentido, el retorno del presidio en la segunda mitad del siglo XX y los albores del XXI en los Estados Unidos no es una respuesta espontánea a la inseguridad penal (cuyos datos estadísticos, al menos en Estados Unidos, indican que el delito no se incrementó significativamente, sino que se mantuvo más bien constante), sino “a la inseguridad social originada por la precarización del trabajo asalariado y a la ansiedad étnica generada por la desestabilización de las jerarquías de honor establecidas (correlativo al colapso del *gueto* negro en los Estados Unidos y al establecimiento de poblaciones inmigrantes y los progresos en la integración supranacional en la Unión Europea)” (Wacquant, 2014: pp. 188). A diferencia de otros influyentes teóricos como David Garland, Wacquant asegura que el auge del Estado penal en Estados Unidos no obedece a un incremento real de la delincuencia en donde supuestamente las clases medias serían las más afectadas al tener el mayor índice de victimización⁷¹ (Wacquant, 2010a: pp. 422). Por el contrario, el sociólogo francés defiende la hipótesis de que el experimento carcelario norteamericano es un proyecto político que acompaña una situación de inseguridad social y mental generalizada, derivada directamente del régimen laboral impuesto por el neoliberalismo y la disolución definitiva del “pacto fordista keynesiano” como mecanismo de regulación social.

A partir de la década de los 70, como enumera acertadamente Ignacio González Sánchez a propósito del planteamiento de Wacquant, en Estados Unidos comenzaron a gestarse dos grandes transformaciones en el nuevo régimen socioeconómico, una de carácter cuantitativo y otra cualitativa. En primer lugar, una gran masa de individuos (miles) fue expulsada del mercado de trabajo con la extinción de muchos empleos que ya no se necesitan debido a la automatización laboral y las nuevas tecnologías de la información, así como el continuo desplazamiento de la tradicional mano de obra del proletariado industrial (arraigada en fuertes valores nacionales) por trabajadores migrantes del tercer mundo que laboran bajo condiciones sociales inéditas en la historia. En segundo, las condiciones laborales existentes hasta ese momento comenzaron a experimentar un proceso irreversible de degradación en donde los derechos laborales, fundamentalmente de la clase trabajadora, fueron progresivamente debilitados y en algunos casos definitivamente suspendidos, de tal modo que el trabajo precario e inseguro se convirtió en norma y las condiciones laborales existentes dejaron de ofrecer garantía social alguna. (González, 2012: pp. 249).

En rigor, un sector considerable de trabajadores pertenecientes a la clase obrera tradicional del anterior periodo se ha vuelto enteramente prescindible para el nuevo régimen del capitalismo posindustrial y el giro punitivo acaecido en Estados Unidos a partir de la década de los 70, lejos de ser una reacción

⁷¹ A juicio de Wacquant, el clima de ansiedades securitistas que gobierna la vida de la clase media y alta no es más que la materialización simbólica de las condiciones objetivas que rigen la vida del proletariado postindustrial. Por esa razón, como ya señalamos, enfatiza el hecho de que actualmente se vive una situación de inseguridad social, no penal: “Para ser más precisos, las corrientes de ansiedad social que invaden a la sociedad avanzada se basan en la inseguridad social objetiva de la clase trabajadora postindustrial, cuyas condiciones materiales se han deteriorado con la difusión del trabajo inestable y mal remunerado, despojado de sus «beneficios» sociales habituales” (Wacquant, L. 2010a: pp. 422).

natural a un supuesto incremento de la delincuencia (que como señalamos anteriormente, el delito se mantuvo constante en mucho tiempo) debe entenderse como una estrategia política que busca reconstruir la configuración del Estado de cara a las nuevas condiciones laborales impuestas por la revolución neoliberal. El recurso al hiperencarcelamiento como estrategia de contención punitiva y segregación espacial responde a este clima generalizado de inseguridad social, laboral y psíquica, no penal. En las grandes ciudades existe una gran masa de individuos que es probable que no vuelvan a conseguir trabajo nunca más y “cuyo horizonte de vida tiende a coincidir con los límites de un gueto” (De Giorgi, 2006: pp. 48).

Por lo tanto, el declive del Estado social al interior del continuo proceso de desregulación económica requiere y exige necesariamente el auge y la grandeza del Estado penal al momento de enfrentar y hacerse cargo de las contradicciones sociales irresolubles que este nuevo régimen económico alimenta (Wacquant, 2010a: pp. 49). El hiperencarcelamiento⁷² en los Estados Unidos, como ya decíamos, no es un mero accidente ni un atributo puramente secundario del neoliberalismo (ni su perversión), sino un componente esencial del Estado neoliberal cuya inextricable necesidad se deriva necesaria y directamente de las consecuencias y desigualdades más devastadoras que este nuevo sistema de marginalidad urbana produce, engendra y es incapaz de solventar⁷³. De acuerdo con Wacquant:

Junto con el trabajo remunerado fordista, el Estado keynesiano, que operó como una fuente de solidaridad y cuya misión fue contrarrestar los ciclos recesivos de la economía de mercado, proteger a las poblaciones más vulnerables y reducir las inequidades más flagrantes, ha sido reemplazado por un Estado que podría calificarse como neodarwinista, en la medida en que promueve la competencia y celebra la responsabilidad individual sin límites, cuyo homólogo es la irresponsabilidad colectiva, es decir, también política. El Leviatán se limita entonces a sus funciones exclusivas de mantenimiento del orden, hipertrofiadas y deliberadamente alejadas de su entorno social, y a realizar su misión simbólica de reafirmación de los valores comunes a través de la anatematización pública de las categorías anómalas [...] (Wacquant, 2010a: pp. 34)

La mano izquierda y la mano derecha del Estado. La noción de campo burocrático

En segundo lugar, la otra ruptura efectuada por Wacquant nos advierte sobre la necesidad de integrar en un mismo modelo explicativo los cambios, los desplazamientos y las transferencias de recursos efectuadas en las *políticas sociales* y en las *políticas penales*, puesto que en la práctica operan conjuntamente, se encuentran causalmente relacionadas en la misma dinámica social y el presupuesto destinado a las primeras será progresivamente incorporado a las segundas (como la desinstitucionalización de los así denominados enfermos mentales en el sector psiquiátrico y su reinstitucionalización permanente en el sector

⁷² Wacquant distingue entre “encarcelamiento masivo” e hiperencarcelamiento. Según el sociólogo francés, la diferencia radica en la “extrema selectividad” del proceso de encarcelamiento, por lo cual sugerir algo así como un “encarcelamiento masivo” resulta engañoso y peligroso, puesto que da entender que la distribución del castigo es homogénea, indiferenciada y se disemina por todo el cuerpo social. Si bien actualmente los dispositivos de vigilancia y de control tienen un impacto decisivo en la experiencia de todos los sujetos, hay que “[...] hacer hincapié en la *extrema selectividad de la penalización* de acuerdo a la posición de clase, la membrecía étnica o el estatus cívico, y el lugar de residencia; una selectividad que es una característica constitutiva (y no un atributo accidental) de la política de la administración punitiva de la pobreza” (Wacquant, 2014: pp. 201. *Cursiva del autor*).

⁷³ “Esa transformación es la respuesta burocrática de las élites políticas a las mutaciones del trabajo asalariado (cambio a los servicios y a la polarización de las ocupaciones, flexibilización e intensificación del trabajo, individualización de los contratos laborales, discontinuidad y dispersión en las carreras ocupacionales) y sus efectos devastadores en los niveles más bajos de la estructura social y espacial” (Wacquant, 2010a: pp. 33-34)

carcelario⁷⁴). En efecto: “*La miseria de los programas asistenciales y el esplendor de las cárceles y las prisiones de Estados Unidos en este cambio de siglo son las dos caras de una misma moneda política*” (Wacquant, 2010a: pp.414. Cursivas del autor). Para efectuar esta ruptura, nos dice Wacquant, es importante recuperar la noción bourdiano (poco conocida pero poderosa, afirma el sociólogo) de campo burocrático. Es decir, en vez de entender el Estado como un monolito plenamente cohesionado que cumple una función unidireccional⁷⁵, hay que resituarlo como un espacio mucho más heterogéneo y pluralista en donde distintas fuerzas actúan para imponer sus intereses tanto materiales como simbólicos.

En rigor, el Estado, lejos de ser una instancia monolítica y plenamente centralizada, funciona a la manera de un “campo burocrático” estructurado en torno a una escisión fundamental que condensa las luchas que se han efectuado históricamente al interior del Estado en las sociedades modernas: la mano izquierda y la mano derecha del Estado. La primera corresponde a las instituciones de protección social encargadas de proveer “educación pública, salud, vivienda, asistencia” y leyes laborales que protejan los derechos de los trabajadores. La segunda pertenece a la economía, finanzas, los recortes presupuestarios, las políticas de desregulación económica y Wacquant argumenta, a partir de los resultados obtenidos en su

⁷⁴ Desmontando la creencia habitual según la cual los enfermos mentales son tratados con indulgencia y exculpados sistemáticamente de sus responsabilidades ante la ley, Wacquant asegura que “hay un índice desproporcionado de arrestos callejeros” sobre las personas que son identificadas como enfermas (las cuales tienen el doble de probabilidad de ser arrestadas en las grandes ciudades) y estos arrestos se “combinan con el crecimiento explosivo de los registros penales computarizados [...] para fortalecer la tendencia de las autoridades a desviar su tratamiento de la salud pública al ala penal del Leviatan” (Wacquant, 2010a: pp. 118). Tras un largo proceso de desinstitucionalización psiquiátrica, los grandes hospicios de Estados Unidos fueron cerrados y supuestamente serían sustituidos por “centros comunitarios” de atención social. Sin embargo, esas “clínicas comunitarias” nunca fueron construidas “debido a la falta de financiamiento público” (Wacquant, 2010a: pp. 160). En la misma tendencia, durante el año de 1999 fue promulgada la así denominada Ley de Kendra, la cual autoriza a poner bajo control judicial a todos aquellos pacientes que se nieguen o sean incapaces de seguir un tratamiento psiquiátrico, sin la necesidad de haber cometido delito alguno. Por lo tanto, las estrategias de medicalización o socialización ceden su lugar a una forma de punición preventiva con base en un diagnóstico de *peligrosidad*, lo cual *sanciona, no los actos del paciente en tanto sujeto, sino la pertenencia a un perfil poblacional portador de riesgo*. Wacquant sostiene que el destino de los enfermos mentales en las grandes ciudades constituye una situación paradigmática que revela a la perfección el “vínculo causal” entre la desaparición del Estado social y el crecimiento exponencial del Estado penal. Un caso extremo fue el de Manuel Babbit, un exsoldado del aguerra de Vietnam quien, a diferencia de Theodor Kaczynski (el Unabomber) que logró salvar su vida debido a su origen de clase y color de piel, fue condenado a la pena de muerte después una vida accidentada y llena de sufrimientos. Según Wacquant: “En dos décadas, Babbit recorrió la gama completa de infracciones y penas, desde la libertad condicional pasando por el encarcelamiento hasta la muerte, sin nunca haber activado algún mecanismo o encontrado un tope capaz de detener su decadencia social y mental y parar la escalada penal correspondiente. Con toda lógica: la forma extrema de la gestión punitiva de la miseria ¿no consistiría en suprimirla por medio de la eliminación física de quien la padece?” (Wacquant, 2010b: pp. 166). De igual modo, como afirma Bruno Lutz de manera elocuente, en la cárcel los enfermos mentales son el blanco predilecto de las novatadas y el maltrato de otros reclusos, así como su propensión al suicidio es mucho mayor: “Imposibilitados muchos de ellos para ejercer un oficio remunerado, condenados al oprobio de una sociedad capitalista que glorifica a los ganadores y pisotea a los perdedores, los locos encarcelados son víctimas de las peores infamias. Los cuerpos de esos pobres son lacerados sin cesar por tempestades de ignominias aceptadas si no es que fomentadas por las autoridades penitenciarias” (Lutz, 2013: pp. 188).

⁷⁵ “Para elucidar la transformación paternalista de la penalidad en este cambio de siglo, necesitamos salir del binomio “crimen y castigo”, pero también exorcizar de una vez y para siempre el fantasma de Louis Althusser, cuya concepción instrumentalista de Leviatan y la cruda dualidad del aparato ideológico y del represivo obstaculiza gravemente la antropología histórica del Estado en la era neoliberal. Siguiendo a Bourdieu, debemos prestar plena atención a la complejidad interna y la recomposición dinámica del campo burocrático, así como al poder constitutivo de las estructuras simbólicas de penalidad para comprobar la intrincada mezcla del mercado y la disciplina moral en los ámbitos de la economía, la asistencia y la justicia penal” (Wacquant, 2010a: pp. 436).

investigación, que es necesario reintroducir *a la policía y los tribunales como elementos constitutivos de la mano derecha del Estado*. Bajo este modelo, lo que caracteriza al Estado neoliberal es que la mano izquierda queda totalmente subordinada a la mano derecha, la cual tiende a imponer su lógica panóptica y segregativa a través de todas las instituciones, de tal modo que la miseria y reducción de los programas asistenciales están genéticamente vinculados con la progresiva severidad del brazo penal del Estado neoliberal. Desde el origen del capitalismo, el encarcelamiento y la ayuda pública son dos de las estrategias predilectas que los Estados han alternado de manera conjunta al momento de regular a la población excedentaria que se mostró reticente al orden moral y a la disciplina impuesta por el capitalismo; en ese sentido, deben ser estudiadas como dos estrategias que se complementan y se coordinan históricamente⁷⁶.

En efecto, “la mano izquierda y la mano derecha del estado se unen para efectuar la “doble regulación punitiva” de las fracciones inestables del proletariado post-industrial” (Wacquant, 2014: pp. 188). Además, Wacquant sostiene que la progresiva colonización del campo burocrático por parte de la policía y los tribunales puede ser leída como una reacción derechista a las transformaciones culturales, económicas y sociales que el movimiento feminista y antirracista había conquistado en la escena política contemporánea, particularmente la demanda y la exigencia de derechos universales para todos los ciudadanos (Wacquant, 2010a: pp. 410). Se trata de la instauración de eso que el autor de *Las cárceles de la miseria* denomina la “*remasculinización* del Estado”, un proceso donde el “suave seno social” del Estado se trastoca en un “duro puño penal” que sirve para reafirmar la autoridad viril de los gobernantes. De este modo pasamos a la total preponderancia de la responsabilidad individual (entendida única y exclusivamente como la responsabilidad penal de aquellos sectores que son identificados como la causa de los desórdenes urbanos) en detrimento de la reivindicación de los derechos más elementales.

En ese sentido, la primacía absoluta de la agenda de la ley y el orden tiende a invisibilizar el hecho de que los Estados en las sociedades contemporáneas cuentan con al menos tres estrategias distintas para enfrentar los desordenes y las desviaciones suscitadas en las grandes ciudades⁷⁷ (Wacquant, 2010a: pp. 25). Wacquant nos dice que la primera es la socialización, la cual considera la desviación como un fenómeno colectivo en donde actúan los mecanismos y las estructuras sociales, no sólo individuales. Por ejemplo, para contrarrestar el incremento de los “sin techo” en el paisaje urbano, este mecanismo toma en cuenta las desigualdades sociales y se procede a otorgar una vivienda subsidiada o un empleo con los ingresos suficientes para poder costear una renta en el mercado de alquileres. La segunda es la medicalización, la cual asume que las transgresiones al orden se derivan de patologías individuales; si una persona vive en la calle es debido a que es drogadicta o sufre deficiencias mentales y, en ese sentido, se implementa una

⁷⁶ Como sostiene Ignacio González Sánchez: “Política social y política penal tienen los mismos orígenes históricos, apareciendo en el paso del feudalismo al capitalismo en el siglo XVI, cuando la ayuda a los pobres y el encierro de los segmentos de población reacias a amoldarse al nuevo orden socioeconómico eran las principales herramientas que permitían contener los desórdenes y mantener a aquéllos que quedaban en el margen. De la misma manera, hay que contemplar los profundos cambios en ambas políticas a finales del siglo XX como mecanismos que responden a los desórdenes introducidos por el neoliberalismo” (González, 2012: pp.238-239).

⁷⁷ Según Wacquant, siguiendo a Chesnais, existe toda una narrativa en la modernidad y en las sociedades actuales que tiende a asociar de manera injustificada la violencia con la “violencia urbana” y a afirmar taxativamente que la violencia siempre es nueva, continua y se incrementa de manera exponencial, sin importar su conexión con la realidad (Wacquant, 2010a: pp. 351). Una de las características de la penalidad neoliberal, prosigue el francés, es que el discurso hipersecuritista satura a tal grado el debate público que cualquiera puede presentarse y lo que salga de su boca será tomado en cuenta para la cantaleta represora del día. (Wacquant, 2010a: pp. 354). Además, la penalidad es una “profecía circular” que invariablemente se realiza: si la delincuencia disminuye, los datos mienten y hay impunidad; si aumentan, entonces hace falta mano dura.

solución estrictamente médica, invisibilizando las causas sociales de la desviación que el mecanismo de socialización sí contempla.

La tercera estrategia es la punición, la cual no trata de comprender una situación de sufrimiento personal o de restituir una desigualdad social al contextualizar el acto delictivo; por el contrario, en la punición “[...] no se trata de comprender una situación de sufrimiento individual ni de contrarrestar una falencia social; el nómada urbano es categorizado como un delincuente [...] y tratado como tal deja de pertenecer a los «sin techo» apenas se le coloca tras las rejas. La «construcción legal de la situación de quien no tiene hogar como instinto de supervivencia» socava sus derechos, lo reduce a un no ciudadano y facilita su enjuiciamiento penal” (Wacquant, 2010a: pp. 25). El discurso hipersecuritista y el tropo de la responsabilidad individual⁷⁸ (el cual ridiculiza la forma de razonamiento sociológico, considerado pusilánime y desresponsabilizador) tiende a ocultar el hecho de que los campos burocráticos en las sociedades avanzadas cuentan con al menos otras dos estrategias para sopesar los conflictos urbanos.

Los efectos simbólicos y las funciones expresivas de la penalidad

Por último, la tercera ruptura para abordar satisfactoriamente el estudio de la penalidad neoliberal, nos dice Wacquant, consiste en superar la eterna escisión entre los enfoques materialistas y culturalistas, económicos y simbólicos representados en las figuras emblemáticas y antagónicas de Karl Marx y el sociólogo Émile Durkheim, principal rival teórico del filósofo alemán. Según el francés, no es posible comprender el funcionamiento actual del Estado penal neoliberal bajo el tradicional tópico de la represión capitalista, puesto que la penalidad neoliberal no obedece a los mismos principios que el complejo carcelario del capitalismo industrial; por el contrario, constituye un experimento histórico genuinamente novedoso cuya singularidad deber ser explicitada. El enfoque estrechamente economicista (que no corresponde tanto a Marx, sino a cierta criminología de inspiración marxista⁷⁹) pasa por alto muchas cosas y, como denunció atinadamente Foucault a propósito de la hipótesis represiva, el discurso de la represión comúnmente tiende a fundirse (como una auténtica entidad derrideana) con aquello que critica. En contraste, para comprender a cabalidad la dinámica del Estado penal contemporáneo es necesario integrar tanto la dimensión material como la simbólica que se deriva de toda política pública para hacer explícitos los efectos simbólicos que necesariamente acarrearán las actividades punitivas del Estado, reintroduciendo todo lo que este estrecho modelo economicista minimiza o infravalora como una mera realidad epifenomenica o superestructural⁸⁰.

⁷⁸ Como señala Wacquant, el tropo cultural de la responsabilidad individual del neoliberalismo permanece circunscrito a la responsabilidad penal de aquellos que ocupan la posición más baja en la estructura étnica y de clase, nunca se extiende a la “responsabilidad corporativa” de las grandes empresas o la responsabilidad estatal en materia económica y social (Wacquant, 2010a: pp. 431).

⁷⁹ Según Wacquant: “En otras palabras, el propio Marx nos invita a salir del registro materialista de un modelo estrictamente económico para tener en cuenta los efectos morales del crimen y la importancia simbólica de la pena y la variedad de respuestas de la sociedad a la delincuencia -preocupaciones convencionalmente asociadas con su mayor rival teórico, Emile Durkheim” (Wacquant, 2010a: pp. 61).

⁸⁰ Como señala acertadamente De Giorgi, otra tendencia, igual de perniciosa, es concentrar el análisis de la penalidad en sus efectos puramente simbólicos y culturales, escindiéndolos y disociándolos de sus bases materiales. Por el contrario, de lo que se trata es de ofrecer un modelo que sea capaz de integrar tanto los aspectos instrumentales y expresivos del castigo, situándolos en las transformaciones globales de la economía política: “Sin embargo, con la notable excepción del análisis de Stuart Hall (1978) acerca del rol de los discursos penales en la reproducción hegemónica de clase (y de raza) en el capitalismo tardío (ver también Laclau y Mouffe, 1985), el “giro cultural” en la

Por el contrario, Wacquant, siguiendo a Foucault, enfatiza el carácter esencialmente productivo del poder simbólico y nos muestra que la penalidad en las sociedades modernas funciona a la manera de una *sociodicea negativa*, es decir, como una forma de capital simbólico negativo que expulsa a los individuos de todas las instancias de reconocimiento social⁸¹. Si las credenciales académicas de las escuelas de élite testifican el mérito académico de todos aquellos que dominan en la escala más alta de los cuarteles de nobleza cultural, las sanciones penales, por el contrario, simbolizan la “falta de mérito individual” y podríamos decir que funcionan a la manera de “títulos inversos” que “incitan a la reducción rutinaria de sus posibilidades en la vida, como fue revelado por la amputación de lazos sociales y conyugales, opciones de vivienda, oportunidades e ingresos de empleo de los ex convictos en casi todos los países avanzados” (Wacquant, L. 2014: pp. 201). En ese sentido, para poder atender tanto los aspectos instrumentales como simbólicos del Leviatán debemos trascender el enfoque puramente economicista y reintroducir todo lo que esta perspectiva comúnmente descarta: la importancia de la eficacia simbólica de la penalidad⁸²; las funciones expresivas y morales que el castigo suscita; los efectos psicosociales que se producen en los individuos y la conformación de formas inéditas de subjetividad (Yébenes, 2014); el emplazamiento del moralismo punitivo como la nueva plataforma política y electoral; la lucha contra el delito como el único catalizador de cohesión y movilización social; la penalidad entendida como un vehículo cultural capaz de reafirmar y producir los lazos de solidaridad de la comunidad cívica. En palabras de Wacquant:

La tercera ruptura reside en acabar con la confrontación estéril entre los seguidores de los enfoques económicos inspirados por Marx y Engels, que conciben la justicia penal como un *instrumento* de coacción de *clase* desplegado en una relación vinculada con fluctuaciones en el mercado de trabajo, y los enfoques culturalistas derivados de Émile Durkheim, para quien el castigo es un *lenguaje* que ayuda a trazar límites, revivir la *solidaridad* social, y expresar los sentimientos compartidos que fundaron la *comunidad* cívica. Es suficiente, gracias al concepto de campo burocrático, para *unir los momentos materiales y simbólicos de cualquier política pública* para darse cuenta de que la penalidad puede cumplir perfectamente bien tanto las funciones de control como las de comunicación ya sea simultánea o sucesivamente, y por lo tanto operar en concierto con los registros expresivos e instrumentales (Wacquant, 2013: pp. 189. Cursiva del autor).

En efecto, una de las características principales de la penalidad neoliberal es justamente la creación de toda una constelación de universos culturales encargados de producir sistemáticamente sensaciones de indignación frente al fenómeno de la desviación y exaltar permanentemente “[...] la misión de extirpación figurativa del peligro y la contaminación desde el cuerpo social” (Wacquant, 2014: pp. 189). Lejos de echar mano de instrumentos puramente técnicos, racionales y económicos, una de las propiedades

sociología del castigo coincidió con (y en cierta medida lo ha animado) un rechazo de la economía política marxista, en un momento en que constituía lo más requerido para elaborar una crítica fundamentada del cambio penal” (De Giorgi, 2016: pp. 21).

⁸¹ “Esta escena nos pone en el punto donde la lanza material-simbólica del estado penal confronta y perfora a través del cuerpo del delincuente en un acto oficial de profanación radical que provoca una aniquilación física: el ciudadano sólo existirá dentro del ámbito de la ley” (Wacquant, 2014: pp.196)

⁸² En ese sentido, uno de los efectos directos de la cárcel sobre el mercado de trabajo es que, al expulsar a los exconvictos del mercado laboral y del tejido social, prepara la mano de obra de los tráficos ilícitos y contribuye a la expansión de todo el capitalismo de rapiña (drogas, prostitución, encubrimiento) que supuestamente la cárcel combate (Wacquant, 2010a: pp.103).

esenciales de la penalidad neoliberal es su capacidad para producir riesgos (basados en la fantasía del riesgo), generar crisis periódicas de pánico moral cuya función es reactualizar a cada instante los fundamentos sociomorales de la comunidad y así teñir emocionalmente las intervenciones del Estado, siempre deseosas de extirpar tanto física como simbólicamente la presencia del delito al interior del cuerpo social y legitimar material y simbólicamente la presencia del soberanía (Wacquant, 2010a: pp. 336). A esta inflación discursiva que acompaña a toda la política antidelito (inflación que, como señalamos en el capítulo II, Foucault, sostenía que tendería a desaparecer y ser sustituida por un análisis puramente técnico de costo beneficio⁸³), Wacquant la denomina la “pornografía penal del castigo”, esto es, un discurso que, al igual que la carnicería que define a este género, se limita a distorsionar, exagerar, y construir una visión excesivamente maniquea de la realidad, proyectando mecánicamente imágenes repetitivas y extremadamente predecibles; no se trata de asumir estrategias realistas para reducir el delito, sino simplemente “exhibir pornográficamente” el fenómeno de la desviación⁸⁴, disociando de manera premeditada e intencional los actos delictivos de su contexto de producción y cuyo único propósito es “ser exhibido y visto, escrutado, devorado con los ojos: [...]” (Wacquant, 2010a: pp. 14).

En ese sentido, a juicio de Wacquant hacia finales del siglo XX comenzó a aparecer en la escena pública una nueva figura en la mentalidad colectiva norteamericana en la que se concentran muchas de las ansiedades securitarias de la penalidad neoliberal y que nos muestran con toda claridad los alcances de las operaciones simbólicas y productivas del Estado neoliberal: el delincuente sexual⁸⁵. En el año de 1996, el congreso aprobó un paquete de leyes conocidas popularmente como la Ley Megan, las cuales exigen a las autoridades elaborar una base de datos, de libre acceso por internet, que autoriza tanto la notificación pública de todos los exconvictos sexuales *después de haber cumplido totalmente su sentencia en la cárcel*⁸⁶ y como la *reclusión por tiempo indefinido en asilos psiquiátricos*. Entre otras cosas, esta ley permite conocer el rostro, las señas corporales, el domicilio, la ubicación, el peso, el teléfono y en algunos lugares se les obliga a estos exdelincuentes a llevar a un atuendo distintivo que permita identificarlos públicamente. También prohíbe el acceso de estos exconvictos a muchos lugares: escuelas, bibliotecas, gimnasios, iglesias, guarderías infantiles, entre muchos otros. Dado que la lista de lugares es muy amplia, estos exdelincuentes se encuentran efectivamente expatriados de las ciudades y viven en la clandestinidad. (Wacquant, 2010a: pp. 319).

⁸³ Como veremos más adelante cuando examinemos el planteamiento de Alessandro de Giorgi, una de las características principales de la penalidad neoliberal es que las nuevas narrativas que giran en torno al crimen no tienen la pretensión de conformar una élite especializada; por el contrario, adopta la forma de eso que se ha dado en llamar “populismo penal” o “populismo punitivo”, esto es, la progresiva transformación del conocimiento criminológico en un discurso emotivo y popular en donde la figura de la víctima, como sujeto político idealizado, desplaza la voz de los expertos y es ahora instalada como portadora “de la autoridad, la sabiduría y de la voluntad popular sobre la cuestión” (Wacquant, 2010a: pp. 320-321).

⁸⁴ “Aquí me baso en el trabajo de Linda Williams [...] sobre “el frenesí de lo visible” en la pornografía dura para señalar cómo la vigilancia y el castigo se han reconfigurado como figuras ritualizadas, repetitivas y predecibles dispuestas en un espectáculo excitante” (Wacquant, 2012c: pp. 199).

⁸⁵ “Los delincuentes sexuales, junto con los jóvenes negros de los vecindarios relegados de las grandes ciudades, son el blanco privilegiado del panoptismo penal que ha florecido, durante las últimas tres décadas, sobre las ruinas del Estado caritativo estadounidense” (Wacquant, 2010a: pp. 301).

⁸⁶ Wacquant calcula que entre el 20% y el 40% de la información que se difunde en este sistema de diseminación criminal es falsa o está plagado de errores y que hay muchas personas que figuran erróneamente en esas listas. De igual modo su aplicación es retroactiva y se exige la notificación pública de delincuentes cuyos delitos fueron cometidos décadas antes de que la ley se aprobara. (Wacquant, 2010a: pp. 314).

Lejos de simplemente alertar a una comunidad que se involucra activamente en la reinserción social de los exdelincuentes, como sus arquitectos sugerían incurriendo en una absoluta falta de sinceridad, las medidas destinadas a marcar, etiquetar y notificar públicamente la presencia de estos exconvictos convocan periódicamente a campañas públicas de señalamiento, execración colectiva y formas cada vez más feroces y exacerbadas de “justicia expresiva” cuyas consecuencias finales en realidad son desconocidas (Wacquant, L 2010a: pp. 319). Se trata de una nueva industria cultural⁸⁷ en la que la cacería y la persecución simbólica de esta clase de delincuentes se han vuelto una actividad lúdica “que convoca el morbo, el repudio y la ira [...] La histeria social de una sociedad puritana en sus fundamentos y principios, exige de sus chivos expiatorios el pago eterno de sus culpas” (Lutz, 2013: pp. 189).

A juicio del sociólogo, la construcción discursiva del delincuente sexual en la sociedad contemporánea (que expulsa convenientemente la violencia sexual del núcleo familiar) cumple la función de depurar discursivamente la figura de la familia patriarcal y de mantenerla como un resguardo en contra de la inseguridad, a pesar de que es un delito perpetrado mayoritariamente en la familia y en un contexto en que la tendencia económica del neoliberalismo apunta a erosionar definitivamente la estructura familiar. En efecto: “La execración hiperbólica del pedófilo desconocido en la escena pública sirve tanto para purificar simbólicamente a la familia como para reafirmar su posición establecida como refugio contra la inseguridad, incluso cuando la aceleración de las tendencias neoliberales en la cultura y la economía intentan socavarlo” (Wacquant, 2010a: pp. 332).

La finalidad de estas medidas, insiste Wacquant, es puramente simbólica y expresiva, puesto que no han tenido el más mínimo impacto en la reducción de la violencia sexual o del número de víctimas; por el contrario, el delincuente sexual, locura y psicosis colectiva de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI, es una nueva figura cultural que representa la “encarnación viviente de la bajeza moral, que proporciona un motivo urgente y perpetuamente renovado para el repudio total del ideal de la rehabilitación y el regreso a la neutralización por medio de una feroz venganza y retribución que ha caracterizado a la política penal estadounidense desde fines de los setenta” (Wacquant, L. 2010a: pp. 335). Y sobre todo, las leyes tipo megan y sus prácticas intensas de legibilidad permiten ampliar significativamente la capacidad de control del Estado hasta instancias insospechadas; de igual modo, es una innovación penal que abre la puerta a la expansión ilimitada de las estructuras de vigilancia, al grado, que los límites que definen lo público y lo privado se desdibujan por completo y dejan de tener sentido en este nuevo régimen de panoptismo penal. (Wacquant, 2010a: pp. 335). En palabras del sociólogo:

Para entender cómo y por qué la figura abominable de los delincuentes sexuales socialmente desconectados ha asumido una posición de primera línea en la escena penal del Estados Unidos de fin del siglo, hay que colocarla junto al matón callejero del gueto negro en ruinas [...] Los ataques explosivos de efervescencia tóxica colectiva de esos esquemas panópticos y segregativos disparan periódicamente en la intersección de los campos periodístico, político y burocrático y sus reverberaciones practicas dentro del sector penal del Estado sirven para señalar y amalgamar la unidad moral de todos aquellos que implícitamente se definen por contraposición con esta suerte de delincuentes atroces (Wacquant, 2010a: pp. 335).

⁸⁷ “El “prisonfare” también abarca los tropos de la justificación y las imágenes de los delincuentes que circulan difundidos por académicos o políticos así como por las industrias culturales que comercian con el temor al crimen y alimentan la cultura pública con los vituperios de los criminales” (Wacquant, 2012c: pp. 194).

Políticas de mano dura y tolerancia cero

Ahora bien, resulta evidente que este proceso de hiperencarcelamiento ha sido posible gracias a un conjunto de cambios en la legislación norteamericana y a una serie de teorías criminológicas que han fungido como la inspiración ideológica al momento de diseñar las políticas públicas concretas. Por un lado, Wacquant enumera *cuatro instrumentos jurídicos* que han servido como plataforma para la expansión ilimitada del aparato penal en los Estados Unidos (Wacquant, 2010a: pp. 109-110). En primer lugar, el nuevo régimen de “sentencia de duración determinada” introducido entre 1978-1984, el cual prolonga en la práctica la duración efectiva de las sentencias al eliminar la posibilidad de que la sanción inicial se vea posteriormente reducida en función de la buena conducta del reo, lo cual era frecuente. A partir de ese momento, la “discreción correccional” queda definitivamente abolida. En segundo lugar, la política de *Truth in sentencing*, la cual establece que todos los convictos deben cumplir cierto porcentaje de la pena (entre el 75% hasta el 100% dependiendo el lugar) antes de ser puesto bajo libertad condicional. Al igual que la “sentencia de duración determinada”, el principal efecto de esta ley es incrementar el tiempo efectivo de las penas en prisión.

En tercer lugar, la legislación de los “mínimos obligatorios” puesta en marcha en 1986, la cual establece una pena mínima irreductible para ciertos delitos específicos, sin importar la gravedad del delito o las circunstancias. Esto provoca que, por ejemplo, se dicte una condena de cinco años de prisión por la simple posesión de cien gramos de marihuana, dado que es un crimen relacionado con las drogas y, por lo tanto, las sanciones se fijan de acuerdo a ciertos “mínimos obligatorios” irreductibles. Este mecanismo amplía considerablemente el recurso al encarcelamiento para delitos menores. Por último, el cuarto instrumento penal es la política de “*Three Strikes and You’re Out*” o la ley de la tercera falta, la cual reprime brutalmente la reincidencia. De acuerdo con esta ley (que hace referencia al bateador de beisbol que después del tercer strike pierde su turno para intentar golpear la pelota), cuando se cometen tres crímenes considerados graves el imputado, al tercer delito, puede obtener en automático una pena de hasta 25 años o incluso cadena perpetua. Por ejemplo, en California existe una lista con 500 delitos de ser penados con esta ley, de tal modo que una simple sustracción en un supermercado (dado que este delito está en esa lista) puede ser sancionada automáticamente con cadena perpetua (Wacquant, 2010a: pp. 109-110).

Por otro lado, Wacquant sostiene que la difusión global de la penalidad neoliberal⁸⁸ y, más precisamente, del estilo penal al modo estadounidense ha sido posible gracias a la entronización de un conjunto de “mitos académicos” que toda una internacional de *think tanks* ligados directamente al Manhattan Institute han logrado imponer como la nueva doxa punitiva global. A partir de la década de los 90, el recién electo alcalde de la ciudad de Nueva York, Rudolph Giuliani, orquestó una feroz campaña de cero tolerancia en contra de los desórdenes urbanos que supuestamente laceraban a la ciudad y cuyos principales

⁸⁸ Wacquant asegura que el Estado penal neoliberal es una forma de gobierno a la que se pueden adscribir indistintamente gobiernos de izquierda o de derecha, pues las políticas carcelarias gozan de un amplio consenso entre todas las clases sociales y las distintas fuerzas políticas, lo cual desmiente la creencia según la cual las “respuestas punitivas al delito” corren parejamente de posicionamientos políticos neoconservadores. Por el contrario: “Si bien los políticos de derechas inventaron la fórmula, sus rivales del centro e incluso progresistas la emplearon y precisaron [...] Del otro lado del Atlántico, la izquierda de Blair en Inglaterra, Schröder en Alemania, Jospin en Francia, d’Alema en Italia y González en España, fueron los que negociaron el giro hacia una penalización proactiva, y no sus predecesores conservadores, lo que se debe a que la primera causa del giro punitivo no es la modernidad tardía sino el neoliberalismo, un proyecto al que se pueden adherir indistintamente los políticos de la derecha y los de la izquierda” (Wacquant, 2010a: pp. 426).

responsables serían malhechores de poca monta que pululan en las calles (Wacquant, L. 2012: pp. 203). Bajo la falsa presunción de que las políticas de “tolerancia cero” habían conseguido reducir drásticamente el delito en esa ciudad, al poco tiempo Nueva York se transformó en el nuevo paradigma político de aplicación de la ley y sus estrategias, totalmente desconectadas de la evolución del delito, fueron reproducidas por otras ciudades de Estados Unidos, Europa occidental y América Latina, a pesar de que esta forma de combatir el delito viola los preceptos básicos de la racionalidad neoliberal del “gobierno pequeño” y el “dejar hacer” (Wacquant, 2012a: pp. 204).

Los presupuestos epistemológicos y criminológicos de la política de “tolerancia cero” (uno de los eslóganes más conocidos y difundidos en las sociedades contemporáneas y que ya forman parte del nuevo sentido común político) están fundamentados en una teoría criminológica conocida como la “ventana rota”. De acuerdo con esta teoría, formulada por el ultraconservador James Q. Wilson, existe una conexión interna entre los delitos graves y las pequeñas transgresiones al orden, de tal modo que para erradicar los primeros es necesario penalizar la más tímida desobediencia o disturbio a fin de mantener el orden social y un clima plenamente saludable (Wacquant, 2010a: pp. 371) Si alguien es encontrado haciendo un graffiti u orinando en la calle en la calle, va a la cárcel y de ese modo se restituyen las bases morales del orden social. Ahora bien, esta teoría jamás fue aplicada en la práctica como tal, nunca ha sido probada científicamente y su formulación obvia una cuestión esencial: no es la restauración moral de la norma lo que disuade a los ciudadanos del acto delictivo delito, sino el asedio policial constante y sistemático lo que permite postular hipotéticamente la eficacia policial en la reducción del delito. De hecho, sus propios arquitectos, el instigador de la lucha contra el crimen Jack Mapple, reconocen e ironizan sobre una supuesta correspondencia mística entre las pequeñas infracciones al orden y los delitos penales más graves; la acción policial concreta admite que se deben emplear los recursos y orientar las energías apuntando hacia aquellas categorías sociales que “presuntamente son vectores centrales del crimen” (Wacquant, L. 2010a: pp. 374).

En realidad, la “teoría de la ventana rota” sólo funciona como una coartada académica que sirve para legitimar retroactivamente el sentido común policial, el cual asume desde un comienzo que una política de “tolerancia cero” es una ficción (ninguna sociedad podría, ni remotamente, sancionar todas las transgresiones al orden) y en la práctica debe transmutarse necesariamente en una política de “intolerancia selectiva” (Wacquant, 2010a: pp. 374). Wacquant señala que a pesar de no tener la más mínima validez científica, de sus prejuicios abiertamente clasistas y racistas y de que nunca se demostró cabalmente que la presencia policial haya tenido un impacto significativo en la reducción del delito en la ciudad de Nueva York, las políticas de “tolerancia cero” (la idea que las pequeñas infracciones están ligadas estructuralmente a las más graves) fueron exportadas a los más variados contextos y hoy por hoy forman parte de un “tráfico internacional más amplio de fórmulas políticas que engloban gobierno del mercado, retirada social y expansión penal” (Wacquant, 2012a: pp. 216). En palabras del sociólogo:

Para decirlo de manera concisa: las elites dominantes de las naciones seducidas —y a posteriori transformadas— por los «*Chicago Boys*» de Milton Friedman en la década de 1970 estaban condenadas a prendarse de los «*New York Boys*» de Rudy Giuliani en la década de los noventa, cuando llegó la hora de ocuparse de las consecuencias ramificadas de la reestructuración neoliberal y enfrentar la inestabilidad social

endémica y los candentes desórdenes urbanos suscitados por la reforma del mercado en el fondo de una estructura de clases dualista (Wacquant, L. 2012a: pp. 212).

Lo anterior pone de manifiesto que los criterios de economización de recursos inherentes a la racionalidad neoliberal, lejos de expandirse por todo el tejido social, en realidad sólo rigen la vida de aquellos que ocupan la posición más alta en la estructura de clases. La “mano invisible” para quienes “juegan el libre juego del capital” y el “puño de hierro” para todos aquellos que son declarados perdedores en la vorágine despiadada de la competencia y que sufren las consecuencias políticas, sociales y psíquicas más devastadoras del nuevo régimen laboral y del desempleo masivo. El estudio de la dinámica de la penalidad neoliberal revela, por lo tanto, que “el neoliberalismo produce no el recorte del gobierno, sino la instalación de un Estado centauro, liberal hacia arriba y paternalista hacia abajo, que presenta caras radicalmente diferentes en los dos extremos de la jerarquía social: un rostro bello y atento hacia las clases media y alta, y un rostro temible y sombrío hacia la clase baja” (Wacquant, 2010a: pp. 437).

Foucault y el retrato de las cárceles

Wacquant nos dice que sus análisis de las prisiones norteamericanas coinciden plenamente con la investigación realizada por Foucault en *Vigilar y castigar* en al menos un aspecto, a saber, que para comprender el funcionamiento efectivo de la penalidad debemos trascender el estrecho marco de la represión capitalista (enfoque que sigue siendo hegemónica en la izquierda) y reintroducir todos los aspectos productivos que las actividades punitivas del Estado necesariamente involucra. Lejos de ser un mero instrumento de coerción legal, los efectos simbólicos de la penalidad coadyuvan a la construcción social de la realidad, produciendo nuevas formas de percibir el mundo. En efecto:

Decir que debemos abandonar el lenguaje de la "represión" para dilucidar las permutaciones contemporáneas de la penalidad no es un giro retórico de la frase. La historia de la represión es parte de la niebla discursiva que envuelve la transformación de los medios, fines y justificaciones de la acción gubernamental. La construcción del aparato penal no se trata de suprimir algo que ya está ahí; se trata de producir nuevas realidades: nuevos tipos sociales, como el guetto "pandillero" y el vagabundeo "pedófilo"; nuevos cuerpos de conocimiento como con la leyenda de las "ventanas rotas" la teoría y los consultores en seguridad urbana que se esparcen en todo el mundo; nuevos programas gubernamentales, burocracias, y retóricas apuntadas a ciertas zonas de la ciudad y sus habitantes; y finalmente un tipo diferente de Estado (Wacquant, 2012c: pp. 201).

Sin embargo, en sus conclusiones teóricas en donde elabora una caracterización general del neoliberalismo, el sociólogo francés afirma que su investigación se distancia del planteamiento foucaultiano en al menos cuatro aspectos que es importante señalar. En primera lugar, la cárcel, obviamente, no ha “perdido su razón de ser” como pronosticaba el filósofo francés. Si bien las tecnologías disciplinarias se han expandido por todo el cuerpo social, no por ello el presidio ha perdido su centralidad en la sociedad contemporánea ni ha cedido su lugar a formas más difusas de control social. Por el contrario, “el confinamiento penal ha mostrado una reaparición sorprendente y se ha reafirmado entre las misiones principales de Leviatan, justo cuando Foucault y sus seguidores predecían su retirada”. (Wacquant, L. 2010a: pp. 418). En segundo lugar, Wacquant detecta que las técnicas de normalización en el capitalismo postindustrial se han vuelto obsoletas y la lógica de la prisión contemporánea no apunta

tanto a generar cuerpos disciplinados y dóciles al servicio del capital industrial, sino a la “neutralización bruta” y al “almacenamiento por defecto”. El crecimiento demográfico, el desempleo masivo, la insuficiencia de recursos por parte del Estado, la indiferencia de la burocracia y la profunda animadversión pública hacia la más tímida idea de rehabilitación social (discurso alimentado principalmente por los medios de comunicación), tornan inviable un sistema disciplinario de encauzamiento, corrección normalizadora o rehabilitación. La tendencia actual es la mera neutralización y el castigo maquínico como una técnica de contención punitiva, no de normalización o rehabilitación. En efecto:

Este cambio de objetivo y de resultado traduce el abandono del ideal de la rehabilitación como consecuencia de las críticas cruzadas de derecha e izquierda en la década del setenta, y su reemplazo por una "ciencia penal" cuya finalidad no es ya prevenir el crimen ni tratar a los delincuentes con vistas a su eventual regreso a la sociedad una vez cumplida su sentencia, sino *aislar grupos percibidos como peligrosos y neutralizar a sus miembros más perturbadores* mediante un seguimiento estandarizado de los comportamientos y una gestión aleatoria de los riesgos que están más emparentados con la investigación operativa o el retratamiento o reciclado de los "desechos sociales" que con el trabajo social (Wacquant, 2010a: pp. 99. Cursiva del autor).

En tercer lugar, el sociólogo sostiene que la afirmación foucaultiana según la cual las disciplinas se expanden por todo el cuerpo social y no siguen una estrategia unidireccional y del todo coherente, es inexacta. Por el contrario, el hiperencarcelamiento en los Estados Unidos y sus redes de control han mostrado poseer de manera manifiesta una selectividad de clase, género y raza. Lejos de diseminarse por todo el espacio social, su aplicación es muy sesgada y toman como blanco predilecto a los miembros del escalafón más bajo en la estructura étnica y de clases, a pesar del escándalo y los estallidos permanentes acerca de la corrupción estatal y los delitos empresariales de guante blanco (y aunque sus consecuencias sociales sean incluso más desastrosas que los crímenes violentos). Como señalamos anteriormente, Wacquant utiliza la metáfora del centauro para ilustrar el funcionamiento del estado neoliberal: la “mano invisible” del mercado para los que “juegan el libre juego del capital” y el “puño de hierro” para quienes son declarados perdedores en la vorágine despiadada de la competencia.

En cuarto lugar y por último, la rabiosa proyección en la escena pública del castigo en clave pornográfica, el moralismo politizado y la ferocidad del populismo punitivo sugieren que la transición del ritual de los suplicios a la sociedad panóptica no es del todo exacta. En contraste, la penalidad se ha convertido en un vehículo cultural de primer orden que permite ritualizar y dramatizar públicamente las bases sociomORALES de la comunidad cívica, a pesar de que la cultura del control y sus estructuras de vigilancia generan un régimen de desconfianza universal que imposibilita la solidaridad y el común reconocimiento entre los individuos; como ya señalamos, la lucha contra el delito es el único ámbito en donde los Estados nación pueden legitimarse social y políticamente, justo en el momento en que esa soberanía está siendo gravemente erosionada por la completa hegemonía del capital financiero y las exigencias económicas impuestas por las grandes agrupaciones internacionales. A juicio de Wacquant, no hemos pasado de la venganza del soberano a defender la sociedad, sino de la venganza de la sociedad contra los inadaptados sociales a fin de defender una soberanía que declara día con día su impotencia en materia económica y social (Wacquant, 2010a: pp. 421) En palabras de Wacquant:

En los últimos veinticinco años se ha desarrollado y esparcido toda una galaxia de formas culturales y sociales nuevas, a decir verdad una auténtica industria que comercia con las representaciones de los delincuentes y del mantenimiento del orden. La teatralización de la penalidad ha migrado del Estado a los ámbitos mediático y político *in toto*, y se ha extendido hasta la ceremonia final de la sanción para abarcar toda la cadena penal [...] La Place de Greve, donde el regicida Damiens fue célebremente descuartizado, no ha sido suplantada por el Panóptico, sino por los tribunales de justicia televisados y la profusión de reality-shows sobre el crimen y el castigo que han inundado la televisión [...], por no mencionar el uso de la justicia penal como material para boletines de noticias y series dramáticas. Es decir que la prisión no reemplazo el juego social de las señales de castigo y el garrulo festín que lo pone en movimiento. En cambio, ahora sirve como marquesina institucional (Wacquant, 2010a: pp. 420).

5.- Del fordismo al posfordismo. Alessandro de Giorgi y la nueva racionalidad actuarial

Con la descripción sociológica de Wacquant ha quedado de manifiesto que el neoliberalismo realmente existente no puede ser caracterizado como un régimen cuyo rasgo principal es emplear mecanismos suaves y blandos de control social, una idea ampliamente difundida en los círculos de izquierda y que se cuestiona escasamente, a pesar del impacto y la fuerte presencia que el nuevo panoptismo penal tiene en la vida cotidiana en la actualidad. De igual modo, el supuesto tránsito de una sociedad disciplinaria a una de control resulta sumamente problemático en al menos un aspecto: la instituciones disciplinarias de encierro, lejos de ocupar una posición periférica o secundaria en el neoliberalismo, han retornado con una fuerza nunca antes vista en la historia como lo constata el crecimiento exponencial de la población carcelaria en casi todas las sociedades neoliberales avanzadas. Ahí donde el neoliberalismo ha triunfado ha tenido que ser acompañado necesariamente de un aparato carcelario hiperactivo.

Ahora bien, uno de los aspectos que el planteamiento de Wacquant no permite identificar del todo es el tipo de *racionalidad* específica que este nuevo experimento carcelario moviliza y la relación que guarda respecto a las condiciones globales del capitalismo tardío. De igual modo, desde la lente teórica de Wacquant no es posible comprender del todo la diferencia que media entre las políticas carcelarias del neoliberalismo y la sociedad disciplinaria bosquejada por Foucault en *Vigilar y Castigar*. Como veremos, son proyectos articulados por formas de racionalidad radicalmente diferenciadas y que no pueden ser asimiladas la una a la otra. No es posible hablar de punitivismo en abstracto, hay que comprender la lógica específica de cada caso. En ese sentido, resulta pertinente e imprescindible exponer aunque sea brevemente el planteamiento del filósofo y criminólogo italiano Alessandro de Giorgi (miembro de la escuela filosófica de Antonio Negri) para poder matizar y comprender a cabalidad el funcionamiento del Estado penal neoliberal.

En efecto, la penalidad neoliberal posee un tipo racionalidad con características específicas que se encuentra estrechamente relacionada con el desplazamiento de un régimen de acumulación de tipo fordista a uno posfordista. Según De Giorgi, esa es una de las premisas básicas que debe guiar el análisis de una *economía política del castigo*: el castigo no es una reacción espontánea al delito, sino un dispositivo que

guarda una estrecha relación con las relaciones sociales de producción⁸⁹. Existe un vínculo interno entre una forma determinada de producir la economía y la forma en que una sociedad distribuye sus castigos selectivamente. Para entender la lógica interna del castigo, por lo tanto, es necesario establecer una conexión interna entre las mutaciones que la penalidad ha venido experimentando con las contradicciones sociales más amplias que se derivan directamente del capitalismo tardío.

Esta relación no debe comprenderse, nos dice De Giorgi, como un vínculo puramente causal, estadístico y unidireccional entre el sistema económico y las prácticas punitivas (o entre tasas de encarcelamiento e índice de desempleo), sino como un proceso más complejo que involucra necesariamente toda una dimensión simbólica y expresiva encargada de definir el clima moral, las respuestas emocionales que la desviación suscita en un periodo histórico determinado (De Giorgi, 2006: pp. 73). La eficacia simbólica de la penalidad, en efecto, permite establecer los límites que definen el umbral entre lo normal y lo patológico⁹⁰. En ese sentido, en *Vigilar y castigar*, hemos de recordar, Foucault nos muestra el desplazamiento de un tipo de “racionalidad soberana” a una disciplinaria y describe, a grandes rasgos, el modelo de intervención penal que caracterizó a la sociedad industrial del capitalismo fordista⁹¹. Como ya señalamos en el capítulo primero, esta transformación tecnológica ejecuta un desplazamiento que va de un régimen negativo, puramente destructivo en donde el soberano castigaba con la muerte las transgresiones al orden a uno positivo cuya pretensión, al menos idealmente, consiste en la rehabilitación y el disciplinamiento de individuos específicos. El cuerpo de los individuos ya no se destruye, sino que ahora son transformados en sujetos a través de un conjunto de tecnologías de subjetivación. Como ya mostramos en el capítulo primero, el objetivo último del dispositivo disciplinario y el panoptismo es sancionar las conductas desviadas a fin de transformar a los sujetos en cuerpos dóciles y generar un mecanismo que permita regular la fuerza de trabajo y su ejército de reserva. En efecto:

Es aquí donde se inicia la era del «gran internamiento». Pobres, vagabundos, prostitutas, alcohólicos y delincuentes de toda clase ya no son descuartizados, ni aniquilados simbólicamente a través de la destrucción teatralizada de sus cuerpos. De forma mucho más discreta, silenciosa y eficaz pasan a ser *recluidos*. Se comienza a internarlos porque se cae en la cuenta de que constituyen una *masa* que las incipientes tecnologías de la disciplina pueden forjar, plasmar, transformar en sujetos útiles, esto es, en *fuerza de trabajo*. Se pasa del «derecho de muerte» al «poder sobre la vida», de la neutralización violenta de los individuos «infames» a la regulación productiva de las poblaciones que habitan el territorio urbano” (De Giorgi, A. 2002: pp.45).

⁸⁹ “El objetivo de la “economía política del castigo” es investigar las relaciones entre sistemas económicos y formas de castigo, siendo su principal hipótesis la afirmación de que las instituciones y prácticas de control social juegan un papel importante en la reproducción de las relaciones capitalistas de producción” (De Giorgi, 2009: pp 45).

⁹⁰ Según De Giorgi, esos son los límites inherentes al enfoque tradicional de la economía política de la pena inaugurado por Georg Ruché en su clásico *Castigo y estructura social*, el cual establece un vínculo mecánico y unidireccional entre el funcionamiento de la penalidad y las tasas de desempleo. Las transformaciones actuales del capitalismo tardío exigen replantear dicha relación y hacer explícitas todas las dimensiones simbólicas, culturales y expresivas que necesariamente están involucradas en el funcionamiento de la penalidad (De Giorgi, 2006: pp. 80).

⁹¹ “El Estado de Bienestar se ubica en un período histórico en el que la fuerza de trabajo debía ser disciplinada con el objetivo de insertarla en la organización industrial del trabajo: un sistema caracterizado por el pleno empleo, en el cual el “trabajo asalariado” era un efectivo acceso a la ciudadanía social. En ese contexto, la fuerza de trabajo aparecía como insuficiente y descalificada, y necesitaba cierta disciplina para alcanzar el nivel de cooperación y la eficiencia económica requerida por el capital: aquellos que quedaron fuera tuvieron que ser reintegrados a través del complejo penal welfarista” (De Giorgi, 2009: pp. 47).

Por lo tanto, una de las características fundamentales de la sociedad disciplinaria es su orientación normalizadora: no busca la aniquilación física de los hombres infames a través de los métodos más crueles y destructivos como en el viejo ritual de los suplicios, sino establecer los límites de lo permitido, castigar las conductas desviadas, reformar el alma de los individuos y lograr que los sujetos se integren al consenso social vigente a través de un control social individualizado⁹². En suma, de lo que se trata es de corregir a los sujetos e interpelarlos moralmente. Este modelo de intervención penal está basado en las características intrínsecas al capitalismo fordista de producción y a la conformación del pacto keynesiano como mecanismo de regulación social, a saber, “industrias de producción masiva, asistencia social extendida, desempleo reducido y bajos niveles de flexibilidad laboral” (De Giorgi, A. 2009: pp. 45). En ese sentido, afirma de Giorgi:

Aquí, las relaciones capitalistas de producción necesitaban *producir la fuerza de trabajo*, prepararla para la cooperación para la que parecía inapropiada, descalificada, insuficientemente socializada y a menudo explícitamente reacia. La sincronización de los movimientos, la regulación de masas de individuos dentro de la fábrica, la conexión entre el cuerpo y la máquina: todos estos eran aspectos de una racionalidad económica específica inicialmente conformada por la emergencia de la producción industrial y consolidada luego por el desarrollo del capitalismo fordista: las tecnologías disciplinarias eran una expresión de esta racionalidad, una vez que podrían ser traducidas en modelos específicos de castigo (De Giorgi, 2009: pp. 51).

Una de las hipótesis fundacionales que orientan la racionalidad de la penalidad *welfarista* es que el delito no es ejecutado por un individuo privado de moral, sino que existe una estrecha relación entre el contexto social y el fenómeno de la desviación. Por lo tanto, uno de los propósitos básicos de estas estrategias penales apuntan a erradicar conjuntamente esos nexos causales e implementar toda una serie de medidas correccionales (tratamiento, indagación, terapia, medicalización, pena) orientados a la reinserción social del delincuente, tomando en consideración tanto las causas particulares que han influido en la desviación como el grado de responsabilidad imputable a cada sujeto. En ese sentido:

Tanto en el modelo disciplinario clásico como en el modelo tratamental típico del Estado social, el principal destinatario del control es el sujeto, entendido como individualidad social, cultural y económicamente determinada y susceptible de corrección, reinserción y transformación. Se comprende así cómo el debate criminológico y político-criminal, en general, se había centrado en torno a algunas cuestiones fundamentales, que emergieron a partir de la superación positivista del clasicismo iluminista: el nivel de autodeterminación imputable a los sujetos, el nexo entre condiciones económicas y sociales del individuo y predisposición a la delincuencia, y la eficacia de las medidas alternativas a la cárcel en la reeducación de los delincuentes (De Giorgi, A. 2005: pp. 67)

⁹² Evidentemente, también el dispositivo disciplinario permanecía entretejido con ciertos mecanismos de regulación biopolíticos cuyos efectos se extendían hacia el conjunto de la población. Sin embargo, la forma de socialización en el anterior régimen fordista era radicalmente distinta a la penalidad neoliberal. En palabras de De Giorgi: “El Estado social puede ser descrito, en efecto, como un modelo de regulación de la sociedad que conjuga eficazmente el paradigma disciplinario de control sobre los sujetos con un sistema de socialización actuarial que se aplica a la sociedad en su conjunto [...]. Mientras que en la aplicación *welfarista* las técnicas aseguradoras representaban un mecanismo de regulación orientado a la socialización de los riesgos colectivos y alimentaban por lo tanto formas de interacción social basadas sobre la cooperación, la empatía y la solidaridad, las actuales técnicas actuariales, aplicadas al control, actúan en dirección opuesta: limitan, neutralizan y desestructuran formas de interacción social percibidas como portadoras de riesgo” (De Giorgi, A. 2006: pp. 132-133).

Ahora bien, es justamente este ideal rehabilitador del modelo disciplinario lo que actualmente a nuestro juicio se está viendo severamente cuestionado y experimentando significativas transformaciones, al grado, que podemos sostener que el gran proyecto normalizador del capitalismo industrial está siendo desplazado progresivamente por un nuevo paradigma de control social radicalmente distinto y abierta y declaradamente excluyente y segregativo⁹³. En un contexto de crisis económica, precariedad laboral, desocupación generalizada, trabajo flexible y altas tasas de desempleo, las estrategias normalizadoras se tornan inviables para un régimen de producción postindustrial⁹⁴. Un régimen posfordista, de acuerdo con De Giorgi, se caracteriza por:

Durante las últimas tres décadas, no obstante, este paradigma de economía industrial-bienestar social ha sido transformado en profundidad con el surgimiento de lo que se ha definido como un régimen post-fordista de acumulación y un modelo neoliberal de gobierno económico. Este nuevo régimen de acumulación se define a través de cambios fundamentales en la forma de producción capitalista de valor y en la regulación del trabajo, tales como el desplazamiento de la producción industrial a la economía de servicios, la flexibilización creciente del trabajo, la fragmentación de los mercados laborales, la globalización de las redes capitalistas de producción, la creciente movilidad transnacional de la mano de obra y la centralidad en aumento de los trabajadores inmigrantes (De Giorgi, 2015: pp.26).

Una de las características principales de la penalidad neoliberal es que está basada fundamentalmente en un tipo de razonamiento estadístico que toma como concepto nuclear la noción de “riesgo” y está orientada básicamente al análisis estadístico y al cálculo de probabilidades. Ya no se trata de desarrollar todo un conjunto de saberes especializados, las ciencias humanas, que tienen como propósito básico el conocimiento, la aprehensión y rehabilitación de individuos específicos al interior del campo de producción, sino la categorización en bloque de grupos enteros considerados peligrosos. Es decir, ya no existe la pretensión de acumular un saber específico sobre la experiencia singular de los sujetos, puesto

⁹³ Esa es una de las principales debilidades del modelo ofrecido por Wacquant. el cual resulta insuficiente resulta insuficiente al momento de indagar el tipo de racionalidad específica que impulsa este nuevo “gran encierro” y diferenciarlo del proyecto disciplinario descrito por Foucault. En palabras de De Giorgi: “El concepto distintivo de esta racionalidad es el de *riesgo*. Es decir, las nuevas estrategias penales se caracterizan —de manera cada vez más acentuada— como dispositivos de gestión del riesgo y de represión preventiva de las poblaciones que se consideran portadoras de tal característica. No se trata de encarcelar criminales peligrosos, esto es, de neutralizar factores individuales de riesgo, sino más bien de administrar a nivel de poblaciones enteras una carga de riesgo que no se puede (y no se pretende) reducir. La racionalidad que estamos describiendo no es disciplinaria sino *actuarial*” (De Giorgi, 2006: pp. 129).

⁹⁴ “Como consecuencia, una gran parte de la clase trabajadora ha sido expulsada de los sectores productivos reestructurados, sumándose así a las crecientes masas de “desocupados”, subocupados, trabajadores “part-time” y trabajadores flexibilizados” (De Giorgi, A. 2009: pp. 47). Podría argumentarse en contra de estas teorizaciones que esta situación no es una novedad histórica en lo absoluto y que en muchos países del tercer mundo, como México, la precariedad laboral y la ausencia de derechos han sido la norma. Sin embargo, como señala Santiago Castro Gómez, esta nueva situación no se caracteriza por ser un mero accidente o un efecto indeseado del capitalismo industrial en ciertas regiones, sino una “estrategia imperial de gobierno” enteramente nueva en donde “la “inseguridad ontológica” no se define ya como carencia frente a una *medida* [...] sino que es absolutamente *inmanente*: es una biopolítica del Imperio. Mientras que la biopolítica del Estado nación se orientó hacia la construcción de barreras que sirvieran para disminuir la inseguridad ontológica de las personas, integrándolas de este modo al sistema de producción, la biopolítica del Imperio se orienta hacia la *abolición sistemática de esas barreras*” (Castro Gómez, 2006: pp. 64. Cursiva del autor).

que la especificidad y la concreción biográfica de los individuos desaparecen en el nuevo régimen del capitalismo posfordista⁹⁵. En su lugar emergen sujetos colectivos, agrupaciones de individuos clasificados estadísticamente como portadores de riesgo que ya no pueden ser reincorporados a la normalidad ni recuperados socialmente por la comunidad cívica. En ese sentido, la estrategia normalizadora es sustituida por una actuarial:

En consecuencia, al individuo concreto y a las modulaciones reales de la interacción social le suceden *representaciones probabilísticas* fundadas en la producción estadística de clases, simulacros de lo real [...] Mientras la reclusión disciplinaria se constituía como una especie de «laboratorio» en el que el despliegue de las tecnologías de control alimentaba constantemente nuevos saberes sobre los sujetos, saberes que eran luego aplicados de forma refleja a las mismas tecnologías con el fin de mejorar la capacidad de penetración en la realidad, el encarcelamiento masivo actuarial renuncia expresamente a todo esto. El actuarialismo penal declara, de esta manera, la irrelevancia del saber sobre los individuos en particular y lo reemplaza por la construcción de categorías y formas de individualización completamente arbitrarias, fundadas sobre el concepto de peligrosidad y orientadas a la contención de riesgos (De Giorgi, 2002: pp. 130-131. *Cursiva del autor*).

Riesgo como nuevo estigma. Víctima, comunidad y populismo penal

Como señala acertadamente el jurista Bernardo del Rosal Blasco, el concepto de riesgo fue originariamente elaborado con una pretensión científica y estaba inicialmente asociado al análisis estadístico y al cálculo de probabilidades de un acontecimiento, esto es, a la probabilidad de que una conducta desviada emergiera en la escena pública. En consonancia con los criterios que supuestamente rigen la racionalidad neoliberal, riesgo significaba administrar estadísticamente el delito y mantener el fenómeno criminal dentro de un umbral razonable al menor costo; no existe, nos decían inicialmente los neoliberales, la pretensión de perseguir todos los ilegalismos hasta en sus manifestaciones más ínfimas, puesto que eso sería demasiado costoso e imposible de realizar para un gobierno. Sin embargo, con el paso del tiempo el concepto de riesgo fue perdiendo su carácter neutral, científico y, por el contrario, fue adquiriendo progresivamente un significado cultural que ya poco o nada tiene que ver con un análisis estadístico de probabilidades (Blasco, 2009: pp.21). Tampoco con los criterios técnicos de economización de recursos inherentes a la racionalidad neoliberal.

Por el contrario, el concepto de riesgo irrumpe en la escena política contemporánea como un discurso poderoso y sugestivo que designa una amenaza latente que debe ser neutralizada, ya no disciplinada ni reformada. Como en las antiguas culturas, riesgo se vuelve sinónimo de peligro y, más precisamente, es un término que ahora hace referencia a los daños potenciales que un determinado grupo de individuos pueden llegar a causar a los demás, sin importar el riesgo objetivo de recibir un daño. En ese sentido, la noción de riesgo deja de ser un instrumento técnico vinculado a la distribución estadística y se

⁹⁵ Por lo tanto, la “moderna justicia actuarial del riesgo” prescinde abiertamente de una de las nociones nucleares de la reflexión filosófica y psiconalítica: la responsabilidad. Como sostiene de Giorgi: “La expulsión constituye una práctica actuarial. Se aplica a toda una categoría de sujetos y sólo a esa. Excluye, en el sentido más dramático del término. No reeduca ni pretende corregir; por definición, no reinserta. Prescinde de la responsabilidad, de la culpa, de la voluntad, de las acciones individuales. Castiga una forma de ser: inmigrante-desempleado, inmigrante- pobre, inmigrante-clandestino. Reduce los costes del sistema” (De Giorgi, 2005: pp. 95).

transforma abiertamente en un discurso emotivo y un sistema simbólico cuya función es señalar a aquellos individuos portadores de riesgos y los potenciales delitos que un determinado grupo de individuos puede llegar a cometer. De igual modo, la noción de riesgo cumple una función simbólica: al intercambiar deliberadamente el riesgo objetivo con la percepción subjetiva del riesgo, uno de los objetivos primordiales de este discurso es interpelar, reactivar y excitar los sentimientos punitivos más primarios de la comunidad a fin de extirpar la figura del delincuente del cuerpo social y preservar la fantasía de pureza moral. Es cierto que el mecanismo disciplinario actuaba más sobre la virtualidad del sujeto que sobre sus actos; sin embargo, esa virtualidad tenía como propósito generar un vínculo moral entre el individuo y sus acciones. La noción de riesgo, por el contrario, despersonaliza, incapacita, sanciona una forma de ser, no interpela la conciencia moral del individuo. Por el contrario, destruye la interioridad del sujeto al bloquear sus posibilidades de acción⁹⁶: En efecto:

En ese contexto, el concepto de riesgo es el nuevo estigma [...] En esta individualista *sociedad de riesgos*, el que satisface el perfil de “inmigrante”, sobre todo, musulmán o africano y, en menor medida, iberoamericano o procedente de países del Este de Europa; el que satisface [...] el perfil de “terrorista” o “colaborador de terroristas”; el perfil de “conductor temerario”; etc., es el “nuevo pobre”, cuya situación o características personales (que les hace ser portadores de tal o cual perfil de riesgo) les convierte en probables o ciertos (dependiendo de cuántos *positivos* dé ese perfil) objetos de la intervención penal por ser él *un riesgo* para el resto de los ciudadanos (Blasco, 2009: pp. 29. Cursiva del autor)

Al igual que De Giorgi, Bernado del Rosal Blasco enfatiza el hecho de que la moderna justicia actuarial del riesgo cumple una función abiertamente excluyente y segregadora. El paradigma del riesgo prescinde abiertamente del conocimiento sociológico en la gestión del crimen, sustituye el conocimiento de la causas por un saber actuarial que borra la singularidad de los sujetos y los convierte en un dato estadístico incorporado a una suerte de subjetividad colectiva que hace abstracción de la situación biográfica de cada individuo, homogeniza las circunstancias particulares y les asigna el mismo perfil de acuerdo a un grupo de población clasificado estadísticamente como *peligroso*. De ese modo, deja de existir un vínculo proporcional entre el individuo, sus actos y el castigo recibido. La frecuencia de lo que otros han hecho, clasificados en el mismo perfil de riesgo, incide directamente en la respuesta penal que cada individuo recibe al momento de cometer una infracción. Se aplica a esa categoría de sujetos y sólo a esa (Blasco, B. 2009: pp.21). En sentido estricto, los individuos dejan de cometer delitos y ellos mismos pasan a convertirse en un delito, “se crea una categoría de sujetos peligrosos, cuyo *status* de clase determina una condición de peligrosidad ontológica” (De Giorgi, 2005: pp. 95). Por lo tanto, si bien el tropo de la responsabilidad individual es un rasgo característico de la racionalidad neoliberal, la racionalidad actuarial en realidad está destruyendo las bases mismas que le otorgan sentido a este principio: no asume que el delincuente es un sujeto racional, moral, plenamente transformable y reformable al que se le tienen que suspender momentáneamente sus derechos (de acuerdo al grado de responsabilidad de cada individuo), sino una dato estadístico agrupado arbitrariamente en un sola categoría cuyas posibilidades de acción futuras deben ser suprimidas en virtud de los potenciales delitos que pueden llegar a cometer. En ese sentido, afirma Blasco, la estrategia normalizadora cede su lugar a una basada en la gestión de riesgos:

⁹⁶ “Aquí la incapacidad de comprender y gobernar lo real determina la transición hacia un poder de control de la excedencia que *ya no es producción, sino pura destrucción de subjetividad* “. (De Gioigi, 2016: pp. 147. Cursiva del autor).

En ese sentido, la estrategia actuarial, como la más sobresaliente para la moderna gestión de los riesgos, es excluyente porque no asume que el delincuente es alguien a quien hay que excluir temporalmente en sus derechos, pero que es recuperable, sino que parte de la idea de que lo que hay que excluir son las posibilidades de acción del potencial delincuente [...] Estos seres son privados de su humanidad racional y se convierten en criaturas determinadas de sistemas estadísticos de valoración del riesgo; en lugar de ser carne y sangre, inconsistentes, individuos impredecibles actuando más allá de sus propios deseos e intereses, libres para modificar sus percepciones sobre estos y su conciencia moral en cualquier momento del presente o del futuro, se convierten en personificaciones predecibles de bases de datos, para los que la incertidumbre de las opciones de comportamiento en determinadas situaciones se sustituye por las certezas estadísticas de los cálculos factoriales (Blasco, 2009: pp. 60)

Al igual que la noción de riesgo, otra de las características principales de la penalidad neoliberal es eso que David Garland ha denominado “el retorno de la víctima”, lo cual hace referencia a la creciente importancia que la figura de la víctima ha adquirido en la escena penal contemporánea y la manera en la cual la propia “comunidad” se ve ahora involucrada en el diseño de las políticas penales, lo cual advierte que sobre una de las características principales de la penalidad neoliberal: *no tiene la pretensión ni de producir un cuerpo útil ni de conformar una élite de expertos*. En vez de sedimentar una forma de saber sobre la interioridad del sujeto e interpelarlo moralmente, subordina la escena penal a la ferocidad del populismo punitivo y se utiliza el tema del delito como una plataforma para que tanto los gobernantes como los ciudadanos proyecten sus intereses y fantasías. En efecto, uno de los rasgos característicos del populismo penal (o populismo punitivo) es que ejecuta un cortocircuito entre los especialistas y la comunidad, sustituyendo el conocimiento criminológico de los expertos por las “sanas” percepciones y demandas que surgen en la vida cotidiana por parte de la comunidad. La justicia penal se convierte en una suerte de escenario terapéutico en donde se exige el derecho de las víctimas (reales o potenciales) a obtener una satisfacción emocional durante el proceso, sea mediante la deliberada humillación pública del delincuente o a través de prácticas de etiquetamiento cuya función, obviamente, es deliberadamente incapacitante⁹⁷. Se establece una relación de todo o nada entre víctima y victimario, de tal modo que cualquier garantía o derecho del segundo es considerado una afrenta directa a la comunidad. Como sostiene Blasco a propósito del populismo penal:

El populismo penal no es, por eso, un fenómeno coyuntural, producto de ambiciosos políticos a la búsqueda del voto; es algo más. En realidad es mucho más: es una forma de gobernar una sociedad fragmentada, diversa e individualista, a la que el gobernante le proporciona señas de identidad, que ese populismo se encarga de generar y alimentar, identificando al “enemigo común” y colocándose, el propio gobernante, al lado de las víctimas (actuales o potenciales), a quienes promete proteger anunciando el fin de la tolerancia y la expulsión del seno social del victimario. En el fondo, en este contexto, la construcción del concepto idealizado de víctima y la apelación a la implicación de la comunidad forman parte de un todo, que no es otro que suministrar elementos de cohesión, porque a una comunidad fragmentada y plural se apela, ahora, sólo para poner en evidencia el único elemento que parece capaz de unirla: su condición de ser víctima (actual o potencial) de delitos (Blasco, 2009: pp.29).

⁹⁷ “Sorprendentemente, sin embargo, algunas de las características que adornaron al Derecho penal premoderno ahora parecen reaparecer, de modo que volvemos a asistir, en determinadas prácticas penales recientes, a la deliberada humillación de algunos delincuentes individuales, mediante su exhibición pública” (Blasco, B. 2009: pp. 53).

Como resulta evidente, este tipo de racionalidad simbólica con altísimos réditos políticos contraviene un largo proceso de evolución penal y se vuelve incomprensible desde el punto de vista estricto de la razón instrumental. Como señala acertadamente Blasco, una de las diferencias nucleares entre el derecho penal moderno y el premoderno era justamente la visibilidad de los castigos en los procesos penales (Blasco, B. 2009: pp.21). En ese sentido, el populismo penal ha logrado reintroducir en la escena jurídica contemporánea prácticas penales excesivamente cruentas y denigratorias que se pensaban obsoletas, superadas e impropias de una sociedad moderna. De ese modo, el populismo punitivo subordina el diseño de las políticas penales a una “presión populista” que logra desplazar el conocimiento penal de los especialistas (ahora ya definitivamente desacreditados) y emplazar a las víctimas en la escena pública contemporánea como poseedoras de la verdad, la autoridad y la voluntad popular⁹⁸. En una sociedad individualista al extremo y obsesionada por el tema de la inseguridad penal, la víctima como sujeto político idealizado, es lo único que permite cohesionar políticamente a la comunidad y movilizarla en contra de enemigos internos⁹⁹. En rigor, el populismo penal moviliza y articula todas las demandas de la comunidad en contra de un miembro patógeno cuya presencia contamina el cuerpo social.

Anexo. Los efectos psicosociales de la penalidad neoliberal: el Estado alterado

La violencia de los dispositivos de control no sólo tiene catastróficas consecuencias sociales, políticas y económicas, sino también psíquicas como ya advertía Wacquant. Me gustaría concluir este trabajo simplemente bosquejando algunos aspectos que por lo general no son debatidos. Hemos visto cómo las ansiedades securitarias destruyen la posibilidad del vínculo social al subsumir las interacciones sociales dentro de una nueva forma de “prudencialismo” que cancela el más mínimo atisbo de espontaneidad. La única forma de cohesionar a una comunidad fragmentada es a través de la experiencia del delito, lo que eventualmente produce comunidades del terror cuya unidad depende de un enemigo común. Ahora bien, en su libro *Los espíritus y sus mundos* (2014a) y en algunos artículos la filósofa Zenia Yébenes ha logrado registrar cuáles los “mecanismos psíquicos del poder” que se derivan directamente de este actual estado de

⁹⁸ Es importante señalar que el cuestionamiento a la noción de “víctima” no equivale a negar el daño ocasionado a una persona por delitos que pueden llegar a ser objetivamente espantosos, ni que nosotros nos mantengamos moralmente imperturbables frente a situaciones concretas. Sin embargo, dado el objetivo del presente trabajo, consideramos pertinente mantener una distancia crítica, diferenciar los hechos de las estrategias penales que se activan y poner de manifiesto la manera en la cual el *sujeto víctima* en las sociedades contemporáneas está desplazando progresivamente al ciudadano de derechos (Bernstein, 2014: pp. 288) Es necesario enfatizar cómo el tropo de la victimización produce un clima moral de emociones negativas que se expanden por todo el cuerpo social y constatar la existencia de todo un conjunto de instituciones terapéuticas encargadas de elaborar los marcos psicológicos convenientes para que los individuos construyan su identidad y narren sus experiencias en virtud de los intereses del dispositivo carcelario, el cual utiliza la experiencia de la victimización para criminalizar a colectivos enteros. Obviamente, las víctimas siempre son definidas selectivamente. Nunca se hablan de las víctimas de la desregulación económica, las víctimas del desempleo o las víctimas del Estado penal, ni tampoco figura el banquero, el empresario o el político como agresores o individuos potencialmente peligrosos.

⁹⁹ Como afirma Garland: “Actualmente la víctima, en cierto sentido, es un personaje mucho más representativo, cuya experiencia se considera como común y colectiva, en lugar de individual y atípica. Quien hable en nombre de las víctimas habla en nombre de todos nosotros, o por lo menos así lo sostiene el nuevo decálogo político de las sociedades con altas tasas de delito. Las imágenes publicitadas de víctimas reales sirven como la metonimia personalizada, propia de la vida real -¡podría ser usted!-, de un problema de seguridad que se ha convertido en un rasgo definitorio de la cultura contemporánea” (Garland, 2005: pp. 47)

cosas (que ella identifica como el “Estado alterado” y que nosotros designamos como el Estado penal) y cómo esta crisis de desdibujamiento de fronteras guarda una estrecha relación con la manera en la cual se manifiesta la locura en la sociedad contemporánea. De hecho, como ya mostramos el Estado y sus prácticas de vigilancia parecen asumir la forma misma de la locura. Siguiendo a Aretxaga, Yébenes sostiene que existe una estrecha relación entre la actual configuración del Estado donde la frontera entre lo público y lo privado parece desdibujarse por completo y la ruptura de muchas formas subjetividad que pierden las coordenadas que definen los límites entre lo interno y lo externo (Yébenes, 2018: pp. 9), lo cual advierte sobre las consecuencias psíquicas devastadoras de esta nueva forma de panoptismo penal que ha florecido tras las ruinas del Estado caritativo.

Por un lado, señala la filósofa, esta obsesión por la visibilidad de los cuerpos produce “comunidades alteradas”, “comunidades del terror” que se relacionan por un “no saber” compartido, por formas de denegación y disimulación colectivas que a menudo adoptan la forma de una teoría de la conspiración; por otro, en el caso de la psicosis, acontece una ruptura del vínculo social donde la mirada del otro se percibe como un esquema panóptico radicalmente intrusivo e intolerable, al grado, que la distinción entre la interioridad y la exterioridad desaparece por completo. Tenemos, según Zenia, un “aire de familia” entre un Estado alterado que disemina las estructuras de vigilancia por todo el espacio social; comunidades alteradas que sólo se cohesionan por el disimulo y el enemigo común; y un estado alterado de conciencia en donde la obsesión por la transparencia destruye la interioridad del sujeto. En efecto:

Para Rubén, la sensación de confusión e incertidumbre suponía un desdibujamiento de los límites en los que no sólo no se sabía quién era quién, sino que los otros eran capaces de manipular su cerebro, de leer todos sus pensamientos, robárselos o insertar otros nuevos [...] Rubén se concebía a sí mismo como un panóptico totalmente transparente que fuerzas militares y poderosas pueden en cualquier momento intervenir. En sus crisis más álgidas insistía en su necesidad de aislamiento y llegaba a encerrarse en su habitación tapiando incluso las ventanas y no dejando entrar a nadie (Yébenes, 2018: pp. 2)

Conclusiones

En la introducción señalamos que el objetivo de la presente investigación era a la vez teórico y empírico. Siguiendo las problemáticas abiertas por la analítica del poder desarrollada por Michel Foucault y su insistencia de dar cuenta de la lucha de clases en su carácter de acontecimiento, resultaba necesario comprender la manera en la cual los viejos dispositivos disciplinarios se han venido rearticulando en las sociedades neoliberales avanzadas y de ese modo entender a cabalidad la relación actual entre los sistemas de castigo y las nuevas condiciones laborales en el neoliberalismo realmente existente. A contra pelo del pronóstico de Foucault y de muchas caracterizaciones actuales del neoliberalismo, la hipótesis que intentamos defender a lo largo del presente trabajo es precisamente que las instituciones de encierro, lejos de ocupar una posición periférica o de ser suplantadas por formas cada vez más suaves de control social, constituyen una institución política fundamental y un componente orgánico del Leviatán neoliberal. Con base en el desarrollo de este objetivo, podemos esgrimir al menos seis conclusiones teóricas que enunciaremos a continuación.

En capítulo I del presente trabajo desarrollamos a grandes rasgos los postulados generales de la analítica del poder que Michel Foucault desarrolla en *Vigilar y castigar* y *La voluntad de saber* y cómo el filósofo francés fue capaz de elaborar una concepción novedosa del poder que vino a trastocar el esquema jurídico hegemónico, compartido tanto por la tradición liberal como por la tradición marxista. De igual modo, en el desarrollo de este primer capítulo se puso de manifiesto que, si bien es cierto que la analítica del poder se distancia de la manera en la cual cierta ortodoxia marxista había comprendido las relaciones de poder, la “hipótesis Nietzsche” que Foucault contrapone a la concepción marxista del poder reivindica en todo momento el potencial analítico de la lucha de clases. La concepción foucaultiana de las relaciones de poder enfatiza la imperiosa necesidad de comprender el carácter autónomo de las relaciones de poder y sacar a la luz la lógica intrínseca que articula su funcionamiento. En efecto, Foucault se niega a asumir una visión simplista que deduzca las relaciones de poder de conceptos universales (El capital o El estado) y procede más bien a describir minuciosamente todo el conjunto de tecnologías y estrategias en virtud de las cuales el poder adquiere forma al interior del cuerpo social. De igual modo, la genealogía histórica que Foucault traza nos permite comprender el estrecho vínculo existente entre el desarrollo de las tecnologías disciplinarias y el despegue del capitalismo industrial. Como ya mostramos, estas tecnologías de normalización prepararon las condiciones para la conformación de la fuerza de trabajo y así poder regular la disciplina al interior de la fábrica fordista. El trabajo, nos muestra Foucault, no se deriva de ningún tipo de esencia antropológica, sino que es un producto de la expansión de todo un entramado de esquemas panópticos que fijaron a los individuos al aparato productivo, así como el resultado de un conjunto de saberes con altas pretensiones de cientificidad que, lejos de intervenir de manera objetiva, técnica y neutral, estaban entretreídos en relaciones de poder más amplias y evaluaban a los individuos según una normatividad de clase, sometiénolos permanentemente a una vigilancia correctora masiva (Pestaña, J. M. 2011: pp. 67).

En el capítulo II describimos cómo este análisis de la microfísica del poder se fue transformando progresivamente en una analítica del biopoder y, más precisamente, de la gubernamentalidad. Foucault

comienza a trabajar a partir de la noción de biopolítica y ésta le permite al francés trazar un puente entre las técnicas disciplinarias que funcionan en una instancia microfísica y las grandes estrategias de gobierno que se cristalizan en la dimensión molar del Estado. Mencionamos en reiteradas ocasiones que la biopolítica es una tecnología de poder que se encarga de regular los grandes procesos biosociales de una población determinada. Si las técnicas disciplinarias trabajaban directamente sobre el cuerpo de los individuos y permitieron la conformación de cuerpos dóciles, la función del biopoder apunta a administrar la vida del cuerpo social en tanto especie y es una tecnología que toma como punto de partida todos aquellos aspectos que involucran la estabilidad interna de lo social, incidiendo indirectamente sobre la conducta de los gobernados y las posibilidades de acción de cada individuo. De igual modo, Foucault nos dice que estos mecanismos biopolíticos representan una inversión de la soberanía. Mientras el poder soberano se caracterizaba por el binomio *hacer morir dejar vivir* en la medida que la autoridad jurídica del soberano autorizaba castigar con la muerte a todos aquellos que transgredían la ley, el biopoder procede exactamente al revés: *hacer vivir, dejar morir*, potenciar la vida de unos dejando morir a otros. De igual modo, en este capítulo señalamos que la noción de *gubernamentalidad* complementa y circunscribe históricamente el funcionamiento del biopoder, puesto que hace referencia al tipo de racionalidad específica que funge como su condición empírica de posibilidad. En ese sentido, señalamos que la analítica del biopoder es indisociable de una morfología del arte de gobernar.

Ahora bien, esta progresiva transformación de la analítica del poder hacia una analítica de la gubernamentalidad que se encarga de examinar los grandes procesos biosociales de la población describe también una tendencia histórica latente: según Foucault (y muchos de los trabajos inspirados en él), las tecnologías de poder disciplinario creadas entre el siglo XVIII y XIX por el capitalismo industrial serán progresivamente absorbidas por procedimientos cada vez más suaves y difusos de control social. El neoliberalismo, nos dice Foucault, es una tecnología de gobierno que requiere necesariamente de la libertad de los gobernados y para ello no es necesario poner en marcha un sistema disciplinario exhaustivo, sino generar matrices de comportamiento (la política del marco) y más bien diseminar tecnologías de tipo ambiental en donde los gobernados puedan experimentarse como sujetos libres, autónomos, responsables, dotados de iniciativa en espacios abiertos. Como señalamos en reiteradas ocasiones, según Foucault el neoliberalismo privilegia más la multiplicidad y la heterogeneidad que la unidimensionalidad y el confinamiento. Su amigo y compañero de ruta Gilles Deleuze se encargó de popularizar este diagnóstico, profetizando el declive definitivo de las instituciones de encierro. En ese sentido, según la famosa y difundida terminología deleuziana, pasamos de la era del confinamiento disciplinario a una sociedad del control en donde se conduce la conducta de los gobernados produciendo su libertad, modelando molecularmente sus deseos, extendiendo la forma empresa como unidad operativa universal. Se trata de que los individuos gestionen la totalidad de su existencia a partir de los criterios de maximización y rentabilidad y que la racionalidad económica se convierta en el criterio de legitimación de todas las prácticas sociales, subvirtiéndolas aquellas instancias que habían estado reservadas a la razón de Estado. Por lo tanto, en el neoliberalismo no se trata tanto de homogenizar y encerrar a los individuos, sino de hacer proliferar toda una cultura del emprendimiento para que los individuos gestionen responsablemente sus recursos y, de ese modo, se ajusten espontáneamente, sin coerción disciplinaria alguna, a las tecnologías ambientales de gobierno, las cuales, como ya decíamos, presuponen para gobernar la libertad de los gobernados. En efecto: “Se trata, al contrario, de alcanzar una sociedad ajustada no a la mercancía y, su uniformidad, sino a la multiplicidad y la de las empresas” (Foucault, 2007: pp. 187). Ahora bien, como

mostramos en el capítulo tercero dicho relato no resiste un análisis. Si bien Foucault lleva razón al momento de señalar que existe una transición hacia un paradigma que toma como conceptos nucleares las nociones de “seguridad”, “riesgo” y que las estrategias se dirigen más hacia abstracciones colectivas que sujetos individuales, dicho cambio *no se traduce en una progresiva descompresión de la población carcelaria y en la diseminación de una cultura terapéutica no disciplinaria orientada al “dejar hacer”* (Gómez, 2010: pp. 218), *sino en la expansión ilimitada de las estructuras de vigilancia y un crecimiento voraz del aparato carcelario*¹⁰⁰, así como la emergencia a la escena pública de nuevos tipos morales que concentran todas las cualidades negativas (pobreza, negritud, inmoralidad) (Wacquant, 2010a: pp.42).

Por lo tanto, la primera conclusión que arroja la presente investigación es que si bien la cultura del emprendimiento ha alcanzado una gran difusión entre las clases medias y altas, las tecnologías disciplinarias propias de las instituciones de encierro, lejos de ocupar una posición marginal o periférica en las sociedades avanzadas, *retornan con una fuerza inusitada una vez que hay que hacerse cargo de las contradicciones generadas por los procesos de desregulación económica en la era del capitalismo postindustrial y toman como blanco predilecto a los miembros que ocupan el escalafón más bajo en la estructura étnica y de clases*. El neoliberalismo, por lo tanto, no puede ser descrito como un régimen cuya característica principal consiste en desarticular los “costosos panópticos modernos que aseguraban el control sobre los deseos” (Castro Gómez, 2006: pp. 65), sino, por el contrario, como una nueva sociedad punitiva que expropia sistemáticamente los deseos y las posibilidades de vida de todos aquellos que son declarados “la escoria de la sociedad de mercado”. La “mano invisible” del mercado requiere necesariamente de su “puño de hierro” y las sociedades que en la década de los 70 fueron progresivamente transformadas por los “Chicago Boys” de Milton Friedman estaban condenadas a rendirse frente a los “New York Boys” de Rudy Giuliani. El Estado mínimo se transforma progresivamente en un Estado carcelario hiperactivo y sin precedentes en la historia. Como señalamos en varias ocasiones, según Loïc Wacquant el neoliberalismo puede ser caracterizado como un “Estado centauro” que muestra un rostro pulcro y amable hacia arriba y un rostro brutalmente autoritario hacia abajo (Wacquant, 2010a: pp. 437).

En consonancia con lo anterior, la segunda conclusión teórica del presente trabajo apunta a señalar que *los criterios de economización de recursos y del “gobierno pequeño” inherentes a la racionalidad neoliberal, lejos de expandirse por todo el tejido social y colonizar todas las prácticas, se suspenden en materia penal y militar, incluso al costo de perder por completo el control racional del crimen*. Una de las características principales de la penalidad neoliberal es precisamente su capacidad para transmitir mensajes y propagar emociones negativas por todo el cuerpo social. Lejos de ser un instrumento puramente técnico, económico y racional basado en la gestión estadística de riesgos, “uno de los rasgos distintivos de la penalidad neoliberal es su acentuación teratológica de su misión de extirpación figurativa del peligro y la contaminación desde el cuerpo social [...]” (Wacquant, 2014: pp.189). La lucha contra el delito se convierte en un espectáculo, un “teatro de moralidad” donde tanto los ciudadanos como los gobernantes

¹⁰⁰ Como advierte De Giorgi: “Es posible, como sugiere Deleuze, que la sociedad disciplinaria sea verdaderamente el epílogo y que de sus ruinas nazca una sociedad de control cuyo espacio de ejercicio del poder sea la biopolítica. Pero también es posible, por el contrario, que el disciplinamiento esté en el ápice desde el momento en que las cárceles (uno de los dispositivos cardinales del sistema disciplinario) no han estado nunca tan sobrepobladas como hoy” (De Giorgi, 2005: pp. 39)

pueden proyectar sus fantasías, una auténtica “pornografía penal del castigo” que permite ritualizar periódicamente la autoridad del soberano, justo cuando las fronteras de esa soberanía están siendo completamente desdibujadas por la “hipermovilidad del capital” (Wacquant, 2010a: pp. 437). El retorno del presidio en los albores del siglo XXI, por lo tanto, no es una corrupción del neoliberalismo, sino el único instrumento capaz de disciplinar al proletariado postindustrial a la nueva norma del desempleo masivo y el trabajo desocializado. Bajo este panorama, podemos afirmar con toda legitimidad que el siglo XXI no es ni será deleuziano. En este orden de ideas, al examinar el planteamiento de Alessandro de Giorgi hemos visto las características específicas de la racionalidad punitiva neoliberal y la estrecha relación que guarda respecto el modo de acumulación posfordista, el cual se caracteriza por la categorización en bloque de grupos enteros de la población clasificados como portadores de *riesgos* y el “control autoritario” de las capas excedentarias de la fuerza de trabajo. En rigor, pasamos de un modelo fordista keynesiano cuya prioridad era regular el fenómeno de la desviación normalizando los comportamientos anómalos de los individuos y transformándolos en sujetos útiles a un modelo posfordista que ha renunciado a toda pretensión rehabilitadora y cumple una función abiertamente excluyente, incapacitante y segregadora¹⁰¹

En ese sentido, la tercera conclusión del presente trabajo advierte que en el neoliberalismo realmente existente *acontece una transformación en la racionalidad punitiva: pasamos de un modelo disciplinario basado en la aprehensión y rehabilitación de individuos específicos a una nueva forma de justicia actuarial que toma como concepto nuclear la noción de peligrosidad* (Bernstein, 2014: pp. 281). Si el objetivo de la disciplina era producir una élite de expertos y encauzar los cuerpos al aparato productivo, el encarcelamiento actuarial, al insertarse en una coyuntura histórica en donde *el trabajo vivo está siendo reducido al mínimo y la densidad actual del ejército industrial de reserva excede por mucho su clásica función de deprimir los salarios, sólo busca la neutralización de miles de individuos que están siendo expulsados del proceso productivo y que se han vuelto enteramente prescindibles para el capitalismo en su fase neoliberal*. La estrategia normalizadora basada en el conocimiento psiquiátrico, psicológico, psicoanalítico o sociológico de la subjetividad cede su lugar a los cálculos matemáticos que reducen la subjetividad a un mero dato estadístico y, con base en un perfil de *peligrosidad* que cancela las nociones de equivalencia y proporcionalidad, se procede a bloquear el horizonte de acción de cada sujeto a través de formas de vigilancia masivas, alcanzando en algunos casos la muerte biográfica¹⁰².

La justicia actuarial del riesgo prescinde abiertamente del conocimiento de los individuos y subordina la escena penal a la ferocidad del populismo punitivo, sustituyendo la voluntad de saber de los

¹⁰¹ Como sostiene Emmanuel Chamorro: “[...] las nuevas estrategias penales asociadas al neoliberalismo aunque renuncien a la matriz psiquiátrica del poder disciplinario, están directamente emparentadas con los actuales modelos de producción y se dirigen hacia el control autoritario de los excedentes de mano de obra que el flexible y móvil mercado laboral. Es cierto que Foucault parecen tener razón cuando señala el agotamiento del modelo disciplinario y el surgimiento de un régimen basado en la «seguridad», pero no parece percibir las imbricaciones de esta nueva forma de control social con las estructuras económicas y la persistencia de estrategias disciplinarias y panópticas en las sociedades de control” (Chamorro, 2017: pp. 386-287).

¹⁰² “Más que hablar de la muerte biológica, hablamos de la muerte como experiencia biográfica de la fuerza de trabajo contemporánea que se materializa en la biografía de los migrantes que mueren en los confines de la fortaleza europea, intentando ejercitar un «derecho de fuga» negado; en las biografías de los dos millones de prisioneros encerrados en los gulags norteamericanos o en las biografías de aquellos cuyo horizonte de vida tiende a coincidir con el límite de un gueto” (De Giorgi, 2006: pp. 48).

especialistas por un discurso emocional que transforma el conocimiento criminológico en una narrativa popular. Paradójicamente, el concepto de riesgo no es un término ni neutral ni científico; su objetivo es producir crisis periódicas de pánico moral y emociones negativas que retroalimentan permanentemente la demanda punitiva (Pratt, 2011: pp. 139). En otros términos, la racionalidad actuarial echa mano de un tipo de tecnología aseguradora que borra la especificidad biográfica de cada individuo y construye artificialmente una masa indiferenciada de sujetos (los migrantes, los afroamericanos, los toxicómanos, los desocupados) cuyo grado de responsabilidad penal no es calibrado según la naturaleza específica de cada delincuente y los actos de cada sujeto, sino en función de valoraciones estadísticas y *la pertenencia a un perfil poblacional considerado peligroso*. Se aplica a esa categoría de sujetos y nada más a esa. Irónicamente, la racionalidad actuarial, al clasificar a ciertos individuos en categorías ontológicas de riesgo, sancionar al futuro delincuente y privarlos de la capacidad de actuar, destruye los principios básicos que le otorgan sentido y coherencia a las nociones filosóficas tradicionales tales como responsabilidad moral, voluntad, libertad, comunidad, regeneración moral, subjetivación, justo en el momento en que el tropo cultural de la “responsabilidad individual” penetra todos los discursos e invade todos los saberes. A los guardianes de la ética, la interioridad, la ley y la conciencia moral en primera persona, si son responsables, no les queda más remedio que oponerse firmemente a dicho proceso de despersonalización penal y destrucción de la subjetividad.

El “encarcelamiento actuarial”, a diferencia de la utopía disciplinaria de los reformadores ilustrados, no parece albergar ideal rehabilitador alguno; más bien, ha logrado instaurar una situación de “excepcionalidad punitiva” con efectos psíquicos y psicosociales devastadores. Comunidades radicalmente alteradas que disuelven totalmente la frontera entre lo público y lo privado y subordinan la construcción del vínculo social a la ferocidad de la “cultura del terror” (Yébenes, 2018: pp. 20). Siguiendo las observaciones de Zenia Yébenes, la cuarta conclusión teórica del presente trabajo es *que el “safari semiótico” inherente a la penalidad neoliberal termina por desestructurar las interacciones sociales y a su vez hace proliferar fantasías colectivas en donde esta obsesión por la visibilidad de los cuerpos produce formas de denegación y ceguera colectiva*. En palabras de De Giorgi, la cultura del control instaura una nueva forma de “prudencialismo”, un régimen de sospecha generalizada que destruye el vínculo social y obstaculiza el común reconocimiento de los individuos como parte de una misma fuerza de trabajo, disgregando la eventual unidad de clase del proletariado postindustrial¹⁰³.

En la primera parte del capítulo III, hemos reflexionado brevemente sobre la ontología de la clase. En primer lugar, señalamos que el espacio social no puede ser comprendido a partir de una escisión unidimensional entre propietarios y no propietarios de los medios de producción, sino como un espacio pluridimensional altamente diferenciado, compuesto por distintos campos relativamente autónomos. De igual modo, indicamos que la noción de capital se manifiesta al menos de tres formas: económico, social y cultural. Por lo tanto, la quinta conclusión del presente trabajo es que una clase social *nunca es una substancia derivada mecánicamente de las relaciones de producción, sino el resultado de técnicas de agregación simbólica y estrategias clasificatorias. Las clases existen dos veces: en la objetividad de la*

¹⁰³ “El encarcelamiento masivo [...] permite atribuir a la *excedencia negativa* la fisonomía de la nueva clase peligrosa y desocializar a la multitud postfordista, reemplazando los vínculos de cooperación con lo que PAT O’MALLEY define como «nuevo prudencialismo»: un régimen de *desconfianza universal* que impide el recíproco reconocimiento de los individuos como partes de una misma fuerza de trabajo social” (De Giorgi, 2006: pp. 133)

estructura social y en los actos de nominación orientados a fabricar un grupo como una voluntad colectiva efectivamente movilizada. Por lo tanto, es necesario librar una batalla en el terreno de las palabras y volver a designar a las clases. En efecto: “un inmenso trabajo propiamente político de agregación y de representación (en el triple sentido cognitivo, iconográfico y dramático) puede hacer que este conglomerado tenga acceso a la existencia y por ende a la acción colectiva”. (Wacquant, 2012a: pp. 131).

Por último, la sexta conclusión de la presente investigación es *que el estudio de la penalidad en sus distintas manifestaciones es un elemento imposible de soslayar al momento de comprender a cabalidad las relaciones de clase en las sociedades capitalistas.* Lejos de constituir una mera idealización estética posmoderna de la transgresión, el estudio de las actividades punitivas del Estado resulta fundamental en al menos dos aspectos. En primer lugar, *el castigo no es una reacción espontánea al delito, existe una estrecha relación entre las formas de producción, la organización del trabajo y la manera en la cual una sociedad distribuye selectivamente los castigos.* En vez de partir de una concepción biológica o antropológica del trabajo, *el estudio de los dispositivos disciplinarios nos muestra los instrumentos concretos que hicieron posible la génesis efectiva de la fuerza de trabajo y la manera en la cual se regula el ejército industrial de reserva.* En el caso particular del posfordismo, la penalidad es el instrumento que posibilita la contención punitiva de los estratos más bajos de la fuerza de trabajo que el mercado ya no es capaz de absorber y a su vez esas políticas punitivas sobre esa masa excedentaria se vuelven útiles a la hora de mantener a raya las demandas salariales de la clase trabajadora activa¹⁰⁴ (De Giorgi, 2006: pp. 71).

En segundo, el estudio de la penalidad nos permite ampliar significativamente el análisis de la reproducción cultural al interior de la sociedad capitalista. Si Bourdieu analizó la manera en la cual las credenciales académicas testifican el mérito académico de todos aquellos que dominan en la escala más alta de los cuarteles de nobleza cultural, las sanciones penales, en contraste, simbolizan la “falta de mérito individual” y podríamos decir que funcionan a la manera de “títulos inversos” que “incitan a la reducción rutinaria de sus posibilidades en la vida, como fue revelado por la amputación de lazos sociales y conyugales, opciones de vivienda, oportunidades e ingresos de empleo de los ex convictos en casi todos los países avanzados” (Wacquant, 2014: pp. 201). El examen del título académico nos muestra los mecanismos de reproducción social entre las élites culturales; la sanción penal, por el contrario, revela la transmisión de capital negativo entre los dominados y la manera en la cual la penalidad expulsa a los individuos de todas las instancias de reconocimiento social. (González, I. 2012: pp. 242). Si el “pacto fordista keynesiano” fue un intento de contener las contradicciones de clase a través de la socialización de los riesgos colectivos y promoviendo la solidaridad entre los individuos, el Estado penal neoliberal intentará frenar sus consecuencias más devastadoras a través de una estrategia punitiva y segregativa. Reinventar la imaginación política más allá del Estado penal es una tarea insoslayable para la revolución comunista: “[...] estudiosos de la marginalidad urbana, estudiosos de la etnicidad y estudiosos de la penalidad, uníos. ¡No tenéis nada que perder excepto vuestras cadenas intelectuales!” (Wacquant, 2014: pp. 205).

¹⁰⁴ La penalidad neoliberal lanza permanentemente un amable recordatorio a todos los trabajadores: más vale resignarse a los empleos chatarra y los salarios de miseria que ofrece el mercado de trabajo que pasar a formar parte de la gran masa de desocupados y enfrentarse tarde o temprano con la realidad del encarcelamiento (Wacquant, 2010b: pp. 178).

Bibliografía

Baudelot, C. y Establet, R (2005) “Escuela, la lucha de clases recuperada”. En: Louis Pinto, Gisele S, Patrik C (comps.), *Bourdieu, sociólogo*, Buenos Aires: Nueva Vista. 135-151.

Bernstein, E. (2014) ¿Las políticas carcelarias representan la justicia de género? La trata de mujeres y los circuitos neoliberales del crimen, el sexo y los derechos, *Debate feminista*, núm 50, pp. 280-320.

Blasco, B. (2009) ¿Hacia el derecho penal de la posmodernidad?, *Revista electrónica de ciencia penal y criminología*, núm 11, pp-8-64.

Boullant, F (2004). *Michel Foucault y las prisiones*. Buenos Aires: Nueva visión.

Bourdieu, P (1990) *Sociología y Cultura*, México: Grijalbo.

—, (1998) *La Distinción. Criterios y Bases Sociales del Gusto*, Madrid: Taurus.

—, (1999) *Meditaciones pascalianas*, Barcelona: Anagrama.

—, (2000a) *La Dominación Masculina*, Barcelona: Anagrama.

—, (2000b) *Cosas dichas*, Barcelona: Gedisa.

—, (2001) *Poder, Derecho y Clases Sociales*, Bilbao: Desclée de Brouwer.

—, (2002) *Lección sobre la lección*. Barcelona: Anagrama.

—, (2011) *Cuestiones de sociología*. Madrid: Akal

Castro Gómez, S. (2006) El dispositivo del mesías. Trabajo vivo y redención en la filosofía política de Hardt y Negri. *Athenea Digital* - núm. 10, Otoño 2002. pp. 56-76.

—, (2010a). *Historia de la gubernamentalidad. Razón de estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del hombre editores.

—, (2010b). *Historia de la gubernamentalidad II. Razón de estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del hombre editores.

—, (2015), *Revoluciones sin sujeto. Slavoj Žižek y la crítica del historicismo posmoderno*. México: Akal.

Chamorro, F (2017). “¡Que no me hablen más de Marx!”: Foucault, el neoliberalismo y lo intolerable. En: Emmanuel Chamorro (ed.) *Foucault y los sistemas de pensamiento. Una mirada histórica*. Viña del mar: Cenantes. pp.377-391.

Cortés, M (2013) *Poder y resistencia en la filosofía de Michel Foucault*, Madrid: Siglo XXI Editores.

- De Giorgi, A. (2005) *Tolerancia cero. Estrategias y prácticas de la sociedad de control*. Barcelona: Virus editorial.
- , (2006). *El gobierno de la excedencia. Posfordismo y control de la multitud*. Madrid: Traficantes de sueños.
- , (2009). Hacia una economía posfordista del castigo. *Delito y sociedad: revista de ciencias sociales*. Núm. 27, pp. 44-71.
- , (2015) Prisiones y estructuras sociales en las sociedades del capitalismo tardío. *Unidad Sociológica*, núm 4, año 2, jun-sept, pp. 24-37.
- , (2016). Castigo y economía política, *Delito y Sociedad*. vol. 25, núm 4, junio, pp. 9-33.
- Deleuze, G. (2016) *Foucault*. Barcelona: Paidós.
- , (1999) *Conversaciones*. Valencia: Pretextos.
- Dreyfus, H. y Rabinow, P. (2001) *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Foucault, M (1992) *Microfísica del poder*, Madrid: Las Ediciones de La Piqueta.
- , (2001), “El sujeto y el poder”, En: Dreyfus, Hubert L, Rabinow, P. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Buenos Aires: Ediciones nueva visión. pp. 241-257.
- , (2007) *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège France*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- , (2008) *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège France*. Madrid: Akal.
- , (2010) *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós.
- , (2011) *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- , (2012) *El poder, una bestia magnífica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- , (2014a) *Defender la sociedad. Curso en el Collège France*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- , (2014b) *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.
- , (2015) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México: Siglo XXI.
- García, G. (2016) *La filosofía es un deporte de combate. La crítica de la razón después de Pierre Bourdieu* (tesis de licenciatura), Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México.
- Garland, D. (2005) *La cultura del control*, Barcelona: Gedisa.
- Gómez, M. (2017) Análisis de clase, movimientos sociales y antagonismo: saliendo de la parálisis teórica, *Theomai*, núm. 36. Julio-Septiembre.
- (2014) *El regreso de las clases. Clase, acción colectiva y movimientos sociales*. Buenos Aires: Editorial Biblos. 2014.
- González, I. (2012) “La reconfiguración del Estado y del castigo”. En: Ignacio González Sánchez (ed.) *Teoría social, marginalidad urbana y estado penal. Aproximaciones al trabajo de Loïc Wacquant*. Madrid: Dykinson, pp. 401-423. pp. 235-307.
- Gordon, C. (1991). “Governmental rationality: an introduction”. En: Graham Burchell, Colin Gordon, Peter Miller (Edits), *The Foucault effect. Studies in Governmentality*. Chicago: The University of Chicago Press. pp. 1-53.

Laclau, E. y Mouffe, C (2004) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

—, (2005) *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lagasniere, G. (2015) *La última lección de Michel Foucault. Sobre el neoliberalismo, la teoría y la política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lecourt, D. (1993) “¿Microfísica del poder o metafísica?” En: Horacio Taurus (Comp.) *Disparen sobre Foucault*, Buenos Aires, Ediciones El cielo por asalto, pp., 67-83.

Lemke, T (2017) *Introducción a la biopolítica*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Lutz, B. (2013) [Revisión del libro Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social de Loïc Wacquant], *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*. 177. Vol. XX, Núm. 57, Mayo-Agosto, pp.177-189.

Martiarena, O (2014) De las disciplinas al gobierno. Técnicas de poder en los últimos cursos de Foucault en el Collège France. *Metapolítica*. núm. 87. Octubre-Diciembre.

Moreno Pestaña, J. L. (2010) “Gubernamentalidad, Biopolítica, neoliberalismo: Foucault en situación”. En: Sonia Arribas, Germán Cano, Javier Ugarte, (Coords), *Hacer vivir, dejar morir, Biopolítica y capitalismo*. Madrid: CSIC-La Catarata. 2010. pp. 85-109.

—, (2011) *Foucault y la política*. Madrid: Tierra de Nadie Ediciones.

—, (2015) La lógica de los pequeños capitales. Filosofía y sociología del populismo. *El Viejo Topo*, n° 330-331, julio-agosto, pp. 88-98.

—, (2017) Entrevista a José Luis Moreno Pestaña, *Revista Filosofía, Economía y Política en el Laberinto*, núm 48, pp. 63-36.

—, (2018) Sobre la democracia antigua en Foucault, Castoriadis y Rancière. *Logos Anales del Seminario de Metafísica*, núm 51, pp.139-156.

Müller, M. (2012) “El estado penal y el gobierno de la marginalidad en la América Latina”. En: Ignacio González Sánchez (ed.) *Teoría social, marginalidad urbana y estado penal. Aproximaciones al trabajo de Loïc Wacquant*. Madrid: Dykinson, pp. 401-423.

Pratt, J. (2011) Castigo legal, descivilización y populismo penal, *Delito y sociedad: revista de ciencias sociales*, núm 31, junio, pp. 134-139.

Salinas, A. (2014) *La semántica biopolítica*. Villa del mar: Cenaltar ediciones.

Vázquez García, F. (1995) *Foucault. La historia como crítica de la razón*. España: Montesinos.

—, (1997) Foucault y la historia social, *Historia Social*, Núm. 29, pp. 145-159.

—, (2002) *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*. Donosita-San Sebastián: Gakoa.

—, (2009) *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España 1600-1940*. Madrid: Ediciones Akal.

—, (2013) Entrevista a Francisco Vázquez García. *Con-Ciencia Social*, núm. 17, pp. 115-124.

Wacquant, L. (2010a). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.

—, (2010b). *Las dos caras de un gueto. Ensayos sobre marginalización y penalización*. Buenos Aires: Siglo XXI.

—, (2012a) “La tormenta global de la ley y el orden”. En: Ignacio González Sánchez (ed.) *Teoría social, marginalidad urbana y estado penal. Aproximaciones al trabajo de Loïc Wacquant*. Madrid, Dykinson, pp. pp. 203-229.

—, (2012b) “La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada” En: Ignacio González Sánchez (ed.) *Teoría social, marginalidad urbana y estado penal. Aproximaciones al trabajo de Loïc Wacquant*. Madrid, Dykinson, pp. pp. 119-135.

—, (2012c) El matrimonio entre el workfare y el prisionfare en el siglo XXI, *Atrolabio Nueva época*, núm. 9, pp. 184-225.

—, (2013) Symbolic power and group-making: On Pierre Bourdieu’s reframing of class. *Journal of Classica sociology*, vol. 13 Issue 2, pp. 274-291.

—, (2014) “Marginalidad, etnicidad y penalidad en la ciudad neoliberal: una cartografía analítica”. En: *Tiempos violentos: barbarie y decadencia civilizatoria*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta, pp. 177-211.

Yébenes, Z. (Junio, 2014) Entre Kant y Heidegger: Foucault y la ontología histórica de nosotros mismos. *Reflexiones marginales*, Recuperado de <http://reflexionesmarginales.com/3.0/entre-kant-y-heidegger-foucault-y-la-ontologia-historica-de-nosotros-mismos/>

—, (2014a) *Los espíritus y sus mundos. Locura y subjetividad en el México moderno y contemporáneo*, México: Gedisa.

—, (2018) La frontera: confín del Estado alterado, *Revista alteridades*, núm. 56, Jul-Dic, pp.11-22.

Žižek, S. (2016) *El resto indivisible*. Buenos Aires: Ediciones Godot.

